J.M. SARMIENTO

Planet House

amazon.com BEST SELLING BOOK

La

ANTÁRTIDA

Y LA MALDICIÓN DE LOS NAZIS

Un thriller atrapante que te dejará helado

La Antártida

Y

La maldición de los nazis

Por

J.M. SARMIENTO

La Antártida

Y

La maldición nazi

Por

J.M. SARMIENTO

Derechos reservados. La obra pertenece en su totalidad al autor y a Planet House Editorials.

“La Antártida y la maldición nazi” México 2017

La obra terminó de realizarse el 20 de enero de 2017

La presente obra, se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor internacionales. Queda estrictamente prohibida cualquier reproducción total o parcial de la misma sin el consentimiento explícito de los propietarios.

ISBN: En trámite.

Planet House Editorials.

Todos los derechos reservados.

J. M. Sarmiento

He disfrutado muchísimo escribir esta historia, en realidad espero que les guste mucho pues es una combinación de muchas cosas que encontrarán interesantes tales como lo son las aventuras, la acción, el misterio y un poco de aspectos que escapan a la imaginación de cualquiera que dé por sentada que la historia que hemos aprendido es totalmente cierta.

Un largo trabajo y recorrido se ha hecho desde el momento en el que esta obra se ha venido realizando y por lo tanto constituye uno de los trabajos más ambiciosos que en mi persona he realizado.

También agradezco mucho a la editorial que me ha permitido mantenerme como uno de sus autores favoritos y de igual manera por la paciencia que ha requerido ver este trabajo terminado.

Espero sinceramente que esta novela sea de tu agrado, te prometo que no te decepcionarás.

Mis mejores deseos para tu lectura.

Atentamente

J. M. Sarmiento

Recuerda buscar los demás títulos de nuestra colección:

***Entre dioses y la Tierra**

***Cazadora de leyendas: la historia de clara Hernández**

***Rojo Color Rubí**

Entre muchos más.

Ponte en contacto con nosotros, nos encantaría saber tu opinión o tan solo charlar sobre sus dudas e ideas en:
planethouseoficial@gmail.com

Prologo a la primera edición.

Muchas cosas nos han fascinado de la segunda guerra mundial, quizás era el caso porque ha sido el conflicto armado más grande de toda la historia de la humanidad. Se han encontrado muchas más cosas que solamente los registros de la misma historia, hay algunas cosas que han ido más allá que solamente los eventos que se habían gestado en la guerra y es que, precisamente son ellos, los eventos bélicos, los que hacen que la tecnología avance de manera agigantada pero, no solamente hablamos de tecnologías y ciencia, puesto que hay muy pocas personas que también existieron algunas disputas que fueron muy diferentes de las que nos han enseñado o al menos, de las que nos han querido decir. Una de estas ha sido la infame búsqueda de Adolf Hitler, una búsqueda que le llevó a querer dominar un poder que estaba más allá del entendimiento de la mente humana, él estaba en búsqueda de antiguos artefactos que le pudieran dar la victoria. En medio de la guerra, en medio de aquellos grandes derramamientos de sangre, la idea de poder ganar la guerra con un instrumento mucho más poderoso que cualquier cosa que el hombre hubiese visto antes, es lo que el dirigente alemán, deseaba con toda la fuerza de su pútrida alma.

Pocos fueron los que en realidad supieron sobre este problema, también fueron en extremo pocos, aquellos que imaginaron que la guerra se ganaría solamente con balas, pero entonces ¿Hasta dónde fue cierto solo esto?

Hubo personas que afirmaron que la búsqueda de Hitler, por dichos objetos, les llevó hasta el mismo fin de la Tierra, hasta la zona más despoblada y recóndita de aquella de vasta región gélida llamada, Antártida.

CAPITULO UNO

Vuelven los fantasmas

— ¡Tierra a la vista!, Hemos llegado, preparen todo para el desembarque y para olvidarnos un rato del trago amargo que hemos pasado. — Gritó el capitán del navío, Benjamin Ford, después de que la información le fuera entregada por un grumete.

Uno de los vigías de la cubierta dio el informe más esperado para la mermada tripulación, las escasas luces de un pueblo en medio de la nada les daba la bienvenida después de muchos días en el mar. El océano parecía albergar todas aquellas pequeñas luces reflejadas en su superficie, era hermoso que se tratara de aquellos reflejos y no de la iluminación de las balas de la guerra, era bueno de alguna manera, estar tan lejos del conflicto mayor, muchos daban gracias a Dios por el hecho de no estar en Europa viendo de cara a Adolf.

En otras circunstancias, aquello habría sido un espectáculo hermoso, pero hoy no era más que el simple trámite de una jornada larga y agotadora, para los hombres, al menos no era peor solamente por el hecho de que todavía estaban vivos, pero sin duda todo lo que habían pasado, había sido también demasiado complejo y duro, como para dar por hecho que lo peor de la guerra no les había alcanzado. El agua era rozada tenazmente por las ráfagas incontrolables de viento antártico y mostraba el coraje que tenía contra cualquiera que intentara surcar sus aguas, en medio de aquella noche casi eterna de las regiones antárticas, incluso el océano parecía estar en contra de los frágiles cuerpos humanos. A veces, solo a veces, el afán de descubrimiento, puede ser el peor enemigo del ser humano y puede conllevarlo hasta la misma muerte pues, en medio de los lugares desconocidos es donde yacen los misterios más grandes de la Tierra, aunque en realidad eso podría haber aplicado para cualquier otra región del planeta pues la Antártida era todavía más enigmático y misteriosa que cualquier otra región en el mundo humano. Aquel destacamento del ejército estadounidense había encontrado un

destino trágico en medio del hielo, muchos de ellos no habían podido regresar hasta el buque militar pues quizás habían encontrado una muerte gélida en medio de un desierto infernal rodeado de hielo por doquier.

El casco agrietado del transporte errante se encontraba delante del puerto y tras unos pocos minutos volvió al lugar que hace tan solo horas le había visto partir; era una lástima que no pudieran estar todos los hombres que partieron venturosos a la misión establecida. En un momento breve, los amarres del enorme buque, quedaron fijados a los troncos principales de uno de los muelles de la costa del poblado. Cuando un barco llega a un puerto, según cuentan los viejos marineros, siempre tiene mil y una historias por contar, pero era seguro que este barco de guerra tendría mucho que decir sobre su aventura pasada en la Antártida. La misión a la que habían partido era una misión noble y demasiado importante para el desarrollo del mundo en ese momento, la misión no era otra que la de la búsqueda de las fuerzas armadas nazis y de un probable suceso que era extraño para cualquier persona enclavada en el puerto del fin del mundo, un reporte que indicaba que Hitler que encontraba acompañando a sus hombres en una tarea de tipo desconocido en el continente congelado. Las distintas capitanías de puerto de costas de Argentina, habían reportado en varias ocasiones el ir y venir de buques y submarinos alemanes en zonas poco exploradas de la región Antártica, fueron esos reportes precisamente los que habían logrado captar la atención de la inteligencia militar de los aliados. Estados Unidos, Inglaterra y Francia, no dejarían a la ligera ningún aspecto que tuviese que ver con la guerra con los hombres del tercer Reich, los aliados ya habían notado que con este nuevo enemigo no se podía tomar nada a la ligera, por ello debían documentar la actividad de los enemigos para evitar sorpresas como alguna vez lo fue el uso de nuevas armas como el gas mostaza y otros desagradables inventos bélicos. La respuesta no se hiso esperar por parte de los defensores del mundo libre, pero esa misión que tenía por fin el datar la actividad alemana en la Antártida, se había extraviado

sin más que decir, decenas y decenas de hombres, por no decir cientos; desaparecieron sin dejar rastro alguno de su extraño acontecer, ninguna señal o tipo de comunicación fue dicha por ninguno de ellos. Sus compañeros, quienes viajaban en el buque de guerra, se vieron forzados a esperar lo más que pudieron, o, mejor dicho, lo más que las provisiones les permitieron, pero sus compañeros jamás regresaron. Eran esos mismos marineros, los que ahora llevaban el barco semivacío hasta donde su base de operaciones se encontraba, el camino no era corto y mucho menos lo era fácil, pero ya nada podría haberles obligado a permanecer ni un solo momento más en aquel sitio; ese lugar olía a muerte. Después de varios días, por fin habían regresado al puerto que muchos llamaban "el fin del mundo", no era otro que el pueblo más meridional del país andino, Argentina. Los hombres que se encontraban enclavados en el pequeño puerto improvisado de Ushuaia daban la bienvenida a los congéneres que asomaban por el casco del *Queen of the Seas,* realmente ellos estaban contentos de que no tuvieron que ser ellos los que fueran a esa trampa para ratas, al menos eso era lo que se escuchaba en medio de los comentarios de los hombres. Los rostros de aquellos que llegaban, no era para nada similar al de los hombres que les recibían pues el desaire de una fracasada misión, creaba un semblante que era demasiado difícil de esconder. El desánimo reinaba en los que compartían el barco de la fallida misión antártica, a nadie le gusta no poder llevar su misión a buenos términos, es algo que se encuentra en la naturaleza humana, el fracaso es algo que a ningún ser humano le gusta experimentar. Un terrible sentimiento les embargaba, nadie hubiese querido regresar de aquel gélido paraje sin la compañía de uno de los soldados más brillantes con los que contaba el ejército norte americano, aunque se hablaba de uno solo de ellos, la realidad era que habían perdido a más de dos docenas de buenos hombres, pero como siempre, se le ponía un nombre para representar toda aquella perdida, ya que era mejor recordar a solamente uno de los soldados más que a decenas. Aunque no era algo que estuviese totalmente acertado, las bajas pesaban mucho, pero en particular, la muerte del capitán a cargo fue terrible, la de

Cooper; fue una gran baja.

El día en el que el oficial al mando del navío, se vio en la necesidad de declararlo “perdido en cumplimiento del deber” después de siete días de no encontrarse comunicado con la planta de soldados y marinos que les sobrevivían en el buque, ese día fue el peor en la carrera militar de Ford, pues era la primera vez que perdía tantas personas en un acto que no era un conflicto armado, aunque realmente tampoco hicieron demasiado por averiguar qué era aquello que les había acontecido a sus compañeros, de eso si serían juzgados y aunque no fuera por un mero juzgado militar, al menos aquellos que les estaban esperando en Ushuaia, si le podrían solicitar un ajuste de cuentas. El mando al que respondieron fue a los puestos avanzados en las costas argentinas para su retransmisión hasta los altos mandos norte americanos.

Su partida, la del *Queen* hace tan solo dos meses atrás, fue una de las tácticas empleadas por las fuerzas aliadas para abarcar cualquier punto del planeta en la búsqueda de alemanes, la Antártida no fue la excepción de aquel gran esfuerzo de guerra. La prueba del fanatismo humano y la incertidumbre, era sin duda aquella expedición. ¿Quién podría asegurar que un continente sin ninguna relevancia para la guerra, podría ser un punto deseado por los enemigos del mundo libre? Si se considerara esta pregunta durante los años de paz, quizás la respuesta fuese que nadie creería que ese territorio estaría en disputa. En esos años, cualquier sitio podría haber servido como escondite de los enemigos de los aliados.

Las noticias sobre el desarrollo de la guerra no llegaban instantáneamente a todos los rincones del planeta. Aunque no era fácil tener noticias de los más lejanos rincones del planeta, tarde o temprano aquellos informes, terminaban por llegar hasta cualquier lugar en la Tierra. Tan solo habían pasado algunas horas desde que los buques americanos se encontraban peleando contra la frota japonesa, peleaban en contra de las fuerzas de Hirohito. Ninguna persona en el puerto tenía idea sobre la situación actual de las fuerzas de su país en aquella guerra, pero realmente confiaban en el coraje de

sus compañeros.

El barco se avecinaba en medio de una penumbra intermedia, el día se rehusaba a caer en el horizonte, pero definitivamente era un instante en el que la noche se encontraba mucho más cernida de lo que jamás estaría. El fuerte oleaje se encontraba azotando el endeble casco del navío, cada golpe incesante hacía parecer que sería el final de la embarcación pues a pesar de ser un buque mediano, en medio del embravecido océano, daba la impresión de ser un pequeño barco de juguete y es que en medio de aquellas aguas todo era mucho más agresivo que de costumbre. En los bravos mares del hemisferio sur, el barco se debatía en un auténtico “mar” de olas que mecían el barco de lado a lado y eso, que no estaban viviendo una tormenta porque de ser así, seguramente habría sido mucho peor. El viento azotaba de lado al buque y, a pesar de no ser un barco de vela, se veía influenciado de una manera importante por las fuerzas invisibles que le azotaban, haciéndole que cada una de las maniobras fuese mucho más complicada que la anterior.

Aquel momento era singular, las labores en la cubierta no eran habituales en aquella embarcación pues las cosas ya no operaban como deberían y es que era evidente que muchos de los hombres necesarios para poder hacer las labores comunes y corrientes como acomodar los instrumentos de navegación, se había perdido en tan solo algunos días en medio del hielo y por ello ahora la cubierta parecía desierta, no habían muchos vigías, no había quien estuviera pendiente de la integridad del resto de los materiales y demás cosas en aquella cubierta escasa de hombres. El personal necesario para su función se encontraba ralo y al parecer esto le había cobrado una factura importante al navío, que cada vez más cerca, mostraba su derruido estado y esa decadente apariencia de embarcación abandonada o al menos sin la gran cantidad de personas con la cual partió algunos días atrás con una noble tarea, al menos noble para los aliados. En principio, aquello era extraño, ya que no se podía esperar que la corrosión afectara el casco de acero inoxidable, pero las cosas que aquel barco vivió, quizás nunca habían sido reconocidas por el

ser humano como auténticas situaciones que les llevaran a considerarlo como un gran estrés para la embarcación. Hubiese parecido que estuvo sometido a una cantidad inmensa de salitre, escaso en la región antártica.

Después de días de navegar, por fin llegaron hasta la tierra más próxima, un muelle en mal estado, con madera podrida y algunas partes de concreto destrozado, aquel que les daba la bienvenida no era otro que uno de los pocos muelles que radicaban en aquella región costera de Ushuaia. Ni un momento de tregua entre el mar y la embarcación, se gestaba y al contrario de todo, parecía que la misión del océano era terminar por hundir al *Queen of the seas*. Al clima no le importaba que el barco hubiese perdido parte de su tripulación, era una constante en la que los hombres que todavía se encontraban en el barco, tenían que hacer frente.

Las maniobras para poder atracar el buque, era de lo más complejo ya que el muelle en el que se encontraban no estaba preparado para recibir a una embarcación de tales características, pero, aun así, se tenía que hacer hasta lo imposible para terminar bien el viaje. Los potentes motores se detuvieron, el buque comenzó a hacer una marcha retrograda y lateral para poder acercarse lo más posible y permitir que las amarras se arrojasen desde la cubierta. Pasaron unos quince minutos en aquella noche y se aproximaron al puerto lentamente, los hombres emplazados allí, esperaban con ansias noticias de sus compañeros y es que era el hecho de que la llegada había provocado un revuelo enorme más que por la mera felicidad de verles regresar sino por la necesidad mal sana de enterarse de cuál había sido el desenlace de la misión. El dirigente que restaba en Ushuaia, no pudo contener las ganas sus hombres por querer averiguar lo más que pudiesen del resto de los hombres. No tuvieron más remedio que intentar darle un poco de orden a aquello que aparentaba no tenerlo y por ello terminaron organizándose de una manera acelerada y habían formado una fila de un solo hombre y encaraban hacia el mar sus rostros casi congelados. Todos, sin excepción, mantenían sus abrigos estrechamente pegados a sus

cuerpos. Intentaban combatir el frio de alguna manera, aunque no lo lograban.

Los amarres fueron lanzados, grandes pedazos de metal mantenían aquellas enormes sogas en su lugar. Los rechinidos del navío se escuchaban como si fueran sus lamentos que intentaban mostrar el descontento de mantenerse inmóvil. El barco por fin se detuvo y mostró a todos, su aspecto lúgubre. Eran apenas algunos hombres los que venían sobre el pesado vehículo marítimo. Al principio ninguno se asomó. Y no fue hasta que pasaron algunos minutos eternos, que las personas comenzaron a salir del interior. Como si hubiesen perdido la guerra, cada una de las caras de aquellos hombres, lucía en extremo triste y desencajada. No podía haber una peor percepción de ellos mismos, era como si hubiesen perdido las ganas de seguir adelante y que tan solo quisieron continuar adelante solo por el hecho de continuar caminando en este mundo, aunque no tuvieran ninguna razón para hacerlo; eran como unos lastimeros hombres muertos en vida. Se les notaba carentes de ilusiones o incluso de esperanza, la decepción a veces puede pesar mucho en el corazón de los hombres. A pesar de que muchos se habían arremolinado para poder averiguar lo más que pudieran sobre aquella expedición, los sobrevivientes no conversaban de nada, era como si no quisieran regresar sus mentes al recuerdo o quizás era que no sabían ni un palmo de lo que en realidad había ocurrido con la división de exploración.

Algunos marineros de bajo rango y dos oficiales fueron la tripulación que se encargó de retornar al *Queen of the seas* al puerto, para ser sinceros, se esperaba que regresaran muchas más personas de las que lo hicieron. Uno a uno fueron descendiendo, el camino hasta la capitanía de puerto fue recorrido en tiempo y en forma por los marinos. Los oficiales al mando de los soldados que daban la bienvenida a sus compañeros, por medio de una formación de escolta. Se organizaron en dos hileras para recibir a los recién llegados. Según ellos, era parte del protocolo.

Las pisadas de los marineros, eran pesadas, sin energía. Algunos se notaban delgados hasta un punto preocupante pues la misión no

debería de haber supuesto un auténtico problema si ellos solamente se habían quedado a bordo de aquel barco. Las barbas mostraban el paso del tiempo y no solamente ellas, sino también el mal olor que más de uno despedía. Podría haber sido garantizado por los testigos, que probablemente los gorros de los marineros parecían tener rastros de orina. Estaban en un estado deplorable y atentaban contra la mirada de cualquiera que viese su estado que era una mera agresión a la integridad humana.

El teniente Lewis encargado de un regimentó de veinticinco hombres, fue el encargado de recibir al capitán Ford quien estaba a cargo de los hombres recién llegados, hubo una fotografía que captó el momento en el que los dos oficiales se dieron un fuerte apretón de manos y comenzaron con aquella diplomacia militar. El saludo fue el oficial, se respetaron las jerarquías y se presentaron los respetos de los unos con los otros, hasta que llegó por fin el momento de continuar. Las manos se elevaron hasta la altura de la frente y ambos hombres se vieron los ojos en señal de respeto. Las montañas escarpadas con puntas nevadas parecían saludar también a los recién llegados. Lewis se mostraba con su vestimenta a la usanza de los oficiales, con una ligera variante adaptada especialmente para el frio inclemente de la región. Su cabeza iba descubierta, aún a pesar del intenso frio, tenía miedo de sufrir un atentado por medio de franco tiradores. En verdad sería un jugoso premio, quien se llevara su cabeza.

— Estábamos preocupados por ustedes, no teníamos ninguna idea de cuál era su paradero. El alto mando, y obviamente nosotros, estaremos complacido con escuchar toda la historia de su ausencia. — Dijo Lewis mientras le estrechaba el brazo. ─ No dudo que haya demasiadas cosas de las cuales

— Realmente nos sentimos apenados, pero de un momento a otro la radio dejó de funcionar, eso nos causó demasiados problemas y creemos que por esa razón no tuvimos contacto con el resto de los hombres de… — Ford se intentó calentar las manos después del saludo.

— ¿Dónde se encuentra el resto de la tripulación? ¿Qué pasó con Cooper? ─ Lewis, fue directo al grano. ─

— No lo sabemos, esperamos por días su regreso hasta que nos cansamos de hacerlo. Mejor dicho, los suplementos nos obligaron a dejarles. Tuvimos escases de alimentos, entre otras cosas más. Todo lo demás, usted podrá imaginarlo.

— ¿Encontraron a los alemanes?, ¿Tuvieron algún conflicto armado? No puedo imaginar otra situación que pueda haber pasado con ellos. Cooper no era un inexperto, si algo les sucedió, seguramente fue ocasionado por un ejército enemigo y no por la impericia. ─ Lewis, se quitó la gorra oficial y se acomodó el cabello rubio que había debajo de esa pieza de ropa.

— No lo sabemos, no sé nada de ellos desde hace mucho tiempo. ─

─ ¿Y entonces, ¿cuándo fue el momento en el que decidió abandonarlo? Porque eso ha sido.

─ Yo no he abandonado a nadie, es algo que teníamos que hacer.

─ ¿Tenían? ─ Lewis, dio una fuerte patada a la puerta de la oficina central de la capitanía de puerto, la puerta de madera vieja se cerró estrepitosamente y dejó a los chismosos sin poder escuchar el resto de la plática. ─ No me venga con tonterías Ford, he leído su historial y sé qué clase de persona es usted, no crea que no me han advertido de usted.

─ ¿Me está acusando de algo? No dejaré que nadie me hable de esa manera, le recuerdo que yo respondo a una autoridad diferente a la suya. ─

─ No es una acusación, Ford; solo le digo que no puedo creer que haya dejado a nuestros compañeros allí, solos en el frio.

─ Lewis, yo no dejé a nadie, tenía que regresar para salvar lo poco que quedaba de tripulación o dígame, ¿Quería que se comieran los unos a los otros? No teníamos ni agua, ¿Acaso no vio en qué manera han regresado? ─ Ford, era un hombre de color y estaba enmarcado

en una fina capa azul para el frio, debajo de ella estaba el uniforme oficial naval. ─ Mire, Lewis; no sé qué es lo que espera lograr con sus acusaciones, pero yo hice solo lo que tenía que hacer para mantenernos vivos y si quiere hacerlo un problema, un problema va a tener.

─ No me amenace, Ford; está muy lejos de su gente. ─ Lewis, se sentó en torno a la mesa donde estaba clavado un mapa de las costas datadas de la Antártida, sacó una pipa y vertió un poco de tabaco en ella. ─ Lo que yo crea ahora, ya no es importante; tan solo lamento que Cooper ya no se encuentre entre nosotros. Y dígame, al menos esto ¿Hicieron un esfuerzo por encontrarlo?

─ Envié un pequeño grupo a buscar en las inmediaciones del sitio del atraco, pero el clima no tiene piedad de nadie, si avanzábamos más posiblemente podríamos haber perdido a muchos más hombres. ─ Ford, también tomó el asiento cercano a donde Lewis se encontraba, tomó un poco del tabaco del hombre y lo colocó dentro de su propio pipa.

─ Este lugar, tampoco es muy agradable para nosotros, está lleno de cosas que son extrañas y los hombres empiezan a hablar de cosas extrañas que acontecen en esta maldita noche eterna.

─ Lo que importa ahora es irnos de regreso a América, no creo que encontremos ni un rastro de las fuerzas alemanas aquí. ─ Ford, dio una fuerte aspiración a su pipa. ─ Espero que el alto mando no quiera que averigüemos qué fue lo que paso con Cooper, no estamos preparados para volver a entrar allí.

─ ¿Qué es lo que dices? Tenemos el equipo para búsqueda y rescate, pero no tenemos el necesario si nos llegamos a encontrar directamente con los hombres armados de Hitler, eso sí que sería un grave problema. ─ Lewis, se levantó y arrojó un paquete telegramas oficiales donde, desde américa se solicitaba que explicaran la situación de la expedición de Cooper. ─ Creo que el alto mando está muy interesado en saber nuestros avances.

La duda de Lewis era muy grande pues tenía muchas presiones por parte de aquellos que eran su superiora y es que era evidente la problemática que tenían entre manos, no se pueden perder más de cuatro docenas de hombres sin más que nada. La noticia no esperó demasiado tiempo entre aquellos hombres cuando el oficial decidió dar parte al alto mando en la zona continental. Lewis le indicó a su nuevo compañero, el sitio donde podrían descansar y recargar los ánimos para servir en cualquier tarea que se les asignara. En tiempo de guerra, no hay descanso para nadie. Se levantaron de aquel sitio donde se había dado el primer contacto de las aproximaciones de ambas partes, unos escasos minutos fueron los que las charlas oficiales se dieron y finalmente terminaron por levantarse de aquella mesa en la que se encontraban y prosiguieron el camino de regreso hasta donde la tripulación de Ford se encontraba descendiendo. A la llegada de los oficiales, muchas de las cargas que se encontraban en el interior del Queen of the seas, ya estaba siendo desembarcada y preparada para poder ser puesta en resguardo o para ser reutilizada.

Los marineros fueron provistos de los servicios básicos para recuperación de su travesía. El baño medicado y afeitado de cabezas fue la regla por la infestación de piojos. Las largas barbas cayeron por los suelos, así también el largo cabello de algunos e incluso, más de uno agradeció la existencia de los alicates. El agua caliente era de lo único que disfrutaban en el barco, pero una alteración de las calderas provocó problemas en el abasto del agua caliente para toda la tripulación.

— Espero que entienda, capitán Ford, que esta situación podría acarrearlo a un juicio militar y eso no es algo que pueda estar o no, en mis manos. — Lewis se detuvo frente de él y le lanzó una mirada acusadora. La sostuvo por un momento para finalmente otorgarle la mano en señal de camaradería.

— No se preocupe, Lewis. Créame que no tengo nada que temer de esta situación. Yo fui el primer interesado en averiguar sobre los soldados de Cooper y cuál fue su destino, había muchos buenos amigos míos allí, no tendría idea de lo complicado que fue el irnos de

allí sin ellos. No me importa lo que crean de mí, pero no tenemos nada que esconder. — Ford parecía un tanto enojado por el intento de acusación, le regresó el saludo y continuó su marcha hasta el sitio que se había adecuado como barracones. Necesitaba relajarse por un momento.

El teniente solamente le observó mientras se retiró a la par de sus hombres. Con una mirada ordenó romper filas. Era algo extraña la manera de responder de Ford, aunque se le comprendía, la Antártida no era un sitio para cualquiera

Ford caminó al lado de sus hombres, su contra maestre le abordó casi justo al momento en el que terminó de hablar con Lewis.

— Este lugar no tiene nada para nosotros, capitán. Algo no me pinta nada bien dentro de toda esta farfulla. — El joven segundo oficial parecía angustiado y con muy pocos ánimos de gastar más que solamente el tiempo necesario en aquel lugar.

— Relájate, mi buen amigo, disfruta de este hermoso paisaje y no pienses en otra cosa más. — Ford señaló las escarpadas montañas que adornaban aquel corredor marítimo. Hubiese sido pensado por el mejor de los artistas, que aquella pintura había sido ideada por los hombres. No era así.

— No creo que aquí las cosas estén muy bien, los hombres de Lewis también hablan de que cosas extrañas suceden por estos rumbos.

— Patrañas, lo único que debe de alarmarlos debe ser las patrullas alemanas y ruegue que no las haya por aquí. — Ford, sonrió y le palmeó la espalda a su oficial. — Vamos con el resto de los hombres, necesitamos tomar un baño caliente y al menos usted, necesita una buena taza de café.

Los hombres de Ford llegaron hasta un enorme almacén, su apariencia era terrible. El sitio tenía algunos costales de arena y dos torretas para su protección. En el momento en el que llegaron, no había más que solamente dos soldados vigilando el sitio. Dos vehículos ligeros se encontraban estacionados en las afueras de la

instalación. A su entrada fueron recibidos por los improvisados dormitorios, filas y filas de pequeñas camas de la milicia, eran las que se mostraban ante sus ojos como meros palacios del descanso; cualquier cosa era mejor que tener que aguantar otro día más en medio del océano y de su bamboleante ir y venir. Las ventanas fueron tapiadas para intentar combatir el intenso frio. En el interior se hicieron divisiones, necesarias para la adecuación de los servicios. En el ejército todo tenía que tener un orden y esto no era la excepción.

El teniente no esperó por ningún tipo de detalles provenientes del capitán, en su lugar, prefirió realizar una apuesta un tanto peligrosa. La intención era dar aviso del arribo de la *Queen of the seas.* La improvisada oficina acogió el informe completo de Lewis. El reporte fue completo, incluso detalló el estado del navío, pero no obtuvo ninguna respuesta que le hiciera pensar en que regresarían de su misión lejos de la acción, podría aparentar estar claro que aquella pequeña tripulación y embarcación, no contaban con la cantidad de hombres necesarios para poder encarar peligros donde supuestamente los nazis, estaban involucrados. Una cosa es lo que esperaban escuchar y otra un tanto diferente, si no es que mucho, era aquello que fuese la respuesta que el mando enviaría tras analizar cada una de las declaraciones sobre la misteriosa eventualidad.

No recibieron contestación inmediata, Las horas y minutos, pasaban y no daban tregua a las ansias de todas las partes involucradas. No podría haberse negado la importancia que tenía el simple y sencillo hecho de querer volver lo más pronto a casa y por ello, nadie podría culparlos. Fueron necesarias más de cuatro horas de esperar ese veredicto para poder obtener una respuesta que nadie deseaba tener o al menos no de la manera en la que esperarían que se dieran las cosas. El alto mando, un puñado de hombres que parecían muy ajenos a los desplegados en Ushuaia, había decidido que, si hubo una desaparición en cumplimiento del deber, era su responsabilidad encontrar la respuesta de aquella desaparición y cerciorarse de una manera totalmente documentada para poder eximirles de toda responsabilidad. Al final de las conclusiones, la división aliada ya se

encontraba allá, no existía nada que perder. Ford hizo rabietas evidentes al recibir la noticia y, aunque en ese momento fue inesperado, también Lewis mostró su descontento con las indicaciones del mando militar.

— ¿Se encuentra bien señor? — uno de los cabos le preguntó en el momento preciso en el que perdió el control el responsable jerárquico de los hombres que permanecían en Ushuaia. Lewis tenía sus manos colocadas en un escritorio de madera vieja y desvencijada, muy próximo a Ford.

— Tendremos que volver a esa maldita prisión — Retiró las manos y las colocó en su cintura y sin girarse al cabo, continuó su pequeña charla. — Lo peor de todo esto, es que no contamos con el apoyo mecánico necesario, de hecho, ni municiones u hombres suficientes para entrar en combate con esos cerdos malditos. Tendremos que estar mucho más tiempo en este lugar de porquería.

— No será tan malo, señor; verá que las cosas saldrán bien y… — El soldado de tropa solo vio como la furiosa mirada de Lewis, se le clavaba en los ojos.

— Usted no tiene ni idea de todo lo que esto significa, retírese de inmediato. —

Lewis tenía toda la razón del mundo, lo lógico era pensar que retornarían a alguna base americana para poder reabastecer su tan mermado pelotón y llevar de esa manera un equipo mucho más capacitado para retomar la fallida misión. Mala fue su suerte cuando se percató que tendrían que regresar hasta un sitio donde los alemanes seguramente se encontraban enclavados con una gran cantidad de elementos y armas, porque; para ser sinceros, a él no le sonaba esa idea tonta de Ford sobre la desaparición accidental de Cooper. De cualquier forma, que se viera, aquello era mucho más fácil de ser un gran fracaso que el hecho de ser una autentica misión de rescate y búsqueda; era un suicidio.

Seguramente cualquier escenario era mejor que aquella tumba gélida,

sitio que ya había cobrado las vidas de sus compañeros, todos pensaban eso y nadie tendría el valor de discutir hecho tan verdadero como aquel. Una mal trecha división, unos hombres poco entrenados, un barco con tripulación incompleta; todo era una receta para el desastre. Los hombres que reciben las ordenes, nunca entienden las auténticas razones de por qué son tomadas ciertas decisiones, pero estando en el frente de batalla y siendo leales a su gobierno ¿Qué otra opción les quedaba? La resolución fue certera, los Estados Unidos no deseaban ceder ningún terreno a los alemanes, la guerra apenas había comenzado para los americanos. El presidente de la nación norteamericana deseaba no dar tregua en ninguna región que estuviese en disputa. En su mente y en la de todo estratega norteamericano, solamente existía una lógica << Si están allí, será porque es un sitio importante >>

La guerra era ya de magnitudes mundiales para ese entonces, Europa había sentido lo peor de la ocupación Nazi y los terrores de los peores analistas, se habían formado y tomado fuerza. Al principio, uno cree que las cosas nunca pasaran de pequeños conflictos, pero cuando las cosas malas comienzan a ocurrir, es cuando los temores de los hombres comienzan a florecer, para muestra de todo aquello se podía mencionar el peor de los vaticinios y ese era aquel que mostró a una nación que parecía impenetrable como era el pueblo galo, ser asediado sin ningún tipo de respeto en la frontera de las Ardenas, donde los ingleses y los francos; sufrieron la peor derrota hasta ese momento. Francia estaba totalmente conquistada, Inglaterra bajo bombardeos diarios y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se encontraban lidiando con el avance de las Wehrmacht por su frente occidental. El mundo se enfrentaba a sus horas más obscuras.

Aunque las peleas continentales estaban teniendo una atención mayoritaria, tampoco se podía minimizar el resto de conflictos armados alrededor del mundo pues parecía que aquel brote de violencia había prendido la mecha para que todas las naciones que estaban esperando su oportunidad para declarar la guerra a sus vecinos, lo hicieran. La guerra se llevó más allá de las fronteras

europeas, los duelos encarnizados y salvajes en el océano, llevaron también a Estados Unidos, hasta la enemistad con Japón y hecho por el cual, la guerra se había compuesto de una manera mundial. La situación en el pacifico, las batallas entre americanos y nipones, no pintaba bien para el ejército aliado, en las batallas se disputaban todos los terrenos del pacifico del sur e incluso la guerra ya había alcanzado las regiones más septentrionales de Australia. Con todo lo anterior, ninguna información, ni el más pequeño de los datos, podía ni debía de pasarse por alto. En todo aquel panorama, no era algo descabellado pensar sobre lo fundamental y crítico de mantener una base en Antártida por el eje pues esto era una idea que no parcia verosímil sin embargo en esas épocas la paranoia era tan grande, que no se sabía que esperar sobre los enemigos.

Ahora tenían mayores justificantes para tomar una decisión.

Lewis, no escuchó ninguna otra cosa de nadie, ni siquiera Ford se atrevió a plantarse delante de él en ese instante pues era evidente que el más alterado por tener que permanecer mucho más tiempo allí, era el joven militar de apellido Lewis. A veces las personas callan su enojo ante la admiración de otros mucho más alterados, ese fue el caso del capitán del Queen of the Seas. Sin dar información de su destino, Lewis se apresuró a dejar aquel improvisado centro de reuniones militares y salió tan solo cogiendo su abrigo y perdiéndose en la obscuridad de la noche de Ushuaia. Ford, no tuvo que hacer nada más que darle una fuerte saboreada a su pipa, para él, no había nada sensato en las rabietas de Lewis.

— ¿En este momento?, ¡Tendríamos que apresurar todas las acciones de reequipamiento del buque, sin mencionar la necesidad de hacer una inspección general del estado de la maquinaria! Es algo apresurado e irresponsable. — El ingeniero militar le hizo la observación a Lewis. Para el ingeniero, el teniente jugaba con él, pero no era así. Hablaba muy en serio.

— ¡Tan solo hágalo posible, soldado! Las órdenes del alto mando son

muy específicas. Tenemos que retomar la misión — Lewis continuaba analizando los mapas de las regiones antárticas mientras arrojaba a diestra y siniestra todo lo que encontraba a su paso en los barracones. Era una pesadilla tan solo mirar el grado de terrenos inexplorados de aquel sitio, la Antártida era el reto más grande que podría estar enfrentando, anteriormente estuvo muy contento de que no fue él y que si fue Cooper el que tuvo la tarea de realizar la primera investigación, pero ahora tendría que repetir también esa encomienda. Podría haber sido un sueño para todo explorador.

Tan solo setenta y seis horas después del arribo del navío a Tierra de Fuego, la orden de reembarcar fue finalmente dada a los pocos hombres enclavados en aquel sitio. El navío fue revisado a consciencia, todos los componentes sufrieron mantenimiento preventivo y correctivo de aquellos motores. Todos los sistemas tenían que estar en perfecto estado para evitar los daños propios del congelamiento. La complejidad de esto era enorme, las arterias del barco tenían que estar perfectamente cargadas de anti congelante para evitar que ellas reventaran con la presión del agua helada. Hilo.

— Tenemos que seguir con las reparaciones lo más pronto, necesito el barco preparado para partir a la brevedad — Lewis era reconocido por su falta de paciencia. ─ No me vengan a decir que no se puede, porque yo sé muy bien que si se puede.

— Las tuberías están hechas un caos, sin mencionar los sistemas hidráulicos. Todo parece estar dañado por el hielo y eso sin que podamos evaluar todavía la totalidad del casco; no podemos pasar por inadvertidos todos estos hallazgos, podría costarles la vida a todos. — Su ingeniero de la compañía dudaba sobre la capacidad del barco en retomar la navegación en perfecta forma. Era algo arriesgado en todos los aspectos.

─ Hágalo posible, soldado; usted dedíquese a sus máquinas que nosotros nos encargaremos de pensar y planificar la estrategia que adoptaremos al llegar a esa maldita tumba. ─

Se les dio órdenes de reembarcar para dirigirse solamente a tareas de

documentación de aquellas actividades. Siendo un grupo más reducido, quizás tendrían mayor oportunidad de poder espiar las acciones enemigas. El alto mando consideraba las acciones alemanas como peligrosas en primer grado para los aliados. El mayor problema era documentar si tenían algo de qué preocuparse, y que esto fuera lo suficientemente importante para para poder realizar una ofensiva o alguna acción contra ellos.

— Tenemos que retomar la navegación hasta la porción continental de la Antártida. El mando requiere documentación de lo que les haya sucedido. No pueden desaparecer solamente por obra del cielo — Lewis intentaba repetir una y otra vez las razones por las que retomarían el viaje. Lo más probable era que deseaba convencerse a sí mismo y que no deseaba convencer al resto de hombres que le escuchaban. Ford, quien era el líder moral de aquellos marineros, tenía que respetar la decisión de guerra de Lewis pues se encontraba ligeramente por debajo del rango jerárquico de aquel joven, aunque claro, ambos pertenecían a compañías militares distintas, pero al final; en la guerra todos los hombres son iguales.

El pensamiento del alto mando suponía que el grupo de soldados anterior había sido retenido por el enemigo o quizás simplemente asesinados por los enemigos, sin embargo, ellos no podían enviar ningún tipo de ofensiva hasta tener especificaciones claras de lo que tenían delante y era precisamente lo que molestaba a aquellos que fungirían como carnada; ellos tendrían que averiguar qué era a lo que se enfrentaban.

La guerra no solo era complicada sino también costosa en exceso, y desperdiciar recursos por suposiciones, no estaba fundamentado del todo. La idea era clara, reportar toda la actividad enemiga en el continente congelado, había puntos que no estaban claros sobre el actuar al encontrar la razón que tomó la vida de los soldados de Cooper, pero el alto mando se limitaba a responder siempre un “limítense a sus órdenes”; frustrante.

Ford no tuvo demasiado tiempo para reponerse, su débil cuerpo aun

resentía el frio intenso al igual que sus escasos hombres, todos ellos marineros con muy poca experiencia en combate o en tácticas de reconocimiento, pero a pesar de que la tripulación de Ford no se encontraba totalmente preparada para el reembarco, las acciones conjuntas con la milicia, se tuvieron que tomar de manera apresurada y forzada. No existía otra alternativa si lo que querían era salir todos vivos de allí, todos tenían que cooperar.

Lewis y Ford, como dos buenos amigos forzados, idearon la manera adecuada de preparar una expedición de reconocimiento nuevamente. Se propuso el tiempo de salida de la cruzada en veinticuatro horas posteriores al último reporte de los ingenieros de máquinas, el tiempo sería optimizado para cargar nuevamente el barco. Provisiones, vehículos y equipamiento especial fue adquirido por la milicia. La cooperación con aquella región era total. No se contaban con demasiados vehículos ni insumos para poder dirigir una empresa de aquella magnitud. La totalidad, y vaya que sí lo eran, fueron meticulosamente administradas. No recatarían en ningún aspecto, era momento de poner todo el arsenal a disposición. Se cargarían de igual manera todos los enseres que tenían dispuestos en Ushuaia, en los barracones. Probablemente no regresarían para quedarse demasiado tiempo y probablemente necesitarían todo el material que pudieran necesitar.

Para la preparación en esta ocasión se dispondría de uniformes diferentes a los de la primera expedición. Más abrigadores y de un prístino color blanco, estos ropajes servirían para disfrazar la presencia de los hombres en el hielo. La opción de los nuevos uniformes fue propuesta por uno de los soldados rasos de la división. Él quizás nunca sabría que su idea era en extremo buena y era un perfecto cambio de los uniformes de color beige con café de los que disponían la mayoría de las tropas americanas. Era arriesgado utilizarlos, pero seguramente el alto mando entendería el motivo de su renuncia de los uniformes reglamentarios.

El equipo del que se dispondría durante la misión también sería diferente. Varios lugareños fueron contratados como guías y se les

otorgaron uniformes de la misma índole que a los demás soldados, aunque no se les dio ningún arma para defenderse en caso de ser necesario. No tendrían que llegar hasta el punto por defenderse si mismos, fue lo que dijo Lewis cuando los guías hicieron esa observación.

—Para lograr explorar aquel sitio harán falta más que solo mapas — Dijo Ford. ─ La experiencia y un poco de algo más… un poco de suerte.

— Yo no pude expresarlo mejor. Necesitamos tener todo lo que sea de ayuda para poder ir a ese lugar y regresar sin un solo rasguño. En verdad espero que Cooper y los demás hayan encontrado un fin menos drástico que cualquiera a manos de los alemanes — Lewis empacaba sus cosas personales en los bultos que el ejército les otorgaba.

— En verdad espero que tengas razón, no solo por todos nosotros sino también por ti. Pase lo que pase, tú serás visto como el responsable del destino que tendremos todos. ─ De esa manera, Ford le agregaba un mal sano pensamiento de responsabilidad a Lewis.

— ¿Sabe, capitán?, Siento que usted tiene un poco de inseguridad sobre el éxito de nuestra división. Si Cooper fracasó, fue porque era un descuidado, yo no cometeré los mismos errores que él. Yo no escatimaré en nada para poder encontrar a esos malditos alemanes, por ello iremos armados hasta los dientes y, aunque no sean las malditas órdenes del mando, vamos a tomar represalias encontrar de ellos; esos bastardos así lo quisieron. — Lewis se había molestado un poco con el comentario de Ford, y con justa razón, desde que el capitán llegó a tierra firme, solamente pasaba cada momento con comentarios afilados en contra de la autoridad de Lewis.

Posiblemente Lewis no era el hombre más capacitado dentro de la milicia, aunque en aquellas situaciones, no solamente era el oficial de más alto rango, sino que también era el de mayor antigüedad.

La decisión claramente no les agradaba a los oficiales, pero realmente

no tenían alternativa más que aceptar. Debió de ser complicado de entender las acciones tomadas por sus superiores, a nadie le gusta el hecho de no saber por qué se llegan a conclusiones que no nos agradan tanto. Lewis ya había tomado una decisión de cómo abordaría el problema y por el momento, solamente se limitaría a informarle a sus soldados que se prepararan para zarpar lo más pronto posible. No importaba si la indicación era apresurada, el oficial quería a todos listos para embarcar en un tiempo a lo más tardar de cuarenta y ocho horas, pero también estaba consciente que sus soldados necesitaban un momento de esparcimiento y decidió que antes del embarque, todos podría disfrutar de las miles de pocas cosas que el pueblo podría ofrecerles, era momento de prepararse para la tormenta.

CAPITULO DOS

El día previo al embarque, si es que se podía decir que había un día en aquella noche casi perpetua de veinte horas, se otorgó licencia a un poco más de la mitad de los soldados desplegados en Ushuaia, su teniente ordenó que se entretuvieran con los pocos placeres que pudiese darles el pequeño pueblo portuario. La ciudad, carente casi en su totalidad de puntos turísticos y de sitios de esparcimiento, se notaba inundada por el deseo de mostrar su potencial ante los desencajados hombres. ¿Quién podría disfrutar un rato libre mientras la orden de realizar un embarque estaba próxima? Para más de uno, aquello era como la ultima cena de Jesucristo, vaya blasfemia.

Entre los hombres de licencia se encontraban tres amigos de combate, realmente nunca experimentaron la guerra juntos en ningún pelotón, pero estuvieron en las mismas misiones protegiendo y escoltando transporte de materias primas. Tareas aburridas para los que deseaban ver acción en todo momento. Fue precisamente ese tipo de misiones, las que les hizo creer que la guerra era mucho más sencilla.

¿Qué iban a saber ellos sobre los miles de muertos que dejaba el ejército Nazi? Obviamente no lo sabrían en aquel momento, y tampoco conocerían la razón por la que peleaban contra aquellos hombres viles. Tan solo lo que escuchaban eran las anécdotas y reportes de sus compañeros en Europa.

Dentro de la milicia, todos son amigos o al menos buenos compañeros. No es que sean todos verdaderos amigos, sino que la convivencia constante provoca que los hombres formen lazos de todo tipo. Existían aquellos que tenían vínculos de hermanos, otros más eran como buenos amigos, padres e hijos o incluso las relaciones de enemigos. Allí existe de todo, dentro del viñedo del señor, todos tienen lugar, es lo que dicen los religiosos.

De todos aquellos, un grupo sobresalía todavía más de entre todos, aunque eso no tuviera demasiado sentido en ese momento. Era muy obvio por qué lo hacía y es que era un grupo de tres personas con una relación tripartita, es decir era un grupo de amigos que se llevaba muy bien y a la distancia podía notarse que ellos siempre estaban en medio de una gran platica. Eran el clásico trio de compañeros, uno serio, uno atrevido y otra más un tanto gracioso, eran como los típicos amigos salidos de alguna historieta para jóvenes pues cada uno de ellos mantenía una manera de ser que era diferente al color gris que todos los soldados manejaban, a ellos no parecía importarles que fueran hasta el mismo infierno. Todos cambiaban de papeles según lo pidiera la ocasión pues estaban conscientes que ninguna persona podía siempre estar estacionada en un mismo comportamiento.

Ashton era el mayor de los tres con escasos veinticuatro años de edad, el joven formaba parte de una destacada universidad en el centro del país del norteamericano. A pesar de ser un atleta, fornido y un poco mayor a la altura del resto de los que le acompañaban, la verdad era que su carácter gentil y un poco bravío le valió para gozar de una gran cantidad de cariño proveniente de aquellos que lo conocían. Hubiese sido pertinente pensar que aquel joven de cabellos rubios y un poco ondulados, sería una persona que no fuese cortes y que por el contrario sería el típico universitario presumido con padres millonarios, que había tenido que acudir a la guerra en contra de su voluntad.

Algunos decían que era el perfecto espécimen para desempeñar los juegos de contacto con los que contaba el campus universitario, sin embargo, su interés radicaba en un gusto un tanto incomprendido, la observación del cielo nocturno y algunas otras cosas que no tenían sentido para el resto de las personas. Si les hubiesen preguntado a sus compañeras, ellas habrían dicho, seguramente, que era un desperdicio que tan perfecto hombre se desperdiciara en cosas tan tontas como esas sandeces de la observación del cielo. Él era un deportista y por lo tanto debería de haberse dedicado en su totalidad a ello. Ellas se equivocaban.

Estos aspectos de Ashton siempre eran criticados por Bradley Johnson quien era mejor conocido entre los chicos locales como “Rex”. Bradley siempre fue el típico bravucón de buen corazón y con un origen que muy pocos conocían en realidad. Un hogar humilde, sin una madre que pudiera darle el cariño maternal que pudiera necesitar en toda su formación, esa fue su realidad, pero a pesar de eso nunca fue una persona que tuviera cimentada la maldad dentro de él y por el contrario siempre trataba de salir adelante con las limitadas oportunidades que el mundo le escupía. Para él, no hubo mayor presencia que la de su padre, quien le enseñó a ser duro ante la vida, muy a pesar de sus propios deseos, aunque mucho de esos deseos eran la manera tan peculiar que tenía de vestir antes de entrar al ejército pues era aficionado a usar diariamente una cazadora de cuero y tan solo una playera blanca debajo, ahora estaba acorralado con dejar de lado su cabello largo y cambiarlo por una cabeza totalmente afeitada y de igual manera había cambiado la vieja cazadora de cuero por el uniforme militar que, según él, le hacía lucir muy mal aquella nariz ligeramente desviada en medio de aquellos ojos de color aceitunado. No era una mala persona. Siendo el más joven de los tres, también era el más osado, su ímpetu y su valentía le hacían merecedor de ese reconocimiento. Rex siempre mencionaba los gustos extraños de Ashton y las bromas sobre este observador de las estrellas siempre estaban a la orden del día, ellos eran una mancuerna genial pues cada uno se permitía jugar el rol que más le gustara.

El último de los amigos era Joe Martínez quien originalmente se llamaba José Martínez, pero decidió cambiar su nombre para no tener que explicar su ascendencia latina a todos los curiosos del cuartel, pero no tenía realmente un gran efecto pues su estatura un poco más corta que la del resto, el tono de piel ligeramente más cenizo y el cabello negro como la noche, le delatarían; así como algunas otras cosas. Aunque eso era lo que él deseaba hacer, no tuvo el resultado que él esperaba, su apariencia era más que obvia, le delataba tanto en su conformación como en la forma de hablar, Sería una gran tontería que siguiese con esa farsa, pero tampoco él podía negarlo.

Esto le trajo muchos problemas, sin embargo, nunca fueron lo suficientemente importante debido al apoyo de sus dos incondicionales. ¿Quién podría meterse con Ashton y Rex? Exacto, nadie podía meterse con dos amigos como aquellos y por ello, Joe tampoco tenía demasiadas cosas que explicar al resto de los soldados.

Los tres hombres jamás habían visto disparos reales, su noción de guerra se limitaba a los reportes que escuchaban por la radio o por aquellas noticias que llegaban a sus oídos por chismes de los demás compañeros, para ellos fue algo mucho más sencillo pues su entrenamiento no constó en demasiadas horas con rifles ni combates de cuerpo a cuerpo, eran más que nada principios del uso del armamento de la milicia. Aunque si conocían lo básico de la milicia; estaban lejos de ser soldados de elite, o al menos buenos soldados y es que nadie se vuelve un verdadero guerrero con tan solo unas cuantas platicas y con pocas horas de entrenamiento. Esa era la misma realidad en muchos de los jóvenes americanos envueltos en aquella guerra, eran tan solo jovencitos que acababan de terminar la escuela y que tendrían que pelear por sus vidas en un campo para el cual no estaban preparados.

— Este mugrerío no tiene un buen bar, ¡Vaya! Ni siquiera he visto a ninguna sola persona que quiera pasar un buen rato en este lugar, todo está como si fuera un cementerio — Dijo Rex, mientras acomodaba la pequeña gorra militar afelpada. — Y a parte de todo, este maldito frio, sientes que el trasero se te congela solo con ir al baño.

—Tú lo que quieres realmente es encontrar un poco de diversión al lado de alguna señorita, ese tipo de cosas será complicado de encontrar aquí. — Ashton le comentó.

— Solamente digo, si vamos a morir, deberíamos de llevarnos un buen recuerdo de esta aventura.

— ¿Estás loco? No moriremos aquí, la suerte que sufrió Cooper

solamente fue ocasionada por el frio. Nadie de nosotros está preparado para ello, pero en esta ocasión es diferente — Ashton caminaba con los bolsillos llenos por sus manos.

— ¿Ha sí? Dime, chico listo, ¿Qué es diferente ahora? Tal como yo lo veo, somos una compañía mezcla de marineros y soldados. Nada más preparado que la división de Cooper — Rex sabía que las palabras de Ashton no estaba fundamentadas.

— En esta ocasión, estamos llevando todo lo que tenemos. Llevamos más cobertores, un mejor equipo y abrigos más eficaces. Además, ¿Viste a esos guías? Se ven muy experimentados en cuanto al conocimiento de la región — Ashton siempre era optimista.

— Creo que esos guías que contrató Lewis, son solo unos aprovechados y solamente quieren dinero. — Rex, invitó a Joe a opinar, le había dirigido una mirada.

— Yo creo que solamente iremos a ver que no hay nada y regresaremos, ese Lewis es una persona llena de trucos y mentiras, seguramente no arriesgará su pellejo para encontrar explicaciones en medio del desierto. — Joe, apoyó su brazo sobre el cuello de Rex. — ¿O acaso es que tienes miedo?

— No tengo miedo de nada, sabes que a esos alemanes los podría destrozar tan solo con mis manos. — Rex, se quitó el brazo de Martínez y tan solo se limitó a seguir caminando.

Ambos caminaban acompañados de cinco hombres más de su pelotón. El sitio al que todos caminaban había sido planeado antes de abandonar el improvisado barracón, el frio les resoplaba incluso hasta el alma más recia de cualquiera que estuviese parado allí. El panorama que se cernía más allá de las montañas blancas escondidas por la iluminación solar tan escaza, se llenaban de nubes que se arremolinaban mostrando el lado más crudo del frio destino al que se aproximaban y junto con toda esa imagen, también se elevaban una leve y escasa cantidad de casas de madera que se aglomeraban de una manera insulsa para dar forma al endeble pueblo

y allí, en medio de la nada, era donde se gestaban todas aquellas nociones de desventura que tendrían dentro de ese poblado.

El sitio de reunión sería obviamente el salón de bebidas más famoso de Ushuaia, no es que hubiera tampoco demasiadas alternativas para poder disfrutar o degustar, pero sin lugar a equivocaciones, una cantina siempre ofrecería un buen rato de esparcimiento a los lastimeros miembros del cuerpo armado que se encontraba en el pueblo. Era muy posible que quizás algún buen trago les haría olvidar su próxima partida o el temor que muchos sentían por encontrar la misma suerte de Cooper. Las calles estaban totalmente cubiertas de escarcha, le sobresalían algunas piedras y nada más de en medio del lodazal que las múltiples pisadas que los soldados habían dejado a su paso en camino a aquella cantina. Las casas estaban constituidas por cabañas hibridas entre madera y piedra, una combinación hecha para soportar el frio y combatir de igual manera a los vientos aguerridos de la región. El interior de las casas estaba tan obscuro como el exterior, bueno, podría decirse que casi todo era obscuridad, ya que las escasas lámparas callejeras, no alcanzaban a dar una iluminación adecuada pues en muchos casos las lámparas todavía eran de aceite a la vieja usanza del siglo anterior y tan solo algunas cuantas, eran eléctricas. La anticipada noche y perpetua noche, ya había caído y se encontraba totalmente postrada sobre los compañeros. Los hombres platicaban de temas sin sentido, en aquellos momentos, las pláticas eran sobre chicas, autos y los debates eternos sobre cuál era el sitio con la mejor comida casera. Eso les hizo olvidar por un momento que se encontraban en una guerra.

— Henos aquí — Ashton interrumpió a todos los demás.

— ¿Esto es todo? Parece tan solo una casa que le pusieron un letrero; y muy feo, por cierto. — Rex,

— Ya era tiempo que vinieran. Por un momento pensé que algún lugareño les había secuestrado o asesinado — El sentido del humor de Joe, era malo. Pésimo.

Poco a poco los soldados fueron entrando al sitio. El acento y la

apariencia delataba a cada uno de ellos como foráneos y no es que fuese tampoco demasiado difícil el poder atisbarlos como meros extranjeros pues ya todo el pueblo de Ushuaia sabía de la existencia de aquella división militar ¿Cómo no saber de ellos, si en todos lados se encontraban? Un pequeño grupo de lugareños ofrecía servicio a esos hombres que, hambrientos y sedientos, casi destrozaban el pequeño lugar donde estaban conviviendo sus horas previas de embarque. Los amigos entraron sin perder más el tiempo en el frio ambiente exterior, como era costumbre decidieron tomar una pequeña mesa de madera al borde de la pudrición tal y como el resto de las mesas se encontraba. No eran los únicos allí, al ser aquel el único lugar para que se pudieran esparcir, estaba lleno a tope de todos los soldados que peleaban por un lugar y por ello los tres amigos podían dar gracias pues era como si su mesa les hubiese estado esperando tan solo a ellos. Los otros acompañantes se reunieron con distintas mesas con hombres que ya se encontraban allí desde antes, desde mucho tiempo antes. La música era desconocida, el ambiente ligeramente colmado de los olores de aquella culminación de hombres, abarrotaba todo a su alrededor y hacia ligeramente un poco más molesta la estancia en el bar, pero sin duda era algo que no evitaba que las cervezas se derramaran por todos lados junto con la alegría de los ebrios desbordando una infame bebida mala en medio del gélido ambiente. Una chimenea intentaba poner todo un poco más caluroso, pero era mucho más eficiente todo aquel calor humano que brotaba en medio de eructos y malas palabras provenientes de los hombres de uniforme verde un tanto obscuro.

— ¿Ya viste a Jacob?, de nuevo esta orquestando su sequito para poder sacar alguna ventaja de esta situación. No me agrada para nada, pero ni un poco. — Joe decía mientras sostenía un pequeño vaso de Whisky.

— Realmente no aprenderá jamás, ahora infunde temor a sus compañeros para hacerles caer dentro de sus artimañas, algo busca dentro de todo esto y es que el problema es que no ha encontrado quien le ponga un alto. Yo realmente opino que todo aquel que es tan

tonto como para dejarse estafar, merece ser estafado; ignaros — Ashton dio un gran trago de su bebida, el escozor en su garganta casi le provocó devolver la substancia. — Estos tragos están más fuertes que en América, cuanto daría por que estuviéramos allá nuevamente, lejos de todo esto

— No será demasiado tiempo, tan solo encontraremos los restos de los hombres y nos marcharemos a casa. He estado escuchando algunas cosas de los demás hombres y, al menos los artilleros, dicen que podemos sacarle un gran provecho al poco equipo que traemos. — Rex, se acabó de un solo golpe su bebida y al hacerlo, azotó el vaso vacío contra la endeble mesa.

— Algo no me gusta de todo esto, los marineros dicen que ellos vieron extrañas siluetas en medio de la obscuridad pero que no pudieron hacer nada para saber qué eran. Aseguran que esas sombras fueron las que acabaron con sus compañeros. — Ashton, todavía no quería terminar su bebida pues era en extremo fuerte para él.

— Puras tonterías de hombres ignorantes, ya sabes cómo son los marineros, siempre con sus “monstruos de mar” — Rex, le palmeó la espalda a Joe en busca de que secundara su comentario.

— No sé, a mi quien no me da buena espina es Jacob, siento que está loco o algo así; esa sonrisa en su cara me hace pensar que se burla de la vida o de nosotros. —

— Por amor de Dios, deja a ese imbécil en paz y mejor termina ese trago, — Rex, le invitaba a no prestarle atención.

Jacob quien era un joven de la costa este de Norte América, era el perfecto ejemplo de un ser un tanto abusivo y poco congruente con sus acciones. Las bromas pesadas e intimidaciones, transformaban a aquel hombre en uno de los más temidos dentro del grupo, su manera de hacer burlas de todo, eran uno de los ejemplos más claros de insubordinación dentro de la milicia y tanto era aquello que en muy pocas ocasiones acataba las ordenes. La guerra no había sido capaz de fomentar ni un poco el sentido de compañerismo en el soldado, en

lugar de ello, se formó de una manera peor. Era un claro ejemplo de lo que ocurría en la guerra, algunos mejoraban y otros, los otros solamente no lo hacían y, por el contrario, sacaban a flote toda la mierda que existía dentro de sus pútridas almas. Era mejor decir eso, que otras cosas peores claro, si es que eso realmente puede ser posible.

Esa noche no era la excepción respecto a otras ya que Jacob comenzó su noche arrebatando una tanda de bebidas a otros dos soldados que compartían la mesa más alejada de la entrada, lo hizo para demostrar a su sequito que él era quien estaba siempre un paso delante de todos y también para mostrar que nadie o al menos muy pocos, tenían el valor de plantarse delante de él y oponerse. En frente de ellos, dos soldados de artillería, tomó los vasos y uno a uno los fue bebiendo hasta que su propia boca no encontraba la manera de deglutir todo lo que intentaba tragar y se desbordaba por sus labios. Las bebidas comenzaron a chorrear a los lados de su enorme boca, el uniforme se manchaba con grandes gotas alcohólicas.

— ¡Oye!, ¡¿Estás loco?! — Uno de los hombres le dijo mientras azotaba las manos contra la mesa. Todos los vasos vacíos temblaron con su sacudida. ─ ¿Qué es lo que te pasa?

— ¿Acaso te molesta? — Jacob terminó la última gota de la bebida de uno de ellos, sus ojos desafiaban al que se encontraba frente de él mientras se limpiaba la cerveza que escurría, con la manga de su uniforme.

─ Eres un perro infeliz.

El ofendido soldado soltó un gran resoplido, pero justo en el momento que diría una nueva palabra, las manos de Jacob tomaron el cuello de su camisa y lo estrelló en la pared de madera. La mesa fue derribada en el momento y los vasos ahora eran trozos de vidrio en el suelo de madera rustica del bar. Un golpe certero en el estómago terminó de poner silencio al compañero, este perdió todo el aire que tenía dentro de sí, algo doloroso sin duda. Instintivamente buscó proteger su abdomen y con ello dejó descubierto su rostro, Jacob notó esto y se

preparó para darle un segundo golpe que enseñara a todos los presentes, que con él no había medias tintas. Su brazo tomó impulso y se dejó venir contra el rostro del soldado, pero no alcanzó su destino porque chocó antes contra una palma que le detuvo; era Lewis.

El oficial rápidamente tomó el puño del abusivo y se le devolvió con fuerza.

— Relájate Jacob o te enviaré a pasar un tiempo con la policía militar y tú sabes que no son buenos amigos en tiempo de guerra. — El teniente le miró y con un movimiento de cabeza provocó que Jacob se diera media vuelta y regresara a su mesa junto con sus seguidores. — Recuerda que aquí no estás en un maldito día de campo.

— Muchas gracias, teniente es solo que…

— No digas más, he visto todo lo que ha pasado. No se preocupen por nada más y mejor disfruten sus bebidas. — Lewis le ayudó a incorporarse.

Lewis, podría ser de todo, menos una persona que no cuidara de los suyos. Ayudó al soldado que recibió el golpe y solamente le miró hasta que este tomó de nuevo su lugar en la recién incorporada mesa. El sonido regresó hasta el lugar, la tensión ya no se sintió, pero había quedado aquel sentimiento amargo que se desarrolla después de una pelea así.

El oficial Lewis caminó de nuevo hasta el sitio donde se encontraba junto a sus allegados. Se sentó a disfrutar su bebida con el cabo Mathews

Aunque era forzado, el ambiente retornó a la cantina mientras todos seguían bebiendo y riendo mientras el altercado con el joven Jacob este estaba olvidado o al menos así deseaban que fuera. No era tiempo de detenerse en tonterías.

— No entiendo realmente al alto mando, ¿Por qué enviarnos a investigar un sitio donde posiblemente hay alemanes? Deberían de mandar a nuestros aviones a bombardearlos — Ashton comía una

extraña mezcla de platillos del mar. Su plato favorito parecía ser las centollas, las cuales fueron servidas con distintos tipos de queso. —Realmente creo que los alemanes se encuentran aquí por esta magnífica comida de mar. ¡Tan solo vean el tamaño de estos cangrejos! Son más grandes que mis dos manos juntas. Esta es una razón válida para querer estos territorios.

— Pues digan lo que digan, yo prefiero estar aquí que en el pacifico, además yo no sé nada de combate en islas selváticas —Joe terminó de robar la última centolla del plato —además aquí hay estos deliciosos crustáceos, como bien lo dijiste, Ash.

La noche jamás terminó, era un fenómeno natural que solamente acontecía en los polos, por la inclinación de la Tierra, aquellas noches llegaban a tardar hasta veinte horas y dejaban escazas cuatro horas de luz solar, aunque claro, eso cuando los días no estaban nublados y el clima así lo permitía. Si no hubiese sido por el hecho de que los soldados se encontraban próximos a entrar en servicio, aquello quizás hubiese durado toda la larga noche de Ushuaia, pero ahora, los tres amigos y todo el resto de los militares, tendrían que regresar a los barracones e intentar descansar un poco. Todos los hombres terminaron por tener un buen rato en el pequeño establecimiento, los dardos fueron los responsables de aquel buen momento y así mismo también los dados y las cartas, fueron los acompañantes de los últimos soldados en el lugar. Las horas pasaron hasta que, por fin, la mayoría de los asistentes terminó estando en un grado alto de ebriedad. Todos sin excepción presentaban aquel estado, solo que algunos en diferentes grados. Los últimos en abandonar el lugar, fueron los tres amigos junto con algunos escasos hombres de los cuales no había nada más que leves asociaciones de fraternidad. Aunque todos habían bebido mucho, Rex era aquel que no tenía ni el más mínimo respeto a la bebida y, por el contrario, sentía que tenía el deber de acabar con el alcohol del mundo. Fue eso, lo que precisamente acabó con su coherencia y le había convertido en algo peor que un miserable hombre de trapo pues estaba ya en muy mal estado como para poderse parar por sí mismo, y ni se diga de que

pudiese caminar. Joe y Ashton no tuvieron otra opción que cargarle.

— ¡Rex por dios! Sabes que no podemos maniobrar contigo cuando estás en ese estado. Maldición, contigo — Joe se quejaba de la necesidad de lidiar con el ebrio.

— Déjalo, Joe, solamente intenta olvidar a ya sabes quién — Ashton se colocó el brazo de Rex al hombro. Lo elevó utilizando casi toda su fuerza. Era muy pesado. Joe solamente apoyo en algunos puntos de la caminata, pero al final terminó por echarse gran parte de la carga de Rex. La taberna les dio la despedida en medio de la noche perpetua, la nieve caía en ese preciso momento en medio de una danza gélida de pequeñas motas de hielo. El frio era paralizador.

— Y pensar que, a donde vamos, esto está mucho peor — Joe, siempre tenía una palabra para quejarse de algo.

Rex era cargado por sus compañeros para ayudarlo a salir, su estado no le permitía ni dar un solo paso. Sus pies rozaban con la punta, la capa de escarcha y rocas del camino y las botas intentaban desgastarse por esa acción. Nunca les había parecido tan largo el camino de regreso a los barracones como lo era ahora pues no es lo mismo caminar en el frio que caminar en el frio cargando a un borracho. Era complicado.

— Realmente es pesado y con las centollas dentro lo es aún más — Joe batallaba para cargar al joven, la talla del americano les complicaba la movilización a sus compañeros.

La penumbra bañaba a aquel sitio, las calles en mal estado les recordaban lo lejos que se encontraban de su país y lo mucho que extrañaban a los Estados Unidos. El intenso frio se dibujaba con cada exhalación de los soldados e intentaba entrar a sus pulmones para helarles desde el interior. El barracón recién implementado se encontraba a tan solo pasos, muchos, para ser exactos. Solo era cuestión de algunos minutos para llegar, pero en aquella chusca caminata, seguramente harían unos cuantos minutos más—

En el camino, de entre las sombras una rasposa y áspera voz se

asomó, al tiempo que lo hacía un hombre salió de entre las penumbras para exponerse a la luz de las farolas, ligeramente. Los dos hombres que cargaban a Rex, no le prestaron la más mínima atención.

— Deben de regresar a su país, las posesiones de “Ellos” no pueden ser de nadie más. Le ha costado mucho a tantos — El sujeto era un tipo envuelto en jirones, su olor de igual manera era la propia de las personas que portaban dichos ropajes. Usaba una bufanda muy larga de color rojo, su cabeza era coronada por una especie de sombrero de copa, muy alto. Tenía una gran cantidad de collares y colgantes alrededor de su cuello. Probablemente lo que más llamaba la atención era un hermoso colgante similar a un anillo, ese tenía en el centro, una bella gema de color morado. Lucía demasiado costosa como para que el viejo harapiento pudiese ser el auténtico propietario de dicha joya. Seguramente era robada y por lo consiguiente, era una razón más para blandir el puño en contra de él.

— Vaya susto que nos diste —Joe había casi soltado a Rex de la impresión, Ashton hacia un esfuerzo sobre humano por no caer —vete de aquí ebrio, fuera de nuestra vista.

Los hombres no se detuvieron a prestarle atención al salido de las penumbras, para ellos tan solo era algún tipo de persona enloquecida por lo que sería catalogada una de las noches más frías en Ushuaia.

—Su suerte aún puede mejorar. Este lugar no está al alcance de ustedes, los americanos jamás encontraran nuestro tesoro. ¿Me escuchan, cerdos? Ustedes ya están muertos.

─Oh por favor, esas son locuras. ─ Ashton, contestó al viento.

─ Hombres insulsos, temed a vuestra terquedad y no digáis que no os he advertido.

Las palabras del individuo parecían ser aquellas propias de un simpatizante fascista, seguramente se encontraba en algún tipo de sociedad simpatizando con los Nazis, aquello no era descabellado pues, aunque parezca extraño, en todo el mundo había partidarios

locos de la mentalidad alemana. Las palabras también incluyeron en ese momento murmullos y, fue precisamente eso, lo que le molestó en demasía a Ashton. Era un hombre de muy poca paciencia. Mientras las palabras desvariaban de la boca del individuo, estás comenzaron a cambiar. Parecía que la voz se tornaba más fina y melodiosa, como si se tratara de una mujer la que hablaba. Ashton dirigió su vista al individuo, y por un momento le dio la impresión de haber visto una dama, en lugar de un hombre. Seguramente eran los tragos los que transformaron la percepción anómala que tuvo sobre esa persona.

— Yo te enseñare maldito traidor — Ashton quiso librarse de la carga de Rex para poder arremeter contra el hombre, seguramente no se trataba de una mujer. Justo cuando encontró una manera de alivianar la carga de su amigo, este comenzó una arcada potente que doblegó a sus cuidadores, el impulso para vomitar era incoercible y llevó a estos al suelo. No importó que sus acompañantes estuviesen en perfectas condiciones musculares y nutricionales, se vieron débiles ante el impulso natural de vomitar, de un borracho. — Maldita sea Rex, ¿Qué pasa? — Ashton miró por un momento al soldado, quitó su brazo de su cuello y levantó la mirada para continuar con el ajuste de cuentas con el individuo. Cuando se levantó e intentó ver a través de la intensa obscuridad, no podía encontrar ninguna señal del paradero de aquel personaje.

<< Es un maldito cobarde >> Pensó Ashton dentro de su ebria mente.

Esperaron dos minutos para incorporar de nuevo a Rex. El vómito se pegó al pantalón del joven. Los amigos por fin lograron reincorporarlo y procedieron a retomar la caminata. Ashton buscaba con la mirada en todas direcciones para encontrar a aquel extraño hombre, pero no encontró ninguna señal de su paradero.

Por ese día, no había nada más que hacer que apresurarse a llegar a los barracones para poder descansar antes del día de preparación del viaje de reconocimiento. Era tiempo para descansar el cuerpo de la terrible ingesta de tragos de los que ahora se encontraban inundados.

Llegaron hasta los barracones y entraron en medio de un ruido que

era similar al de un desfile del día de la independencia. Ambos tiraron al tercer amigo en un catre e hicieron lo mismo con sus propios cuerpos. La fría noche caía sobre el campamento norteamericano.

Mientras ellos dormían, el *Queen of the Seas* esperaba pacientemente a sus próximos moradores.

CAPITULO TRES

Comienza el viento, el día ha llegado…

La noche parecía totalmente perpetua, el frio congelaba hasta la sangre de los hombres; la única salida, trabajar.

Las cajas de provisiones estaban llenas de ingredientes para la cocina del barco, el agua, al igual que las bebidas alcohólicas, también eran cargadas al navío. El barco estaría cargado a un cuarto de su capacidad en cuanto a insumos y de igual manera en personal. Aunque eran pocos los suministros, eran todo lo que tenían en ese momento. No había más, aunque lo quisieran.

Tres de los pobladores de Ushuaia se encontraban pacientes esperando cercanos al muelle dónde se realizaba aquellas maniobras. Los hombres eran personas acostumbradas al frio intenso, pero a pesar de eso, sabían que el frio en la Antártida no era como el que ellos experimentaban en su país de origen o incluso es Ushuaía y es que el paraje desolado de aquel continente de hielo recrudecía las cosas.

El sexto continente no solo era casi desconocido, sino que también las expediciones a ese sitio eran pocas y con malas referencias de su estancia allí. Era uno de los lugares más enigmáticos de la Tierra y ahora era el turno de ellos de poder aportar algo para que se pudiese esclarecer algunos de sus misterios, o al menos en cuanto al actuar de los alemanes se podría decir. La complejidad de la exploración antártica sería diferente en esta ocasión, los vehículos tipo Jeep, ahora no estaban disponibles debido a su carente adecuación para el hielo o la nieve, eran una baja sensible que se había perdido en la expedición de Cooper, en su lugar, trineos biplaza estaban a las órdenes de Lewis quien dirigiría a aquellos soldados. Los vehículos no eran el punto fuerte de la expedición, dado que eran muy ruidosos, solamente se les podría considerar para realizar solo ciertas acciones escogidas; muy escogidas.

Dos horas ya pasaban desde que comenzó la carga del barco, a pesar que ya el reloj marcaba las nueve horas, la noche aun bañaba el puerto por el efecto de la casi perpetuidad de la obscuridad de la noche. La ligera nevada ayudaba a mantener el ambiente obscuro. ¿Quién podría imaginarse encontrarse en una nevada en medio de la penumbra, siendo de mañana? A todos los que vivimos lejos de los polos, nos parecería una tontería o una falacia. Era totalmente cierto.

Cuatro horas y media fueron necesarias para terminar de cargar al navío, los hombres aún se encontraban con cansancio cuando se dio la orden de comenzar el abordaje del *Queen of the Seas*.

Todos los americanos abordaron, los barracones parecieron quedar abandonados ya que ningún hombre quedaba atrás, aquellos viajarían juntos y compartirían los mismos objetivos.

En total de efectivos, el barco contaba con personal completo de cocina, mantenimiento, comunicaciones además como de los esenciales ingenieros. En el aspecto militar se contaba con doce hombres quienes tenían a su disposición tan solo sus armas Thompson de primera generación.

Ningún tipo de apoyo tal como artillería o vehículos blindados era dispuesto por aquellos hombres, su misión no era entrar en conflicto con los enemigos sino documentar su actividad. Cámaras de video y fotográficas eran las armas con las que combatirían.

— Cuando me dijeron que el frio acá era tan duro de soportar, creí que intentaban asustarme, ahora veo que es peor — Ashton cargaba su bulto de ropa hasta los dormitorios, sus compañeros caminaban detrás de él. Rex golpeaba las paredes metálicas del pasillo principal, quizás intentaba asegurarse de la integridad de las mismas; realmente solo jugaba.

— Parece que estaremos en esta sección, espero que no se te ocurra buscar problemas Rex o al menos que mantengan limpia su área, odiaría vivir en medio de la porquería. — Joe tiró su enorme bulto sobre la rígida e incómoda cama. Ashton dormiría en la tercera línea

superior de camas y por lo tanto luchaba para instalarse. Rex justo debajo de Ashton

La voz de Ford resonaba por los pasillos metálicos de la embarcación, las indicaciones de aquel oficial no eran otras más que mantener a todo el personal no esencial dentro de los dormitorios, en breve los encargados de movilizar el barco se darían a la tarea de echar a andar el intrincado sistema de máquinas.

La sensación del ambiente que se percibía era de total emoción, muchos vivirían su primera misión oficial de guerra y la ganas de patear traseros enemigos era irresistible. Una sensación irresistible para los jóvenes impetuosos.

Uno de los aspectos que habían llevado la moral a los cielos era el reciente anuncio de la victoria en Midway por los aliados. Sin duda en estos momentos el ejército americano parecía ser uno de los que llevarían el conflicto bélico a buenos términos.

Al menos una de las batallas más grandes del pacifico fue declarado como victoria para los aliados, la realidad estaba muy lejana de ser una verdadera victoria contra los japoneses. Aquellos nipones realmente estaban decididos a expandir sus territorios fuera de su sobre poblada isla.

China, la colonia de Hong Kong e incluso algunos baluartes americanos ya habían caído en sus manos. El poderío de Inglaterra estaba en duda, los alemanes acababan con ellos en Europa y los orientales los mermaban en el mar. La guerra parecía tornarse ominosa para los aliados.

El movimiento vibratorio de los motores del vehículo comenzó a generar el impulso para desplazarse fuera del puerto escarchado, el día comenzaba a asomarse detrás de la cordillera que se levantaba más allá del poblado. Los marineros soltaron todos los amarres del barco, los motores daban la impresión de haber estado esperando aquel momento para poder realizar sus maniobras.

La embarcación tardó varios minutos realizando maniobras para

acomodar su salida hacia mar abierto. El oleaje era tranquilo en comparación al día al que habían llegado.

— El papel de los ingenieros se nota. Aunque en verdad esperaría que estuviéramos a bordo de una embarcación llena de soldados. Me sentiría más tranquilo — Ford confesaba algunas de sus cosas a su segundo al mando.

— ¿Por qué aceptó regresar?, bien podríamos haber huido — El casi esquelético oficial conocía el punto de vista de Ford, pero le encantaba intentar hacer que él hablara.

— ¿Huir? Creo que ni siquiera tienes idea de lo que nos harían si lo hiciéramos. Además, si fuésemos nosotros los que estuviésemos extraviados, ¿No le agradaría que hicieran un esfuerzo para poder encontrarnos? — Ford siempre manejaba un tono de voz en extremo convincente, quizá era una habilidad única en el mundo, podía hacerte sentir su propia seguridad y certeza.

— Lo sé muy bien capitán, pero también creo que, en esta guerra, bien podemos huir y nadie se daría cuenta.

— ¿Sabe algo? Olvidaré que ha dicho todos esos comentarios que podrían considerarse como traición. Con su permiso, me retiraré a revisar que todas las cosas estén en perfecto orden.

Las estimaciones del clima parecían favorecerlos. A pesar de encontrarse varios grados bajo cero, el sol resplandecía con fuerza más allá de los cúmulos de nubes.

Las olas golpeaban el casco, los marineros parecían contentos de regresar al sentimiento que estas tenían sobre el transporte. Los cientos de tareas en la cubierta, y debajo de ella, mantenían una algarabía constante entre aquellos a bordo.

— Todavía sigo sin entender al alto mando, lo que conseguirán es matarnos a todos; eso sí tenemos suerte —Ford cuestionaba la medida de sus dirigentes.

— Realmente no entiendo de que te preocupas, seguramente el

pelotón anterior esta aún extraviado, debemos de agradecer las rápidas acciones que se dirigieron para apoyar la partida de Argentina. Mientras más rápido los encontremos, más rápido regresaremos a casa — Se segundo al mando, era el único con quien podía tener la confianza de hablar sobre sus dudas. Todo líder, debe de tener a quien contarle secretos que no pueda contarle a los demás.

— Ojalá tengas razón, no me gustaría terminar en las manos de los nazis. ¿Has escuchado lo que hicieron con los judíos de Polonia? — Ford se dirigió a Lewis quien se encontraba de pie observando el bravío mar, los hombres en la cubierta parecían danzar en la cubierta del barco. Lewis advirtió al capitán que avanzaba hasta él, las intenciones o el tema del que quería hablar, le eran desconocidos.

Los dos hombres guardaron silencio por un momento, Ford se acomodó junto a él en el borde donde Lewis descansaba los brazos, de frente al mar. Los pocos oficiales a parte de ellos, no mencionaron ninguna palabra sobre lo que esperaban de aquella misión. El sonido que predominaba era el de las olas del mar, ese sonido espumoso que era tan característica de él. El tema rápidamente cambió hasta retomar el tópico de moda, la victoria en Midway. Las especulaciones sobre lo acontecido eran tan solo eso, especulaciones. Las únicas noticias que habían tenido sobre esa batalla era el reporte que los acreditaba como vencedores, más no hablaba sobre los detalles.

Mientras los hombres hablaban de temas vánales, los oficiales discutían sobre el mejor sitio para el desembarco, sin duda era algo de suma importancia para el éxito de la misión. El plan inicial era llegar lo más próximo que se pudiera al mar de Wedell, allí dicho mar facilitaría la entrada de la embarcación hasta territorio continental.

— Entiendo, que has decidido volver al sitio de donde salieron la última vez — Lewis fumaba un delgado cigarrillo. Las bocanadas de humo se perdían en medio de aquel clima gélido.

— No es un capricho, es el mejor sitio para el desembarque. ¿Usted cree lo contrario? — Ford era un hombre que casi doblaba en edad a Lewis. Sus agudos ojos color miel, resaltaban en medio de su

alargado y delgado rostro.

— Más vale que tenga razón, esta misión necesita terminar lo más pronto posible y de igual manera tenemos que hallar a nuestros compañeros — Lewis abandonó el sitio y tan solo ingresó al cuerpo metálico del barco.

Ford solamente vio la huida del teniente, era un momento en el que los dos continuaban con sus choques de mando. Estaba claro que estaban allí solamente por cumplir las órdenes. De ser por ellos, estarían muy lejos el uno del otro.

El lugar para entrar hasta el gélido continente, continuaba siendo el mar de Wedell. Aquel sitio sin duda era el ideal para llevar a cabo la tarea, la península antártica, proporcionaba una perfecta protección al navío. El trozo de mar protegido por la península, estaba, según expediciones anteriores, sin helar la mayor parte del año. Sin duda era un pase directo hasta el corazón de la Antártida. Aquellos hombres no sabían que lo que tenían frente de si, era un fenómeno conocido como polinia, esto se descubriría muchos años más tarde, pero básicamente era el efecto en el que se podía crear un corredor de agua en medio de líquido.

La planeación era demasiado rigurosa en cuanto al viaje y así tenía que serlo ya que, si algo salía mal debido a un error de ese tipo, sería muy poco probable que alguien acudiese en su ayuda, era un sentimiento que pocas personas experimentan en la realidad, no podían contar con nadie más. Estaban totalmente solos en el fin del mundo y era precisamente eso lo que les emocionaba y a la vez les aterraba enormemente.

El mar se encontraba despejado y con cada minuto que pasaba, el cielo mostraba su acostumbrado color azul, pero a lo lejos las nubes se arremolinaban en el horizonte formando cúmulos grises que guardaban augurios buenos y malos para aquellos que viajaban en el *Queen of the Seas.* Las cosas que guarda el mar para el hombre, siempre son misteriosas, un tanto desconocidas y también demasiado extrañas para poder ser comprendidas por la mente de las personas

menos capaces. Aquel enorme océano, era como un enorme desierto de color gris puesto que el característico color de las aguas no era la habitual, ese desierto en medio del cual no habría ningún lugar al cual socorrer si acaso existiese algún contratiempo que jugara en su contra, en medio de ese lugar en el cual se encontraban solos y por su cuento, era allí justo el sitio que se tenía que atravesar para poder ir hasta el objetivo que tan solo horas antes se trazara.

El sonido de las olas rompiendo en el casco del buque era probablemente el único sonido que se escuchaba en el horizonte azul y gris, los hombres guardaban silencio y se mostraban pensativos en el futuro que les aguardaba en el helado continente, en ocasiones el humano necesita un periodo para poder pensar las cosas que ha hecho, en dónde ha estado y también a dónde irá; es normal que a veces esos instantes sean los que anteceden a un punto de inflexión en el paso del tiempo y de los hechos venideros, en este caso; su arribo a las costas congeladas cercanas a la península antártica. Todos sabían que era un destino desconocido, imposible era pensar que podían estar exentos de cualquier peligro y tampoco podían dejar atrás el pensamiento de que la tarea fuese fácil pues nada de lo que habían visto hasta ahora, les hacía creer lo contrario. Ese inevitable paso de aquel lastimero Sol, ese débil resplandor de colores amarillos y naranjas en el horizonte, hacían que cada pensamiento se acentuara más, llevaba a las dudas a todos los que iban a bordo del buque, pero, aunque quisieran, y vaya que no les faltaban ánimos ni deseos, abortar la misión; nada podrían hacer pues lo único que les rodeaba, era mar y más mar por donde fuera que voltearan la mirada. Si corrían con suerte, aquello solo sería cuestión de algunos días y nada más que eso, pero, aunque fuera así, nada estaba dicho en el gélido continente que era la Antártida.

CAPITULO CUATRO

Arribo.

Las horas y los días pasaban, con cada kilómetro recorrido, la temperatura parecía descender un poco más cada vez que era registrada por los instrumentos en el buque, los ánimos de los hombres a bordo, estaban mezclados pues el mosaico de emociones estaba totalmente desfasado puesto que por un lado tenían la alegría de haber llegado por fin a aguas continentales, pero por otro lado, y posiblemente el aspecto que menos les agradaba, que pronto estarían por ver qué era lo que había pasado con sus compañeros; sin duda esto era mucho más angustiante que el hecho de haber tenido que cruzar un inclemente océano frio y mortífero. El mar que al principio de la salida de Ushuaia parecía amigable y benevolente, ahora estaba empeñado en dificultar el avance de los americanos, los instantes se llenaban de situaciones que iban brotando sobre la cubierta del barco, era como si a cada momento que un problema se solucionaba, dos más aparecían en la lista de averías; vaya suerte que cargaban. El oleaje era grande y bravo, cada momento era un tormento para el capitán y sus marineros ya que había que plantearse con una cabeza fría y luchar por mantener de una sola pieza el barco, era necesario que fuese así pues de lo contrario aquella nave se iría al fondo del mar con más de cien almas desdichadas. La tarea era ardua y compleja, lo era tanto que todos aquellos que participaban en la dirección del barco se encontraban sudados y mal olientes, muy a pesar del frio que empezaba a llegarles hasta los huesos. El barco se mecía de lado a lado sin esperar ningún solo momento para dar oportunidad de encontrar aguas más calmas, al parecer; el resto del viaje que les esperaba sería de esa manera.

Los marineros soportaban de una buena manera el movimiento de la embarcación, para eso estaban entrenados y precisamente para ese momento en alta mar era lo que habían esperado siempre, el

verdadero problema radicaba en los hombres que no se encontraban acostumbrados a aquella danza imparable y mucho menos si se recordaba que varios, o quizás la mayoría, eran soldados en tierra y jamás se habían subido ni a un pequeño bote. Cualquier cosa hubiese sido aceptable en medio de aquel océano de temperaturas bajo cero grados, durante la guerra esa afirmación se hace un poco más, digamos… cierta y es que, aunque el buque era "nuevo" estaba totalmente diseñado para la guerra y no para ser un hotel de cinco estrellas. Los camarotes, pequeños espacios cerrados que en casi ninguna circunstancia tenían escotillas, fueron organizados de tal manera que los hombres tuvieron que reacomodar la capacidad humanamente permitida por cada uno de ellos, la época así exigía el hecho pues no se emplearían más recursos por parte de los Estados Unidos, para financiar más buques para que las tropas viajasen cómodamente y es que era justo en estos momentos en los que todo el hierro que se pueda usar para construir aviones y barcos, tenía que ser empleado para combatir a los japoneses. No era culpa de los soldados que viajaban allí, les había tocado así y tendrían que soportar convivir con hasta al menos diez personas por cuarto, eran tiempos de guerra y nadie podía quejarse porque ya solo el hecho de encontrarse en un frente que era mucho menos peligroso que el resto, ya era una gran ganancia para ellos.

Joe fue uno de los más afectados en el apartado catorce de dormitorios, eso por decir un ejemplo, ya que en todos lados había hombres que sufrían el mal del mar, con la interminable danza de las aguas, la cabeza ya le jugaba bromas y no esperaría a que se tranquilizara la situación para asaltar totalmente el sentido de orientación de Joe. Durante la noche, la percepción de movimiento era peor que en el día, la iluminación era escasa y lejos de ayudar a los tripulantes, esta terminaba por marearlos aún más, era sencillo de explicar, al no contar con una referencia visual de apoyo, el cerebro tenía más dificultades en establecer un punto donde apoyarse para la orientación y esto desencadenaba los mareos en la tripulación.

Después de algunos minutos de aguerridos embates por parte de las

olas, Joe terminó volcando en su totalidad las raciones de pan y sopa que con anterioridad fueron servidos en el comedor, las había vomitado sobre el suelo de todo el dormitorio, era como si el movimiento del barco hubiese ayudado a que la expansión de la mancha fuese todavía mayor, El olor se esparció como pólvora dentro del pequeño dormitorio. La mayoría de sus compañeros abandonaron aquel sitio, excepto Ashton quien le ayudaba a paliar su afección, no tenía éxito.

— En verdad no estás acostumbrado al mar, ¿No es así? — Ashton colocaba el brazo de su mareado compañero contra su cuerpo. — Mejor no me contestes en este momento.

— Maldito barco, preferiría estar en mis tierras. Yo no sirvo para esto. —Joe se limpiaba la boca con su brazo derecho, el olor del contenido de su estómago era muy fuerte; nauseabundo. Al terminar de vomitar, sintió un gran alivio, pero a pesar de ello; el mareo parecería que continuaría sin dar tregua. — Ya el primer viaje fue difícil, pero este… este está muchísimo peor.

— Que asco, Joe, apuesto que ni tu novia te besaría en este preciso instante — Rex reía del joven batido en su inmundicia.

— Oh por favor, cállate ¿Quieres? — No había terminado la oración, cuando sintió la necesidad de volver a vomitar, y sin poderlo evitar, volvió a sacar todo el contenido de sus entrañas, por segunda ocasión.

Era un poco penoso el acto, pero sus compañeros decidieron limpiar la mugre, pero no por el hecho de ayudar su amigo sino porque el penetrante olor acido del vomito invadía todo a su alrededor.

El mar de Wedell parecía no dar tregua al avance de la embarcación. Las olas golpeaban y se erguían varios metros sobre la cubierta y en ocasiones dejaban parte del barco debajo de ellas, el agua recorría la cubierta y amenazaba a cualquier instrumento que hubiese sido descuidadamente olvidado sobre de ella. El viento raspaba con una

gran velocidad la parte superior de las olas, parecía arrancarles sus coronas y cuando esta brisa alcanzaba a los pocos marineros en cubierta, era como si una fuerte lluvia de arena les impactara los rostros. Era doloroso.

Los marineros luchaban en contra del aguerrido océano, pero parecía que tan solo se movían a merced de sus azotadoras olas, a pesar de ello, preferían intentar ayudar en mantener todos los aspectos del barco que pudieran ser afectados por las aguas, de una manera adecuada y optima; después de todo… Solo tendrían aquel barco para refugiarse de cualquier inclemencia.

Es probable que uno de ellos advirtiera el avance de una de las olas, pero de haberlo hecho no hubiese sucedido el brutal embate de una de ellas contra un desprevenido marinero, esa acción debió de haberse prevenido, pero ante tanto movimiento, obscuridad y demás cosas, habían hecho de esa acción un gran problema. La ola maquillada por el viento azotó a tantos hombres como tuvo oportunidad, instantáneamente cayeron al suelo de la cubierta y les provocó probar el sabor frio del agua del mar, esa agua salada, perdía mucho de su salinidad y probablemente era por el hecho de que el intenso frio le paralizaba los sentidos a aquellos que tenían la desdicha de probar su terrible sabor. No importaba si se encontraban en la cubierta, ya fuese tirados en ella o de pie, nada del frio y del movimiento tan errático del barco, les provocaba tantos problemas, pero sin duda, no había nada más que les causara un peor sentimiento que el hecho de golpear duramente contra esa cubierta de metal sólido. En medio de aquel alboroto, el viento pareció tomar un comportamiento diferente al resto de cualquier ruido que hubiese escuchado cualquier persona que tuviera un poco de experiencia de navegación en alta mar, era una especie de lamento lastimero que provenía de la obscuridad y de esas olas que chocaban contra el casco del barco, algunos días después se diría por muchas de las pobres almas que tripulaban el Queen of the Seas, que en aquel momento se podría haber jurado que aquellos sonidos fueron percibidos por más de un pobre incauto y que estos ruidos eran

similares a los lamentos de alguna mujer y eso les había hecho reconsiderar el hecho de la realidad o ficción, del mito de las sirenas. No cabe duda que la situación, la obscuridad y la premura, hacen que los marineros imagen cosas que no son del todo reales ¿Podría haber sido aquello, la señal autentica de las sirenas embistiendo al barco? Nadie podía asegurarlo, pero; aunque suene tonto, tampoco podían negarlo rotundamente; el mar guarda para sí mismo muchos secretos.

El tambaleo del barco hizo más complicada la recuperación de los hombres, no podían pararse fácilmente, cuando lo intentaban volvían a caer, pero al final lograron incorporarse. Todo marchaba bien hasta que uno de ellos advirtió unos gritos que provenían de algún lugar escondido entre las olas. La mirada del marinero recorrió el océano y entre las olas, el inconfundible impermeable amarillo sobresalía, era uno de sus compañeros.

— ¡Hombre al agua! — Gritó el marinero mientras se sostenía de un enorme amarre, si no lo hacía de manera adecuada, corría el riesgo de ser arrojado junto con el desafortunado hombre en el agua.

Desde el combés del buque los oficiales notaron el alboroto e inmediatamente dieron pausa al andar de los motores. No podían darse el lujo de perder ni a un solo hombre, cada uno de ellos era esencial a su manera.

— ¡Lancen un bote a recogerlo! ¿Qué esperan? —Ford abandonó su lugar en la sala de mando, el viento frio cargado de agua entumecía sus mejillas. Era importante para la moral del grupo, que estos vieran a su capitán, esforzarse junto a sus hombres para rescatar a su compañero. Ford comenzó a dirigir las acciones de rescate.

El bote de rescate se soltó por uno de los costados del casco del barco. El USS *Queen of the Seas*, ahora se encontraba intentando rescatar a uno de sus moradores. Cuatro hombres timoneaban la endeble embarcación, parecía que las olas no permitían que se les surcase, corrieron el riesgo de ser echados fuera del bote. Fue un milagro que ninguno cayera.

Con un paso decidido, el bote de rescate llegó hasta el moribundo hombre, casi ahogado, uno de sus amigos lanzó una mano para hacerse en uno de los costados del bote. Rápidamente sus compañeros echaron mano de sus habilidades y lo pusieron a resguardo dentro del bote.

La respiración del hombre era demasiado agitada y dificultosa, sus pulmones intentaban pelear contra el agua que intentaba colarse hasta lo más profundo de su ser. El motor del bote, luchaba en contra de las olas que parecían interminablemente altas. Cada movimiento que iba y venía, provocaban que el marinero se retorciera cada vez más en su pobre y desesperado intento por expulsar la flemosa agua salada que tenía dentro de él.

Cinco de los compañeros de aquel equipo de rescate esperaban el retorno de la embarcación. Entre azotes y agua, los hombres lograron poner a salvo al infortunado. Los fuertes y poderosos brazos de aquellos individuos, sacaron con gran dificultad al hombre de dentro del mar. Era extraño, pero siempre las personas que están desfallecidas, tienden a pesar más que una en estado normal, al menos eso era lo que todos creían.

El cielo parecía encresparse con cada acción a bordo del buque, las nubes no daban tregua al sol y el viento seguía rebanando las olas. En aquella situación, el tiempo es tan subjetivo que las horas tan solo parecen algunos minutos. Bajo la gran tormenta que los asediaba, ya habían transcurrido más de dos horas, la luz del sol en ningún momento se observó, el periodo para tener luz natural había terminado por ese día, las penumbras dominarían por muchas horas hasta ver de nuevo el astro. En medio de aquel frenesí, las luces del barco se encendieron e iluminaban todo alrededor de ellos.

El marinero fue colocado a salvo después de subir las escaleras laterales del buque, pero justo en el momento en el que se lo llevarían a tomar un descanso y una revisión, una enorme ola volvió a azotar al barco. El golpe, en esta ocasión fue tan fuerte, que Smith, uno de los oficiales de cubierta, perdió el equilibrio y golpeó una saliente metálica

con la cabeza. La sangre se mezclaba en finos hilos sobre el agua que lo inundaba todo. La gran ola no pareció haberse limitado con dar un gran susto a los presentes, sino que iba por algo más. Algunos de los marineros cercanos describieron algo parecido a un brazo que era formado por solamente agua, este fue observado por algunos pocos que lograron mantenerse en pie, pero describieron que aquello había regresado para clamar por aquel que yacía anteriormente en el agua. En un abrir y cerrar de ojos, la ola volvió a sujetar al hombre que a duras penas se estaba recuperando y le arrastró con gran sagacidad.

— ¡Ayúdenme! ¡Por favor! — Gritaba el hombre con un tono lleno de horror en su voz.

— ¡Lanza la soga! — Urgió uno de ellos. La soga que había solicitado fue lanzada hasta las proximidades del hombre que luchaba por su vida. Falló.

El mar, quien antes había tenido el descuido de permitir la huida de su presa, esta vez no tendría aquella falta de precaución. Sin esperar un momento más, el brazo de agua azotó con gran fuerza al marinero contra la cubierta, algunos refirieron que fue el mismísimo océano quien le tomó con sus manos y le causó los tremendos golpes. La sangre se esparcía por los alrededores y, finalmente, arrastró a su presa hasta el embravecido cuerpo de agua. El mar terminó de cobrar la vida del desafortunado marinero.

En el interior del buque, las ordenes que tenían los soldados de permanecer en sus dormitorios fue quebrantada por Ford, ahora el deber era el de permanecer atentos para el apoyo a sus congéneres marineros. Para algunos la indicación parecía ser una advertencia para prepararse ante una probable contingencia, un inminente naufragio.

Joe, Ashton y Rex salieron al mismo tiempo que sus otros compañeros de dormitorio. Los codazos y algunas patadas, no se hicieron esperar mientras salían apresuradamente, ya en el exterior, el aire, frio y muy pesado; llenó los pulmones de algunos de ellos. Los

tres amigos, no alcanzaron a salir porque uno de los oficiales – Cabo, para ser exactos – había advertido la terrible situación en el exterior y limitó la cantidad de hombres que se despachaban al exterior. El motivo de todo aquello era que era probable que sus hombres sufrieran una caída al océano, si no se tomaban las planificaciones pertinentes. ¿Cómo podía estar tan frio el aire? Era lo que todos se preguntaban, incluso estando en el interior de aquel pasillo. Los murmullos estaban flotando en medio de todos esos hombres, las dudas les asaltaban y, peor aún, la falta de certeza sobre su propio destino. El mayor problema que ahora tenían era el de acomodarse correctamente en todo aquel pasillo tan estrecho. El metal parecía estar más frio de lo habitual, incluso hubo aquel que afirmó que el estado de las paredes del muro le habían congelado la mano, puras sandeces.

— Este pedazo de metal se irá al fondo del mar arrastrándonos al infierno — Rex no podía dejar sus comentarios pesimistas, siempre tenía un comentario que hacer, aunque este no fuera totalmente el más adecuado.

— ¿Quieres callarte infeliz? ¿No ves que aquí hay situaciones que requieren un poco de seriedad? —Un joven soldado detrás de Rex, lo empujó hasta casi tirarlo del impulso. Rex reaccionó regresándole el empujón, sus puños estaban a punto de estrellarse contra el soldado, pero Ashton detuvo a su amigo y otros soldados hicieron lo mismo con el soldado que inicialmente lo provocó.

— ¡Suéltame Ashton! Ese bastardo necesita controlar sus sucias manos… y yo le voy a dar una lección de cómo hacerlo — Rex, parecía bramar por venganza.

El alboroto se terminó cuando el teniente Lewis entró por la puertecita metálica al final del pasillo, previamente había bajado rápidamente la escalinata que conectaba aquella entrada con el exterior del barco. El oficial no tenía intenciones de vigilar a los hombres sino de indicarles sus nuevas acciones como apoyo a los marineros. Los dos hombres terminaron su riña sin mayores complicaciones mientras los demás les

soltaban. Era momento de guardar la compostura frente al oficial Lewis.

— Por cierto, soy David, no lo olvides — El soldado le susurró al oído a Rex, este solo sonrió, algo fraguaba su mente. — Y por si no lo sabes, yo soy un soldado de primera, a diferencia tuya que tan solo eres un soldadito raso.

Los dos hombres dejaron su pequeña riña, ahora parecía que en el barco había dos brabucones, uno era Jacob y el otro, sin duda alguna era David.

— Muy bien caballeros, el barco tiene problemas y depende de nosotros ayudar en las tareas que se nos ha encomendado. El salón de máquinas ha presentado una fuga y debemos de acarrear el agua fuera de ella. ¡Muévanse!

El reciente informe de la situación, provocaba toda clase de reacciones. Es natural, en todos los seres vivos, sentir miedo y un poco de ansiedad ante eventos desconocidos. Regularmente no tendrían que tener ningún tipo de inseguridad, seguramente aquel barco contaba con las especificaciones de seguridad adecuadas. Y aquello solamente quedaría como un mal momento o sabor de boca.

— ¿No hay bombas para ello? ¿Por qué tenemos que sacarlo a la manera antigua? — Rex no pudo contener su enorme boca cerrada.

— Soldado, ¿Cree que soy estúpido? — Un silencio se instaló en el pasillo principal — Las bombas para evacuación han fallado y en algunos casos se incendiaron por la carga del trabajo. Estos benditos aparatos, solamente tienen una limitada capacidad bajo circunstancias extremas como esta. Es posible que tengamos que hacer esto toda la noche, la tormenta no tiene planes de ceder. Si queremos sobrevivir debemos de hacer esto, así que, ¡Muévanse!

Los hombres rápidamente buscaron el descenso hacia el cuarto de máquinas, en ese momento el barco se sentía mucho más frio de lo que normalmente era y es que probablemente el agua gélida que yacía en el cuarto de máquinas, quizás estaba enrareciendo el

ambiente, mucho más de lo terrible que era el frio. El plan para ayudar a los hombres en cubierta fue cambiado por el propio Lewis, la nueva encomienda era la de evitar que aquel trozo enorme de metal fuera al fondo, ahora estaban abordando un gran y enorme problema, tenían que ayudarse los unos con los otros para sobrevivir, eso era particularmente importante porque muchos de los que estaban en la división tendían a no llevarse de buena manera; debían hacer las cosas diferentes ahora. Llegaron hasta una pequeña compuerta que conllevaba a un sótano donde residían las maquinas, cuando el soldado que iba hasta delante de la fila, la abrió y fue allí cuando el sonido del agua revoloteando debajo de sus pies, iba incrementando su intensidad como muestra de que estaba llenándose cada vez un poco más. Cuando por fin llegaron, los primeros soldados advirtieron que el agua ya casi llegaba a las rodillas de los maquinistas. Uno a uno fue entrando hasta aquella sala, llevando cubos metálicos, comenzaron a sacar el agua. El cuerpo de los soldados tenía problemas moviéndose entre toda aquella agua y más aún en un espacio tan pequeño, pero realmente no era un problema tan grande como el preciso momento en el que sus desprovistas piernas sintieron el tremendo frio que les acogía, era como sentir más de un millón de pequeñas agujas que se clavaban en las pantorrillas de los soldados y les causaban un terrible dolor que les recorría hasta lo más profundo de su ser. En medio de toda aquella acción, el cuerpo humano intentaba desaparecer por medio del trabajo incesante que ejecutaban.

— Dios mío, el frio es horrible. Esto debe de ser una penitencia de algo que haya hecho en vida. — La mandíbula de Rex temblaba mientras decía sus escazas palabras, era como si el frio hiciera que no quisiera hablar un poco más para evitar que el frio entrase por su boca.

— Si, de eso no tengas ni duda — Joe, le dijo con cierto grado de ironía y manteniendo una leve y pícara sonrisa.

— Si, Rex, esto es por todas aquellas chicas con las que saliste y jamás volviste a llamar después de… Tú sabes bien de qué. —Ashton,

elevaba los cubos hasta el nivel superior a otras manos que le recibían los mismos.

— No deberían de ser tan empáticos con ellas, después de todo, fueron ellas, bajo su propia voluntad; las que aceptaron salir conmigo — Rex, no dejaba ni un minuto de tomar litros y litros de agua con su cubo. — En verdad, si ustedes pudieran, me arrojarían ahora mismo con los nazis.

Los tres amigos, al igual que todos en aquel reducido lugar, continuaron las labores hasta perder incluso noción de cuánto tiempo empleaban para hacerlo. Sin duda, aquello era mucho mejor que estar en el camarote esperando a llegar hasta la Antártida, en medio de náuseas y movimientos tempestuosos. Varias horas fueron necesarias para disminuir el nivel de agua a los tobillos. Estuvieron acarreando el agua hasta lograr encontrar aquellos lugares por donde las fugas se habían encargado de llenar el barco con el agua salada. Una a una, las fugas fueron reparadas de una manera improvisada, se intentó dejar lo más seguro a aquella sección del barco, era importante; aunque está por demás decirlo, mantenerla libre del mayor número de fugas posible. Los agujeros fueron remachados de una manera rápida y muy poco segura, pero al menos era suficiente para que el agua no se entrometiese por un rato al interior del navío.

El trabajo en equipo fue importante, todos los soldados sabían que de su cooperación dependía su supervivencia, incluso Rex y David trabajaron hombro con hombro para sacar el agua que ahora era su enemigo.

Las horas transcurrieron, el sudor se mezclaba con el agua de mar, el cansancio ya estaba comenzando a pasarles la factura a los hombres. Lewis contactó a los últimos hombres en la fila de trabajo y les indicó disminuir los esfuerzos. La tormenta había sido sorteada.

El trabajo de los soldados fue muy valioso, pero la víctima fatal ya se había cobrado en la cubierta. El otro frente, el de Ford, tuvo la gran tarea de luchar para mantener al barco a flote desde su posición. Aunque fue algo complejo, no hubo ninguna otra cosa que reportar,

salvo el penoso incidente con el brazo de agua, y eso, si es que acaso era verdad.

— Estoy seguro de lo que vi, nada me hará pensar lo contrario — Uno de los marinos de cubierta hablaba con un oficial del Ford.

— Seguramente, fue su imaginación y asoció todo a la intensidad de la tormenta. — Dijo el oficial

— ¿Qué? ¡Esas son estupideces! — El tono elevado del marino pudo escucharse en toda la cubierta.

— Le recuerdo, que debe guardar su manera de comportarse ante un superior. No se tolerarán insubordinaciones.

El marino, escuchó aquello y prefirió guardar silencio un momento. El oficial interpretó eso como la muestra del final de la plática, sin embargo…cuando el oficial estuvo a punto de abandonar la cubierta, escuchó un pequeño murmullo.

— Tendremos el mismo final que Cooper y los demás — Murmulló, el marino.

A pesar, de que aquello era un claro reto para el oficial, decidió hacer caso omiso a lo que escuchó. Aquel no era lugar para comenzar un altercado más, todos estaban exhaustos.

Ford por su parte, veía como un mal augurio, la muerte de uno de sus marineros. La moral estaba por los suelos, pero de igual manera la tranquilidad ahora estaba instalada, la tormenta no parecía que molestaría de nuevo a los hombres. El cielo, aunque aún obscuro, ya no daba señales de encontrarse perturbado. Ford comenzó el análisis de los daños de la nave, el sitio más afectado fue el del cuarto de máquinas sin duda. En la mente de Ford solamente se elevaban plegarias y agradecimientos a Dios. Es muy probable que nadie supiera que el *Queen of the Seas* estuvo a unos minutos de naufragar, si no hubiese sido por los hombres de Lewis, aquel barco ahora estaría perdido en el océano antártico.

La marcha se detuvo por escasas horas para permitir a los cansados

hombres descansar, las acciones fueron muy forzadas para poder llevar a buen término aquella contingencia. Después de transcurrido un tiempo adecuado para reabastecer los vacíos estómagos de los hambrientos, aunque realmente podría haberse sospechado que aquel descanso también fue ejecutado para permitirle al exhausto barco y a sus motores, tomar un descanso; el buque retomó el camino hasta la península antártica, su destino continuaba siendo el mar de Weddell.

La tranquilidad ahora prevalecía sobre el clima de desolación que queda posterior a un evento de gran estrés para todos, aunque si podemos ser sinceros, muchos habían olvidado incluso la pérdida de su compañero, era normal; todos se sentían ahora más seguros y a salvo en cuanto a esa situación. Las historias de su muerte fueron desestimadas por sus oficiales, excepto por Ford. Para él no era común que el mar reclamara a una víctima de esa manera, aunque no era la primera vez que escuchaba algo similar. El mar siempre debe de ser respetado en todo momento, era lo que él decía. Ford siempre pensó que cosas extrañas podían suceder en lo más profundo del mar y que era probable que los misterios relacionados con aquello, jamás fueran resueltos.

Ford, veía como sus marineros disfrutaban del cálido descanso en el buque, algunos incluso habían hecho de unas improvisadas reuniones alrededor de pequeñas lámparas llenas de carbón ardiente, su sitio de ociosidad. Las raciones de sopa caliente intentaban luchar en contra del frio. Reían y comían a la luz de aquellas lámparas de fuego, aunque era muy poco el calor que les podía brindar a los que se reunían a su alrededor, si eran una perfecta excusa para gastar un tiempo considerable de convivencia al lado de los soldados a cargo de Lewis.

— ¿Realmente crees que haya sido el mar? — Lewis, preguntó a Ford. El soldado sostenía un tazón de desabrida sopa de la milicia.

—No estoy realmente seguro sobre eso, el mar siempre guarda secretos.

— ¿Secretos? El único secreto que hay en este momento es el de esos alemanes bastardos.

— Algún día, aunque debo decirte que no te lo deseo, el mar podría darte un buen susto — Ford, se alejó de Lewis y se acercó hasta donde los hombres formaban un círculo. Allí, les robó un poco de sopa y regresó a tomar su sitio al lado de Lewis. — No lo sé, mi estimado, pero ojalá en este viaje no tengamos ninguna sorpresa desagradable.

La noche perpetua continuaba cayendo sobre aquel pequeño barco envuelto entre olas de un obscuro y frio mar. Los hombres, se guardaban los unos con los otros y perdían armoniosamente el tiempo, mientras el *Queen of the Seas* seguía su camino hasta el gélido continente.

CAPITULO CINCO

Peninsulares

El barco rompía la fina escarcha que se adosaba a su casco, cada ola que se impactaba en él, removía esa fina capa de hielo que se había formado por el intenso frio que les asolaba. Las tormentas habían quedado muy atrás en su camino, incluso parecía que nunca hubieran sucedido. Desde varios días atrás, el sol resplandecía en lo alto del cielo e intentaba hacerles olvidar su triste realidad, sus rayos eran obstaculizados por un cumulo de nubes constantes, pero al menos se permitía de vez en cuando observar un espacio despejado en el cielo.

Era cuestión de tiempo para avistar la primera porción de tierra del sexto continente, eso si los instrumentos de navegación se encontraban en lo correcto, la ansiedad empezaba a hacer presa a los vigías, quienes buscaban cualquier indicio de tierra firme desde sus puestos de observación. Todos querían ser el primero que observara el sólido hielo delante de ellos y llevar con ello las buenas noticias sobre el final de la travesía en el mar. La encomienda era complicada, el intenso frio ya provocaba parálisis facial en algunos de ellos y se hacía peor cada vez que el viento soplaba directamente sobre los tumefactos tejidos de los marineros. Mientras las tareas de la mar continuaban, los soldados ayudaban a relevar a los marineros en algunas de las tareas de la embarcación, no eran cosas complejas, eran más bien sencillas que sus congéneres pudieran hacer sin hacer gala de un gran razonamiento; es más, cualquiera podría haber ayudado cargando las sogas y algunos artilugios relacionados con la embarcación. Se encontraba de igual manera una agradable convivencia con los tres pobladores de Ushuaia que viajaban con ellos, era complicado encontrar temas sobre los cuales hablar con ellos porque no compartían demasiados puntos de interés común con los jóvenes de la milicia. El papel de estos “guías” no estaba descrito del todo, fueron contratados por su amplia experiencia al recorrer

caminos gélidos, pero tampoco contaban con un conocimiento total sobre la región antártica, podría incluso decirse, que el continente era tan nuevo para ellos como lo era para los americanos. La Antártida al ser un escenario desconocido para todos los soldados, involucraba un serio peligro que dificultaría la exploración adecuada y segura del sitio. Los peligros iban desde hielo frágil hasta los precipicios ocultos por el hielo, todo era peligroso si no se conocía el elemento y por ello, Lewis y Ford habían tenido aquella fantástica idea sobre los pobladores de Ushuaia.

La noche temprana empezaba a caer, las 15 00 horas no acobijaban más la escasa luz solar, pero justo antes de que se extinguiera por completo aquellos languideciente rayos solares, el Sol dejó ver un esbozo que se abría paso entre algunas nubes que se encontraban bajas en el horizonte que alivió a los vigilantes. Un bloque inmenso de hielo les daba la bienvenida a los marineros, por fin habían alcanzado la península antártica.

El barco mantuvo su distancia ante el riesgo inminente de bloques de hielo ocultos bajo de sí mismo, el objetivo era claro, los timoneles tendrían que mantenerse paralelos a la península para poder llegar hasta la porción continental más interna de aquel mar. Algunos esperaban encontrar congelado todo aquel territorio, era más que evidente que así estaría porque nada en la Tierra podría permanecer líquido, sin embargo, por los fenómenos de corrientes marítimas, aquel mar de Wedell estaba totalmente descubierto para permitir su exploración.

— Es extraño, nunca había visto que el mar le ganara al hielo en su conquista — Uno de los marinos le dijo a Ford.

— Ni yo, es un tanto extraño, ojalá no haya icebergs o cosas escondidas en las profundidades, estas aguas son traicioneras — Ford, contemplaba el mar de Wedell — Aunque, tiene razón en hacer esa observación, no hay hielo en todo este corredor.

— Deberíamos de datarlo.

— Tienes toda la razón, pero… — Ford, palmeó el hombro del hombre y se retiró diciendo — No venimos a hacer eso, tenemos prioridades.

El barco reanudó su marcha, previamente tenía que aguardar un momento para planear casi a la perfección aquella maniobra, pero en esta ocasión un poco más lento que lo habitual, la precaución había sido el detonante para esta indicación. El sonar del buque se mantenía a la expectativa ante la búsqueda constante de témpanos de hielo. Como si hubiese sido planeado con anticipación por la naturaleza, el mar no les ofrecía ningún obstáculo, ningún solo bloque de hielo se interpuso en el camino de aquellos hombres. La porción peninsular de aquel continente siempre se mantenía a babor del metálico vehículo.

La noche se añejó con cada kilómetro que el barco recorría, aunque no es que el día en realidad tardara una eternidad. El soldado David salió un momento a la cubierta para documentar con sus ojos la penumbra constante de aquel sitio, la obscuridad envolvía todo más allá de la quilla del *Queen*. Las luces del barco aún iluminaban buena parte del océano. David se recargó en una de las barandas, el obscuro océano estaba tranquilo a comparación de los días anteriores, los marineros y los soldados nunca habían sufrido días tan complicados como aquellos, habían sido más de trece días de lo peor, los motores del buque resonaban en la popa. Un tiempo fue necesario para lograr que la vista del soldado se perdiera en la inmensidad de la obscuridad que comenzó a envolver a todo lo que se encontraba a su paso, ni las luces podían romper la descomunal y avasallante obscuridad. Cuando por fin se retiraría al comedor para convivir con sus compañeros, una luz comenzó a parpadear en la porción peninsular que tenían de compañera sobre el lado derecho de ellos. La luz era una luz de color azul, parecía ser muy débil, pero era constante, su brillo era opacado por la escarcha que caía desde algunos minutos atrás.

— ¿Qué es esa luz?, ¿A caso es un faro? — David, dijo a uno de sus compañeros mientras este fumaba unos delicados cigarrillos

—Claro que no, no existen faros en estos mares. Definitivamente no es normal — A los primeros dos hombres se les unieron otros, cuando escucharon la charla entre esos dos primeros. Después de algunos minutos, la concurrencia era tal, que más de dos docenas de hombres se encontraban presenciando aquella pequeña luz. Las especulaciones no se hicieron esperar y uno de los oficiales dio parte a Ford.

El capitán de la nave dio órdenes estrictas de apagar todas las luces del barco, nadie estaba seguro si aquello se podría tratar de alguna luz Nazi. Los tiempos de guerra hacían a los hombres en extremo cobardes, pero defender su vida, sin duda, valía la pena.

El *Queen of the Seas* quedó en penumbras, la luz azul ahora se apreciaba con mayor fuerza. El miedo de que se tratara de una instalación alemana, provocaba en los hombres terror. El ingeniero de guerra, Stevens, dató la duración de aquel avistamiento en doce minutos con treinta segundos hasta que empezó a debilitarse. La coloración azul del lucero, desapareció sin mayores eventos que reportar. Los hombres avanzaron entre la obscuridad, no estaban seguros sobre el significado de ver aquel fenómeno e incluso no estaban seguros si debían de volver a prender las luces o avanzar, o qué hacer. Finalmente, después de una espera silenciosa, después de haber parado todos los motores, y después de aguardar envueltos entre nada más que el oleaje; Lewis y Ford decidieron que, en dado caso que fuesen alemanes, no les habían notado porque de haber sido de esa manera, ya habrían abierto fuego contra ellos. Los motores se echaron a andar nuevamente y tan solo se prendieron solo las luces necesarias para poder maniobrar en medio del mar.

— Esos malditos desgraciados ya saben que estamos acá — Ford golpeó el timón del barco con fuerza en repetidas ocasiones.

— No podemos estar seguros que se trate de alemanes, además, ¿Por qué tendrían una luz azul?, ¿Por qué no solo dispararnos con artillería? —Lewis intentaba dilucidar el misterio. Aquella luz no era de ninguna instalación, no era de ningún faro y mucho menos de algún

vehículo conocido en la guerra, pero si no era nada de eso, entonces ¿Qué era?

— He navegado por casi todos los mares del mundo, pero jamás vi una luz como esa, aunque… —

— ¿Aunque? — Lewis, dejó un momento el café que ya no humeaba más

— Una vez, cerca del mar de los sargazos, mientras llevábamos una vieja embarcación hasta Portugal, pudimos ver, en medio de toda aquella maraña de plantas y plancton, extrañas luces que salían del fondo del mar y flotaban hasta la superficie y se elevaban más allá de donde nuestras cabezas podían girar. Yo era un grumete en ese entonces, mi capitán Henry Pyecraft tan solo se limitó a decirnos que esas luces son solo la manera de comunicarse de “aquellos que viven bajo el mar”

— Son sandeces, esas cosas son meras fruslerías. La investigación moderna, nos ha llevado hasta dónde estamos y no se debe retroceder hacía una mentalidad medieval — Lewis, le dijo con una pequeña sonrisita esbozada en su rostro.

— Pues, cada quien puede creer lo que desee, pero, al menos yo, creo que el mar debe de respetarse.

Ford se sirvió una generosa porción de café, Lewis le secundó y ambos trataron de terminar con el intenso frio que los aquejaba. La luz no volvió a ser observada durante toda aquella noche. Hubo quien afirmo verla de nuevo casi cinco horas después, pero la versión no pudo ser confirmada y todos los hechos posteriores fueron desestimados.

El reloj marcaba cómo la mañana debería estar asomándose, pero faltarían cuatro horas para que el sol iluminara levemente aquel paraje. El escenario no había cambiado en demasía, la misma columna de hielo continuaba siendo la compañera incondicional del buque, pero a diferencia de algunas horas atrás, en esta ocasión, la porción continental se encontraba ya visible. Era solo cuestión de

horas para arribar por fin a la Antártida.

Los hombres a bordo del Queen, experimentaban una mezcla extraña entre jubilo y desesperación, no sabían que encontrarían en aquel lugar, aunque más de uno pensaba que el destino sería trágico; en general había un buen ánimo entre todos los que compartían el viaje. Cada vez que se acercaba un poco más el barco, la movilización a bordo se tornaba un poco más extrema, había mucho que preparar para buscar a los enemigos y a sus bases. En el caso de que fuera posible un enfrentamiento directo en contra de los enemigos, debían de estar preparados tanto para sobrevivir en el hielo, como para poder degollar cuellos alemanes en el caso de ser necesario.

CAPITULO SEIS

Desembarco

La noche era más que la excepción, la regla en aquel lugar. El buque entró rompiendo parte del hielo de la porción continental de la bahía antártica. La escasa luz de Sol que habían disfrutado tan solo algunas horas atrás se había vuelto a desvanecer en la larguísima noche que los aquejaba. Aunque todos experimentaban desesperación por lo terrible de navegar siempre bajo el estandarte de la obscuridad, muchos osaban hacer comentarios sobre las criaturas que habitaban en las sombras. Era algo extraño, pero siempre tiende a suceder en cualquier sociedad de humanos que experimente la obscuridad; inevitablemente siempre llegan al fin de hablar sobre sus peores temores, sobre aquellas criaturas que habitan en lo más profundo de la mente humana y quizás, solo quizás, en alguna mente Lovecraftiana. A bordo del barco, también aparecieron aquellos relatos, pero ninguno era algo nuevo. Ford, tan solo escuchaba a sus hombres hablar sobre súcubos e íncubos, criaturas que realmente les aterrorizaban.

— No deberían de tenerles miedo — Ford, irrumpió en una de las pláticas de sus hombres.

— Pero… Capitán, es conocido, que tanta obscuridad no puede traer nada bueno consigo — Uno de los marineros le vio con una mirada acusadora.

— Al parecer, olvidan que estamos en una misión sumamente importante para el país y quizás para el mundo — Ford, se acomodó el traje para el frio que tenía colocado.

— Qué va, yo le tendría mucho más miedo a aquello que viven en las penumbras más que a esos Nazis. Si los alemanes son inteligentes, seguramente no estarán en este maldito lugar.

— Modere su vocabulario y apresúrense, vamos a desembarcar — Ford, se dio la media vuelta. Dentro de él, la respuesta a aquellos temores también hacía ebullición y le atemorizaban tanto como a los demás hombres. Él mismo, tuvo alguna vez su propia experiencia a bordo de una embarcación en medio del Atlántico, pero esa no era una historia que estuviera dispuesto a contarle a los marineros, después de todo ¿Quién creería esas tonterías?

Los hombres de Lewis y Ford, se apresuraron a establecer los amarres del barco y de esa manera afianzarse al hielo. Se comenzaron a encender las luces en su totalidad, el hielo reflejaba mucha de aquella luz y ayudaba a combatir la negrura del ambiente. Un largo puente metálico cayó sobre el suelo de la Antártida rompiendo la capa más superior del gélido estrato. La nieve no dejaba de caer mientras los ojos de los tripulantes observaban el panorama al que se enfrentarían en tan solo unos minutos.

— ¡Eleven las cajas! ¡Muevan esos amarres! —El contra maestre Andrews mantenía la voz elevada para ser escuchado por su tripulación. El viento chillaba a su alrededor y ponía nerviosos a algunos, con el susurrante desencanto de las poderosas brisas. El incesante frio hacia difíciles algunas de las maniobras en el hielo. Vehículos y materiales tenían que ser desembarcados, no había tiempo para retrasos. Todo estaba siendo realizado a contra reloj, una tarea tan importante como el desembarco era crucial para evitar alguna sorpresa de los alemanes.

Los soldados comenzaron a descender del *Queen of the Seas*, la primera bocanada de aire que introducían a sus pulmones parecía ser abrumadora, el dolor torácico se tornaba insoportable y por lo tanto más de alguno tuvo que detenerse para acomodarse la mascarilla contra el frio, un tipo de bufanda confeccionado de manera especial para las tropas que luchaban en el hielo en el continente europeo. La ropa de los hombres era abrigadora en extremo, pero en aquel clima no parecía ser suficiente y las manos y pies de ellos, reflejaban una sensación similar a la cristalización, al menos eso era lo que referían sentir mientras estaban en la cubierta del barco. No hubo, más que

aquellos hombres y sus frías almas en esa región del mar de Wedell y de la Antártida.

El desembarco se realizaba de acuerdo a los tiempos estimados, las luces permanecían iluminando todo el campamento que se intentaba montar. En esos momentos el clima continuaba siendo tan frio como siempre, pero al menos el aire había terminado de resoplar como lo hizo en el mar. Todos cooperaban en cada una de las acciones, había actividades de todo tipo en aquel lugar, pero quizás una de las tareas más importantes para realizar era sin duda la creación de un perímetro de vigilancia. Para esta acción, se dispusieron cuatro equipos de tres personas cada uno, y fueron enviados para colocarse estratégicamente alrededor del campamento y poder vigilar el creciente asentamiento militar y, de esa manera defender a sus compañeros si hubiese la necesidad. Lewis determinó el uso de armas automáticas para disponerlas como su barrera anti alemanes, el pequeño arsenal estaba constituido por cuatro ametralladoras y más de cuatro mil municiones listas para regocijarse con la sangre de aquellos pobres bastardos. Los grupos fueron informados para su despliegue de una manera inmediata y de una forma muy rápida, eran lo mejor de lo mejor; al menos, de lo mejor que disponían en el agrupamiento del *Queen*.

Los tiradores de primera fueron escogidos como dirigentes de los pequeños grupos, eran ellos quienes tendrían la importante labor de abrir fuego ante cualquier invasor de aquel improvisado perímetro. Nadie quería tener que cargar con aquella responsabilidad, la razón era demasiado obvia, si alguno de ellos no daba una orden adecuada, podría repercutir en la vida de sus demás compañeros, o incluso, en la vida de todos los presentes. En la guerra no hay lugar para equivocaciones ni tampoco lo hay para las dudas, aunque, sin embargo, había más de uno en el mundo que pensaba que para la guerra, lo principal que se debía tener, era suerte; tan solo suerte. Ashton fue requisitado para dirigir uno de estos módulos, la noticia no le cayó demasiado bien a su alma, aunque jamás pasa por la cabeza de nadie el hecho de morir, siempre existe una pequeña certeza

dentro de cada uno de que ese puede ser su último momento; para Ashton, ese era su momento. La permanencia de los hombres tan solo sería momentánea, al menos así lo esperaban algunos de los involucrados en los grupos de reconocimiento. La idea en esos jóvenes era la de poder crear el perímetro lo más pronto posible, para de esa manera terminar, en medida de lo posible, con rapidez su turno. El primer día de arribo a aquella zona era de vital importancia para el éxito de la misión, cualquier hombre de guerra podía entender ese aspecto.

— ¿Puedo encargarte mi libreta de anotaciones? —Ashton les extendió un viejo cuaderno a las manos de Joe, Martínez no hizo más que tomarlo y devolverle el gesto de confianza a su amigo. Los tres jóvenes soldados se despidieron, Joe y Ashton fueron emotivos mientras que Rex no mostró demasiada empatía, esa era su manera de ser. Aunque ninguno de los tres quiso aceptarlo, era muy probable que esa fuera posiblemente la última ocasión que estuvieran juntos.

— No te preocupes, yo la cuidaré muy bien — Martínez, le dio un fuerte abrazo.

— No creas que puedes morirte sin pagarme todas las apuestas que has perdido en todo este tiempo— Rex, le dijo a su compañero. — Todavía, tienes que pagármelas con cerveza y una buena comida.

— Seguramente, no hay dicho ejército y solamente tendremos que pasar, por puro trámite, y por ello; no tardaremos demasiado aquí… Se los aseguro — Ashton, siempre era muy confiado con todas aquellas situaciones. Él mismo, deseaba que así fuera.

— Cuídate, amigo mío — Joe, dijo en español y Ash ni siquiera entendió la frase, pero por la manera de decirle aquello, rápidamente pensó en el posible significado. Sonrió.

Ashton tomó el grueso abrigo y meticulosamente se envolvió en él, cubrió sus manos con dos pares de guantes, sus manos poco apreciaron el cálido refugio que les aguardaban. Después de dirigir una última mirada al latino, Ashton abandonó el dormitorio dentro del

barco, caminó hasta la cubierta donde las luces del buque rompían la obscuridad e iluminaban a todas las personas que se encontraban trabajando en el hielo.

— Será mejor que me dé prisa — Ashton, les dijo a sus compañeros.

— Si tienes problemas, no dudes en correr — Rex, terminó de acompañar a aquel hombre hasta la rampa de descenso.

— No dudes de eso compañero — Ash, acomodó su rifle Thompson en su hombro y al mismo tiempo, caminaba con un ritmo un poco aletargado.

Cerca de donde ellos se estaban despidiendo, el resto de los soldados se encontraban organizándose para comenzar el despliegue. Las municiones, mochilas, radios y demás equipo, estaba dispuesto a los pies de los soldados. No había demasiado espacio para el buen humor y la camaradería, solo había caras largas en aquella forzosa reunión.

— Lo estábamos esperando soldado —Lewis ya estaba adiestrando a los hombres que tenían poca experiencia en la labor que realizarían, además de ello, se comenzaron a analizar, junto con otros allegados al dirigente, los lugares para establecer el perímetro y las mejores estrategias para contener cualquier posible acto de hostilidad.

— Lo siento señor. ¡Ya estoy listo! — Ashton, se sintió un poco mal por ser el último en llegar. La impuntualidad nunca era bien vista por nadie.

— Debería de entender que estamos en guerra y no podemos detenernos a congeniar con los compañeros. ¡Qué descaro!

Lewis parecía enojado, y vaya que tenía justificación. El joven recién llegado solo tomó su lugar para esperar sus órdenes y tratar de enrolarse de la manera más rápida a sus actividades. Dos hombres fueron dispuestos de apoyo en cuanto a los grupos de avanzada, Ashton, estaría consignado al uso del arma automática cuando estuvieran postrados en sus posiciones establecidas. La manera en la

que se repartirían las funciones en cada uno de los grupos quedaría de la siguiente manera: El tirador de primera, estaría a cargo de la ametralladora, un segundo hombre sería el encargado de alimentar a aquella fiera escupe fuego con municiones y finalmente, el último de los tres hombres de cada grupo de avanzada, tendría el deber de otorgar soporte de fuego al tirador principal; su arma, una Thompson. Era una gran manera de organizar los escasos recursos humanos con los que contaban. Aunque, no tuvieran otra opción, no había más personas disponibles.

El teniente terminó de darles la explicación y al final de sus palabras, los hombres se pusieron en camino hasta los sitios acordados. Cada uno tomó los pesados equipos que yacían a sus pies. Los encargados de las municiones, cargaban las mismas mientras se encontraban en cajas metálicas, esperando por salir disparadas contra la desprevenida y cálida carne humana. Ashton cargó la pesada ametralladora y, junto con ella, su equipaje de artículos militares; cuando tomó aquel pesado trozo de férreo material, sintió que sus pies se hundían cada vez más dentro de la nieve, pero se encontraban rápidamente con el permafrost que yacía por debajo. Después de avanzar varios metros, desaparecieron en la obscuridad y solamente se podían observar sus lámparas.

— Perdón por llegar tarde — Ashton intentaba romper el silencio entre los dos hombres a su cargo.

— No esperes que toleremos fallas como esa mientras estamos aquí — Su encargado de municiones le dijo mientras cargaba su propia encomienda.

— No sé qué decir, solo que esto no es mi costumbre, es solo que… — Ash, se detuvo — He hecho buenas amistades con esos dos, Martínez y Rex, son buenos amigos para mí. Y no podía dejarlos sin despedirme apropiadamente

No obtuvo mayor respuesta de parte de sus actuales compañeros. Ashton solamente siguió adelante hasta las posiciones acordadas, la luz, era en extremo escasa.

Llegaron finalmente a una estructura de hielo que les ofrecía resguardo contra el clima y de igual manera les mostraba una posición estratégica para la vigilancia de todo el costado derecho del campamento. Era una posición primordial para la adecuada vigilancia del nuevo cuartel, pero sin duda era la peor parte para los tres solitarios jóvenes. Ubicados en el costado más alejado de la base, su posición era la más alejada y obscura de las tres, podría decirse que eran los únicos incautos que permanecían en medio del obscuro desierto de sombras.

La terrible apariencia de la situación, tenía que ser contraatacada con trabajo y mucha concentración, por parte de los soldados. Cuando estuvieron bien establecidos, Ashton giró la mirada hasta encontrar el campamento americano, las luces del barco mostraban lejanamente a sus compañeros levantando tiendas y algunas otras estructuras en el hielo.

<<Desearía estar allí>> El soldado solamente regresó la mirada hacia el desierto gélido y obscuro que tenía delante. No podía ver más allá de sus propias narices, ya fuera el frio o la obscuridad, la visión era sumamente débil en ese momento y a esa hora del día.

Mientras los grupos de vigilantes se postraban en la periferia, los soldados restantes fueron requeridos para diversas tareas, todos deberían de ser utilizados para servir al bien común de erigir los nuevos barracones y tiendas de estrategas y otros más. Joe tuvo serios problemas para soportar el intenso frio, sentía como los dedos se entumecían y perdían su sensibilidad y recordaban el intenso sufrimiento que acontecía en aquellos momentos.

— No te preocupes por tus manos, estarán bien con un poco de trabajo — Rex dio una fuerte palmada en la espalda de Martínez.

— Tienes razón, hay que mantener el cuerpo ocupado, mi amigo.

Ambos subieron junto con los demás soldados y salieron para ayudar a los demás hombres ya dispuestos con anterioridad. Es interesante ver el desarrollo de la conducta humana, cuando hay situaciones

peligrosas, siempre salen a flote los buenos sentimientos de cada uno de los involucrados. La grandeza del ser humano nunca tiene límites, todavía en ese frio y en esa situación, podían aflorar las buenas relaciones de compañerismo y demás.

El improvisado campamento quedó listo justo al tiempo en el que el sol hacia su aparición en el horizonte, uno más, de los cortos días había comenzado. Allí, tan lejanos a otros humanos, tan lejos de amigos, familias y novias; el amanecer parecía algo tan ajeno a ellos y no mostraba su típico fulgor con el que se caracterizaba diariamente en el país del norte. Las tiendas, por fin, terminaron de instalarse y se realizaron los relevos de las personas que habían montado las guardias, se repartieron tiempos de descanso y posterior a ello se establecería que rutas tomar para la búsqueda de la base alemana. Todo se realizaba con una inteligencia militar destacable, no existían sitios para la desorganización o para la anarquía. No hay sitio para fallas dentro de la milicia.

El grupo de Ashton fue retirado de su posición y relevado. El líder del grupo pasó toda la noche en vela y ahora se sentía en extremo cansado, quizás era el aspecto que más le cansaba aquel del estrés de saber que tenía hombres a su cargo ya que nunca antes había experimentado ese tipo de responsabilidad.

— Bien hecho, tirador. ¿Algo que quiera reportar? — Lewis, personalmente supervisó el grupo de Ash, cuando regresaban al campamento.

—Todo en orden, Señor, ni una sola alma en todo este desierto — Ash, quiso esconder un bostezo que le se le escapaba insistentemente en ese momento.

— Perfecto, soldado, si tenemos suerte; quizás los alemanes ya hayan abandonado sus locos planes de establecerse aquí. — Lewis, continuó revisando los papeles con las tareas plasmadas.

El tiempo para recuperar energías llegó y fue precedido por un almuerzo rico en contenido calórico. Aunque, el almuerzo podía

suponerse que sería algo delicioso como lo fue la comida de mar en Ushuaia, el *Queen of the Seas*, no tenía un gran cocinero a bordo, sino que era un marinero con un escaso entrenamiento en la elaboración de alimentos. La comida que se sirvió en la tienda de acampar dispuesta como comedor, fue una mezcla de puré de papas, un trozo desabrido de carne seca y unas cuentas verduras hervidas. El alimento, cumplía con los requerimientos calóricos diarios de esas personas, pero sin duda no cumplía con éxito aquella necesidad del alma del ser humano de poder saborear algo delicioso y atrayente para la mirada inquisidora del hombre. Cuando el descanso se tomó, los últimos hombres por regresar de las posiciones para tomar sus alimentos tan necesarios. Mientras los primeros grupos, abandonaban por completo sus posiciones sagradas, las nuevas unidades fueron despachadas hasta su nueva localización. En medio del nuevo alboroto, las nuevas unidades que cubrirían las tres zonas de vigilancia, marchaban en medio del hielo iluminado bajo el Sol. Era un grupo ordinario de hombres, pero uno de ellos resaltaba por cargar consigo un collar que parecía tener un tipo de cuarzo de color azul turquesa en él, se lo pasaba presumiendo al resto de sus compañeros y, como era de esperarse de todos los hombres, encomendaba a el extraño cuarzo, su suerte.

Todos los soldados, solamente eran eso, soldados y seguían las órdenes de sus dos superiores, Ford y Lewis. Mientras todos participaban en un debate mudo sobre su experiencia en la Antártida, ellos planeaban las rutas de acceso al bloque central de la Antártida.

— Cooper tomó un rumbo recto desde esta posición, el plan era alcanzar la porción más gruesa de la península antártica. El alto mando consideraba el sitio el único lugar donde se podría asentar alguna base, pero no contamos con ninguna idea de lo que pudieran haber encontrado en aquel lugar. — Ford, indicaba en un mapa de cartografía.

— Pues entonces debemos de acercarnos con cuidado, si los alemanes los tienen presos, probablemente reaccionarían mal al conocer nuestra presencia aquí. — Lewis tenía sus manos en la

cintura mientras observaba el deficiente mapa de la región.

— ¿Realmente crees que sean los Nazis? Lo que quiero decir es que, el loco de Adolf, quizás no esté tan maniático y realmente no quiera colocar una base aquí. ¿Qué ganaría? A como yo lo veo, este bloque de hielo no tiene ninguna importancia.

— Allí, amigo mío radica la sutileza de la guerra — Lewis, dio un profundo golpe a su cigarrillo — Verás, eso mismo pensaban los franceses cuando enfrentaron por segunda vez a los alemanes. La primera vez, los teutones habían avanzado por una brecha entre el bosque de las Ardenas y por ello, decidieron extender hasta ese lugar una enorme muralla fortificada y armada, llamada la Línea Maginot. Estaban tan seguros de que no podrían entrar por otro lado los enemigos, que no vieron el momento en el que los Nazis cruzaron a través de un bosque, que parecía ser infranqueable y…

— ¿y? — Ford, se le quedó observando

— Y ocurrió la derrota del ejército aliado. Cientos de miles de hombres derrotados por dar algo por sentado e imposible — Lewis, hacía señas negativas con la cabeza.

— Recuerdo eso, un amigo mío en Londres me contó que reclutaron a todos los barcos disponibles, para recoger a los sobrevivientes en Dunkerque, un puerto francés al que fueron arrinconados — Ford, le acompañó con un cigarro.

— Entonces, los franceses no tuvieron mayor alternativa que entregar su más preciada posesión; Paris. — Lewis, sonreía irónicamente mientras mantenía su mirada en el horizonte.

— Un duro golpe para ellos, ciertamente. Esta guerra es un horror y, aunque usted tiene toda la razón en esforzarnos en esta tarea, ¿No le parece que los propósitos de esos alemanes son…digamos, un poco inhumanos?

— Lo es, sin duda alguna. Y es por eso, precisamente que debemos de ganar esta guerra sin mayores dudas. El destino de todo el mundo,

quizás estén en nuestras manos — Lewis, volteó a ver amistosamente a Ford. Aquella plática daba la impresión de fortalecer las relaciones entre los dos oficiales. Era de esperarse.

Eran, casi cuatro horas o incluso cinco, en las que disfrutaban de la poco cálida luz del Sol, las labores tenían que apresurarse siempre para poder evitar que la noche les sorprendiera con pendientes, y fue precisamente haciendo esos pendientes, que el día pronto murió y el sol dio paso a otra noche exageradamente larga. Lo mejor era aprovechar la luz para desplazarse y evitar de cierta manera el frio y los peligros.

— Mañana a las 0600 horas enviaremos dos grupos de exploración directo a la península — Lewis, dijo a los hombres que todavía comían. Él, por su parte, tomaba una bebida caliente, después de haber sulfatado su garganta con más de tres cigarros.

— Lo importante será proteger nuestra ubicación y garantizar tener un medio para regresar a aguas más cálidas. —Ford siempre velaba por el bienestar de la *Queen*.

— Solo documentaremos la actividad, no entraremos en conflicto; lo prometo. — Lewis, sabía muy bien que aquello que decía era en parte mentira, pero ¿Qué le diría sus soldados? ¿Podría decirles a esos jóvenes inexpertos, que quizás tendrían que pelear, e incluso morir, si llegaban a encontrar los Nazis? Eso no era algo que se le dijera a un pelotón, era mejor dejar que las cosas se dieran por entendidas. Realmente, tener el poder para decidir la vida o la muerte de las personas, debe de ser una carga muy pesada para el alma humana. Que haya perdón para el hombre por sus pecados, era lo único que podría resumir aquel penoso preámbulo.

Ambos se dirigieron a sus dormitorios en el buque y dejaron a la milicia en el campamento recién formado. Tan solo el personal esencial se mantenía despierto esa noche recién caída. Todo transcurría con calma hasta que un grito desgarrador provino de en medio de la nada. Los soldados se despertaron instantáneamente y tomaron las armas que reposaban a su lado y adoptaron una

formación ofensiva y defensiva. Era probable que la intensión fuera la de estar lo más calmados ante una posible intrusión o, peor aún, un inminente ataque; pero los hombres actuaban presa de un incipiente pánico y no concretaban de manera adecuada las acciones que se les fueron enseñadas por años. Era un descontrol.

Los gritos se acercaban cada vez más hasta que dejaron al descubierto a uno de los soldados de los puestos de vigilancia. El hombre, corría pesadamente en medio del hielo, la nieve caía a su alrededor y resplandecía como vidrio por culpa de los reflectores que le bañaban de luz. El paso del asustado soldado se aceleraba cada vez más cuando se percató de su cercanía al campamento. Se dejó caer.

— ¡Vinieron por ellos! — El hombre se derrumbó cuando vio a sus compañeros apuntándole, las lágrimas rodaban por sus mejillas hasta convertirse en escarcha. Los demás soldados que le apuntaban, estaban preparados para iniciar el fuego de contra ofensiva, pero definitivamente no estaban preparados para ver a uno de sus compañeros perdiéndose en lloriqueos y palabras inentendibles.

— ¿Qué sucede? En un momento nos dirás todo, tranquilízate viejo. — David se le acercó y lo levantó, ayudado por tres hombres más, llevaron al soldado a los barracones donde se le proveyó de calor. Lewis fue informado de inmediato de la circunstancia al igual que Ford, mientras que los demás continuaban en una alerta máxima ante un posible ataque alemán, el ambiente era tan viciado y tan pesado de respirar, que era horrible estar en ese preciso instante en aquel lugar. Los subfusiles Thompson, podían sentirse apuntando a algún lugar en el medio de la vastedad del paraje helado. Era muy probable que fuera un ataque, ya que ninguno de los otros hombres que acompañaba al soldado, se encontraran con él. El asustado soldado era el encargado de proteger al tirador de primera que sufrió los hechos y por lo tanto era casi total responsabilidad suya. Los ingenieros en comunicaciones se pusieron en contacto con los demás puestos de vigías, temían lo peor para los hombres postrados.

— Atención águilas, reporten su situación — Los ingenieros lanzaron la pregunta general a los soldados que continuaban en sus posiciones de vigilancia. Ellos se referían a los otros dos grupos de águilas << Nombre, que se le dieron a los grupos de vigilancia >>. El silencio se hizo presente y por algunos segundos el nudo en las gargantas de los presentes se cerró con más fuerza. Temían, lo peor al no escuchar la contestación.

— Águila 1, sin complicaciones, posición destinada.

— Águila 4, sin complicaciones — Respondió el cuarto grupo dispuesto en las cercanías de la costa junto al *Queen*.

— Águila 2 sin eventos que reportar.

El reporte del grupo número tres nunca se escuchó, apoyaba la versión del soldado que gritaba en medio de la noche. Pasaban los minutos, como si los ingenieros esperaran que, aunque fuera tarde, esos incautos hombres pudieran responder por alguna circunstancia el radio que llevaban consigo.

— ¡Deme eso acá! —Lewis arrebató el transmisor a uno de los ingenieros y comenzó a hablar — Águilas, este es Lewis ¿Alguien vio algún problema cercano la posición del Águila tres?

Lewis esperaba una respuesta positiva, pero el tiempo pasaba y los vigías fueron informando la negatividad en cuanto a eventos sugerentes de agresión militar. Lewis no estaba complacido con la falla de su perímetro, abandonó el área de mando del *Queen of the Seas* y se dirigió a los barracones en el hielo. Su necesidad ahora era interrogar al sobreviviente de la incursión Nazi. ¿Qué podría haber sido tan hábil para romper el perímetro sin alertar a los demás grupos de soldados? Era extraño, sin duda, pero en tiempos de guerra no existía tregua con las maravillas bélicas que el hombre ideaba para matar a su prójimo, posiblemente se encontraban desarrollando nuevas tecnologías para matarse entre ellos de maneras que ni la mente humana podría imaginar.

Con lo acontecido, seguramente estaba en juego la integridad del

campamento. Era muy probable que los alemanes ya conocieran su ubicación y ahora intentaban tomar la iniciativa. La situación era muy delicada en ese momento y no era para menos, no existía ningún lugar a dudas que el tiempo ahora era valioso, ¿valioso? Invaluable.

— ¡Soldado!, tranquilícese — Lewis entró al barracón, varios hombres rodeaban al soldado, escuchaban atentamente la historia que les contaba el angustiado sobreviviente del ataque —Necesito que comience relatando lo ocurrido. — Acercó una de las sillas plegables que se encontraban cercanas. La acomodó frente del hombre rescatado. ─ Intenta concentrarte y cuéntame todo, hazlo sin demoras.

— Vinieron en el momento en el que dormíamos, no escuché ningún ruido. — El soldado agachaba la mirada, por alguna razón no deseaba entablar un contacto visual con Lewis. ─ Son esas cosas de las que hablaban en Ushuaia.

— Si no escuchó nada, dígame entonces ¿Cómo puede estar seguro que los alemanes lo hicieron? — Lewis, tenía que intentar descifrar lo que había acontecido, y de igual manera, verificar la certeza del relato del hombre.

— Porque los vi llevándoselos. No pude hacer nada para impedirlo, el miedo me invadió. Un leve ruido me despertó y pude ver a mis compañeros con… esta cosa.

El soldado mentía, si tuvo alternativa, pudo utilizar el arma para dispararle al individuo que se llevaba a los soldados, pero en su lugar solo prefirió alejarse de aquel sitio para salvaguardar su vida.

— ¿Entonces, usted los vio y no pudo hacer nada? Como compañeros, usted debió de apoyarlos o, en el peor de los casos, pedir ayuda. Dígame, ¿A que nos enfrentamos? Porque, si usted no pudo ayudar a sus compañeros, entonces pudo perfectamente darse cuenta de lo acontecido.

— Solo pude verlo por la espalda, era de una coloración extraña, como si fuera su enorme abrigo gris que no dejaba demasiado que pudiera identificar.

— ¿Abrigo gris? — Lewis se llevó ambas manos a la cabeza pues era casi obvio que en medio de aquel lugar las únicas tropas que iban a encontrarse allí no eran otras más que fuerzas alemanas y tampoco era un secreto que Lewis estaba confiado en que no encontrarían nada de eso y aunque así fuera, hubiese preferido encontrarse cualquier división Nazi excepto aquella que por el color que describía y por el tipo de abrigo al que quizá hacía alusión, el soldado enemigo podría haber sido perteneciente al más despiadado brazo armado de los alemanes, podría ser integrante de las Wehrmacht. Cualquier oficial aliado sabía que los alemanes tenían dos clases de ejércitos, aquellos conformados por personas ordinarias y los que fueron entrenados específicamente para terminar con su enemigo de una manera cruel y despiadada.

Ese brazo armado del partido Nazi era temible e implacable, sus antecedentes eran conocidos perfectamente por todo el mundo, ellos fueron quienes dominaron a los países bajos y a Francia en cuestión de días, eran ellos los que habían colocado a miles de gitanos y judíos en los guetos y, sobre todo, ellos también fueron los responsables del terrible asedio a la ciudad de Varsovia y del incendio de la ciudad de Ámsterdam. El pequeño destacamento de Lewis no sería capaz de enfrentárseles si fuese necesario.

— Era diferente a todo lo que había visto con anterioridad, este abrigo extraño brillaba de una manera diferente, como si estuviera demasiado… demasiado pegado a su piel. Además, tenía una coloración extraña pero no puedo decirles qué cosa era pues mis ojos me engañaban por el temor, aunque podría decirles que era casi como ver al mismísimo metal. — El hombre terminó de hablar, realmente no sabía nada más que pudiera ayudarle al teniente. De todas formas, Lewis, ya tenía lo que necesitaba sobre aquella situación.

— No podemos seguir esperando a que ellos tomen la iniciativa. ─ En su rostro se notaba la ira, la impotencia y la angustia. ─ Cada minuto que esperamos aquí, ellos pueden estar documentando nuestra actividad ¡No son estúpidos! Seguramente están probando nuevo equipo o armamento, eso no tiene la menor duda. — Lewis salió de la

tienda y retomó el camino hasta el barco, esperaba que un poco de aquel camino al aire libre le sirviera para aclarar la mente, subió de inmediato y sin decir nada al navío y se dirigió hasta donde el resto de los rangos más altos de la tropa, se encontraban.

— ¿Teniente, que ha sucedido allí afuera? — El sargento de la división, le preguntó justo en el momento en el que entró por la puerta del puente de la embarcación.

— Al parecer, este viaje no solo será de documentación, creo que hemos encontrado algo más que solamente hielo. —

— ¿Son los Nazis, no es así? — El sargento, junto con el sargento segundo, dejaron a un lado el mapa que examinaban de la región. — ¿Qué es lo que haremos ahora?

— Pongámonos en contacto con el alto mando, ellos sabrán que hacer. — Lewis, se acercó a uno de los radios con los que contaban, Ford estaba viéndolo desde una esquina donde platicaba con sus navegantes.

— Dígame Lewis, ¿En verdad cree que le dirán algo más que no sepamos? — El hombre de color, le dijo mientras abandonaba a sus compañeros.

— No estoy seguro, usted no conoce el poder destructivo de esos malditos hombres, son unos demonios. — Tomó el radio, pero luego recordó que tenía que ponerse en contacto con el alto mando no era algo tan sencillo, sino que necesitaba a los ingenieros de comunicaciones. — Maldita sea, ¿Cómo puedo activar este maldito aparato?

— Permítame, Lewis; yo lo haré. — Ford, le quitó el radio y comenzó a dictar un nombre en código para acceder a la banda militar.

— “Aquí el Queen of the seas, nos encontramos esperando ordenes de acción” —

<< No hubo respuesta>>

— “Repito, nuestra misión ha sido comprometida con actividad hostil, solicitamos indicaciones” —

<< Nuevamente ninguna señal>>

Era extraño, la banda militar se encontraba adecuada a cómo debería de ser y no se encontraba ningún otro tipo de señalización que le llevase a creer a nadie sobre la embarcación, que aquello pudiese encontrarse averiado pues los circuitos, sistemas y demás cosas habían sido revisadas una y otra vez; no podía ser eso.

— Maldita sea, ninguno contesta. — Ford, se había dado por vencido después de varios intentos.

Lewis, no esperó a que le dijeran que no se podían contactar con el alto mando así que decidió tomar la radio y repetir las mismas indicaciones que el capitán de la nave, pero no tuvo ninguna respuesta y eso que había hecho casi la misma cantidad de intentos que Ford. El teniente arrojó el transmisor por el suelo y este rebotó suspendido de su cable en espiral, salió de aquel cuarto y se paseó por la cubierta, dando vueltas una y otra vez en medio de las luces artificiales del barco, tomó una decisión que posiblemente le iba a costar mucho en su carrera militar ya que, si se equivocaba, podría no solo ser juzgado por un tribunal marcial, sino que pondría en riesgo su vida y la de toda su pequeña división. Por el contrario, si podía tomar acciones para al menos no caer en combate, sería un gran logro pues, aunque era muy posible que no tuvieran ninguna oportunidad contra las Wehrmacht, tampoco le pondrían las cosas tan sencillas.

Las reservas, muy escasas y limitadas, con las que contaba el *Queen of the Seas* fueron puestas en cuarentena ante las inminentes acciones y aquellos que dormían después de la primera ronda de vigilancia fueron puestos en alerta de igual manera para enfocarse en cualquier cosa en la que pudieran ser ocupados. Ashton y sus amigos fueron solicitados para pertenecer a una de las dos compañías que se adentrarían en el hielo para iniciar las acciones de contraofensiva. La idea de Lewis era sencilla y muy simple, comenzar a buscar aquella base para poder saber a qué se enfrentaban. Para él, el tiempo era

muy importante y, quizá todavía le diera cierta ventaja el hecho de ir a buscar a los alemanes hasta su guarida, seguramente no se esperarían esa jugada. Sus lerdos planes, provocaban un vendaval en la mente del teniente y le causaban más dudas que certezas ¿Cómo podría luchar su escuadrón, débil y mal entrenado, a aquellas imponentes fuerzas de las Wehrmacht? Sin duda, debía de confiar en demasía en la suerte.

Lewis, se retiró del sitio donde todos se encontraban preparándose para la partida, no era común que él se tomara un descanso en medio de la planeación de algo tan importante como lo era esa acción. Se dirigió hasta su camarote en el barco y se adentró. Cerró la puerta. Apagó las luces.

<< Si estás allí, por favor ayúdanos, dame una señal para saber que todo esto es parte de tu plan >> Lewis decía muy levemente, mientras colocaba las manos palma con palma y se hincaba.

No hubo más tiempo que perder, el teniente volvió a salir rápidamente de aquel camarote y sin esperar un momento más, retornó hasta donde se encontraban los hombres. Impacientes, los soldados esperaban parados en el hielo, separados en dos filas, cada uno de ellos buscaba entretenerse apreciando o jugando con alguna parte de su uniforme. Aquello resumiría de manera perfecta aquel pensamiento de ellos “Nada más pesado y excelente para la ociosidad, que esperar el momento de tu muerte”.

— Partan, entonces. Y que Dios, esté de nuestro lado — Lewis, dijo en voz muy alta mientras los despedía uno a uno de aquel improvisado campamento. Ellos, los oficiales, y otros cuantos hombres más dispondrían un frente para defender su posesión más preciada; el *Queen*.

El primer grupo fue formado por varios soldados, el abusivo Jacob se encontraba entre ellos al igual que David y Rex. Por su parte el segundo grupo se encontraba compuesto por varios tiradores de primera clase, Ashton se encontraba entre los integrantes, así como su asistente de municiones Joe. Los hombres tomaron poco a poco la

salida del barco no sin antes prepararse con sus atuendos para combatir el frio. Los guías de igual manera irían acompañándolos, uno por cada grupo. El tercero de ello mostró indisposición para la realización de la tarea y optó por quedarse en el campamento.

Los pies embotados de aquellos hombres resonaban sobre la cristalizada superficie gélida del continente, la escarcha no se había detenido ni un segundo desde su llega. Las luces del campamento eran las únicas que rompían la incesante obscuridad y más allá de eso, nada podía observarse. Auténticamente se adentrarían a un desierto dentro de otro desierto. Los hombres, fueron perdiéndose uno a uno dentro de la incesante obscuridad.

— Espero que realmente no sean las Wehrmacht, esas malditas hordas de soldados son imparables — Lewis, expresó su temor. Se negaba a ver directamente a los ojos a Ford. — Si llegamos a tener suerte de esta encomienda, será toda una historia para nuestros hijos e incluso, algún día alguien podría escribir algo sobre lo que estamos viviendo en este sitio.

— ¿No estarás hablando en serio? —Ford no creía en la angustia de Lewis. ─ Lo dices como si estuvieras a punto de morir y eso no será así, dejaremos preparadas algunas de las torretas del Queen of the seas, apuesto que esos hombres no se meterán con nuestro armamento.

— Esas unidades son el orgullo de Hitler y fueron las que tomaron casi toda Europa sin mencionar que en este momento se encuentran invadiendo a Rusia. Ni los franceses e ingleses juntos, pudieron detenerlos en el norte de Francia. En verdad, estoy muy preocupado y más porque no quiero cargar con la muerte de esos jovencitos en mis manos.

Las palabras de Lewis quedaron grabadas en la memoria de Ford, ahora entendía por qué era tan importante actuar en aquella situación. No había duda de la estrategia que sería la de documentar su ubicación, para después escapar de aquella hielera a la brevedad, de ese monumento gélido hacía la muerte. El plan se escuchaba

demasiado bueno como para esperar que fallara en algún momento, pero obviamente, nada sería así de sencillo cuando se trataba de las Wehrmacht. Lewis se encontraba parado en una de las barandas mientras observaba los pequeños destellos de las lámparas de mano de sus soldados, alejarse cada vez más. Esa noche, su mente no descansaría y posiblemente jamás se perdonaría lo que acababa de hacer, estaba a punto de ir personalmente a buscar encarar a las tropas armadas nazis; era un suicidio. En ese instante, en medio del frio y del horizonte lleno de un color blanco y gris, tan solo quedaba poder elevar una oración y esperar a que Dios les ayudara con su tarea, después de todo, él siempre está del lado de los que luchan por la verdad y la justicia, no podría abandonarlos ahora ¿O si podía?

CAPITULO SIETE

SIN NOMENCLATURA, NADA PUEDE SER ASÍ EN EL HIELO

El día, un momento solamente marcado por los relojes, estaba sumido en la obscuridad pues por el movimiento natural de la Tierra, aquel polo sur, estaba sometido a experimentar días y noches extremadamente largas, según era la época del año en la que se encontraran. Para mala suerte, la época en la que arribaran a la Antártida, era el momento en el que la noche empezaba a abarcar casi la totalidad del día y no había nada más que esperar que las escazas luces que viajaban a bordo del Queen of the Seas, pudieran ser suficientes para poder mitigar la obscuridad que aparentaba ser eterna.

En medio de todas aquellas dudas, Lewis se había planteado la idea de poder llegar hasta el origen del avistamiento tan desafortunado que anteriormente experimentaron en uno de los frentes de la vigilancia del perímetro del campo. Aunque era algo con lo que no contaban, posiblemente el evento era lo que los corazones de los hombres esperaron todo el viaje, ese fatídico hecho de encontrarse directamente cara a cara con los fundadores del miedo y con esas mismas personas que atentaban contra la libertad y las garantías humanas universales. Dentro de cada de uno de ellos, también se encontraba presente el deseo de irles a dar una buena propina de golpes.

El día anterior o más bien, la casi noche eterna, planteó fuertes discusiones entre los pensamientos de Lewis, por un lado; nadie quería cargar con la sangre de personas inocentes en sus manos y por el otro lado también tenía deseos de encontrar su propósito dentro de la guerra y es que, después de todo, nadie querría a un militar cobarde entre sus filas ¿Qué dirían los demás? Seguramente no habría piedad para Lewis y para ninguno de sus hombres pues eran duramente juzgados por cualquiera que supiera la verdad.

En todo ese marco, Lewis optó por la única salida que le quedaba, buscar al enemigo e intentar darle cacería sin que ellos se percataran de que estaban tomando la iniciativa. El plan era simple y se podría limitar a que estaban esperanzados en mucho de lo que era la suerte, no les quedaba de otra manera que hacerlo.

Sin que fuese algo complicado, no podía permitirse perder el punto de control que sería el Queen of the Seas y por el otro lado tenía lo

complicado de cubrir una extensión de hielo tan grande y el cual era un auténtico reto para una sola compañía. La solución vendría de una manera muy sencilla, tendrían que dividir a todos los hombres en tres frentes, uno permanecería enclavado frente al buque y establecería un perímetro seguro para establecer el centro de las operaciones mientras que los otros dos, se encargarían de cubrir el territorio por medio de acciones simultaneas que serían el avance en forma de pinzas paralelas y de esa manera no dejarían demasiadas zonas sin cubrir.

Una vez dadas las nuevas responsabilidades de cada soldado, cada uno de ellos tuvo una mala noche, al menos los que estaban enlistados en las dos compañías que saldrían en unas pocas horas para encontrarse en medio de un desierto con algunos lobos sanguinarios dispuestos a arrebatarles la vida; las cosas estarían por verse; las monedas ya estaban en el aire para decidir el frio destino de cada uno de ellos.

CAPITULO OCHO

Entre amigos, sección militar: DELTA

El terrible camino parecía tan complicado de recorrer, se encontraba de una manera tan difícil de describir, que podría decirse que solamente en la mente de un gran escritor se pudo haber gestado aquel tan peculiar escenario. Por un lado, se encontraba con grandes complicaciones para mantenerse de pie en medio de toda la escarcha que cubría el permafrost, agregado a eso, el entumecimiento evitaba una correcta percepción de los pasos. Las elevaciones naturales del hielo, tronaban bajo los pies de los ingenuos que les recorrían. Era algo que podría haber sido tolerado por cualquier hombre, pero lo que sin duda ponía en un gran aprieto a todos los que recorrían el camino, incluso a los guías, era la gran cantidad de abismos que se abrían paso en medio de todo el hielo. Grandes, fosas donde se perdía la luz y cuya profundidad, provocaba náuseas y malestar entre cualquiera de los hombres que le vieran. Si en un principio eran peligrosas, lo eran ahora más por la engañosa capa de nieve que caía sobre ellos y por otro lado se encontraba la obscuridad que, conjuntada con el cansancio del humano, tornaba aquellas fosas en terribles trampas para ratas. La apariencia del hielo era diferente a lo que cualquiera de los soldados hubiera visto con anterioridad, esta capa casi perpetua de hielo, era casi similar a ver una fina capa de talco, pero no era nada más que la nieve que se acumulaba sobre la dura e inclemente capa de agua sólida. No era nada más que la noche casi eterna, también el hielo hacía que los hombres se cansaran solo con el hecho de recorrer pocos pasos en medio de un lugar al cual no estaban acostumbrados y era que el frio aire, helaba los pulmones y los llenaba de un aire que era tan frio que casi quemaba cada uno de los alveolos de los pulmones de aquellos incautos que daban profundas bocanadas de aire para poder seguir con la caminata; era un circulo que solo deterioraba cada vez un poco más a las pobres almas de los

soldados. El peor clima para poder dar una caminata, sin duda era aquel donde los grados caían mucho más abajo en el termómetro que incluso muchas regiones de Europa, una autentica tortura para cualquier hombre, no importaba que fueran militares, también eran seres humanos y también tenían problemas para poder caminar allí fuera; vaya inhumanidad. ¿Qué tanto valía esa misión? Seguramente era muy importante pues tenían que detener los planes de los alemanes en la Antártida, su tarea era casi tan importante como cualquier batalla aliada en Europa.

Durante la larga caminata, varios soldados sintieron asombro al ver el borde de un gran abismo que se dibujaba delante de ellos. Era grande, pero no tanto como no poder ver el sitio donde empezaba y el mismo lugar donde terminaba.

— ¿A dónde crees que llegue este pozo? — Uno de los soldados preguntó a Ashton.

— Seguramente llegan hasta la superficie solida de la Antártida — Respondió.

— Pero… se ve que no tiene final.

— Es fácil de suponer que… — Ashton, no terminó su frase.

— ¡Son las puertas del mismo infierno! — Uno de los soldados que marchaba junto a aquel grupo. — ¿No escucharon lo que dicen los pobladores de Ushuaia? Estos lugares son donde los espectros de los hombres muertos en el mar, habitan.

— Esas son tonterías, definitivamente, creerlo es precisamente la peor de las cosas que uno puede hacer. — Ashton, sabía que debía mantener la sanidad mental del grupo.

— Pues allá ustedes, yo me iré muy lejos de aquí en cuanto pueda; no quisiera encontrarme cara a cara con esos espectros o con algún tipo extraño de monstruo, Oh no; para nada tengo planes de cerciorarme de la veracidad de los cuentos, algunas cosas deben permanecer escondidas.

No se enunció ninguna otra palabra, los soldados solamente se limitaron a caminar ya que las declaraciones de uno de ellos, no había servido más que solamente para incrementar el miedo en el corazón de los hombres que le acompañaban. El resto de los hombres, quienes pecaban de credulidad, quedaron atónitos mientras contemplaban las profundas paredes de aquel foso. Después de un rato, la cabeza del pelotón, levantó al resto de sus personas y retomaron el camino hasta donde les dictaban las brújulas.

Las lámparas jugaban en aquel suelo congelado, la respiración de los soldados era lo único que generaba calor a excepción de los trineos motorizados. Cada uno de los grupos se alejaba del otro. El grupo Delta donde se encontraba Ashton y Martínez era el que tomaría el camino donde Cooper se desplazó algunos días atrás. Mientras los que seguirían la senda de Cooper, el segundo grupo se encontraba dirigiéndose a una intercepción en el origen de la península antártica, su nombre clave, Charly; donde viajaba Rex.

Las luces se alejaban en medio de la noche, al final de algunos minutos dejaron de ser perceptibles para los equipos contrarios.

— Este maldito frio me está rompiendo las articulaciones — Martínez no encontraba manera de calentarse.

— Vamos viejo, eso te pasa por venir de tierras calurosas — Un soldado detrás de él comentó.

— No estaríamos acá si no fuese por esos Nazis de porquería.

—Tienes razón, seguramente ese Hitler planeó acabar con todo lo bueno del mundo y decidió acabar con los pingüinos y la nieve — Ashton terció.

La plática era la única que mantenía la cordura entre los hombres y así tenía que ser, porque el frio podía tornar a cualquiera de ellos en un potencial psicópata. En un momento se llegó a reportar por uno de los ingenieros de comunicaciones, quien llevaba la documentación de las cifras del termómetro, una temperatura pico de – 40°c. Simplemente era una de las temperaturas más bajas que alguien

hubiese experimentado jamás. No había lugar en la Tierra, que pudiese ser más frio que aquel en ese preciso momento. Los hombres continuaban avanzando, las botas cubiertas de hielo y escarcha pesaban ya demasiado como para que los hombres se permitieran olvidar la pesada carga, algunos intentaron sacudirlas y romper el hielo en ellas, pero en verdad, el hielo en la Antártida, es más que solo hielo, es como si se tratara de un cáncer que se aferraba con gran fuerza a su portador. Alguien, que hubiera visto aquellas visiones tan espeluznantes, quizás habría pensado que el propio hielo, era quien deseaba clamar por los cuerpos de aquellos que caminaban sobre de él.

— Muy bien compañía, descansemos acá — Un cabo recientemente ascendido por Lewis dio la orden para montar una casa de campaña para soportar los terribles vientos. La orden, pareció una broma, en medio de aquellos vientos que circulaban en el desierto helado, una tienda de acampar, no resistiría el embate de las poderosas corrientes de aire. Era momento de tener un poco de fe en ellos mismos y comenzaron a desmontar un sin número de componentes de aquella tienda. La ubicación que se eligió fue la base de una montaña, aquel sitio los protegería en contra de los incesantes vientos y le darían soporte a la tienda. La desarmaron y clavaron sus amarres en el suelo. La tienda, que alguna vez se pensó que no podría, ahora se levantaba desafiante en medio del frio.

Los hombres comenzaron a erigir una segunda cortina, para luchar contra el viento, y de esa manera comenzaron a colocar amarres clavados en los hielos y de esa manera levantaron el pequeño bastión contra el frio. Algunos de los presentes iniciaron un fuego alrededor del cual todos se depositaron. Los de la compañía esperaban que sus compañeros en el otro grupo hubiesen encontrado un refugio tal y como ellos lo habían hecho.

— Estas montañas tienen intrincados sistemas de cavernas — El guía platicaba con el cabo Johnson mientras comía una de las sopas calientes que compartían los soldados. — No me extrañaría que la base que buscan, se encontrara en este lugar.

— Por mi está bien, ellos deben de esconderse cuales ratas. — Uno de los soldados exclamó.

— Al menos, no son ratas como tú, con las mujeres de los demás — Uno de los soldados dijo en medio de aquella solitaria ventisca. Todos rieron ante el chascarrillo.

El escenario era el de una agradable plática, con muchos comentarios yendo y viniendo de los soldados postrados en medio de la nada. Los temas que salían a relucir en torno a aquella fogata dentro de un recipiente metálico, eran diversos ya que se hablaba tanto de política como de football americano e incluso de sembradíos, cada uno hablaba del tema que conocía mejor. Y, fue por todo eso, que cada ocasión que ellos hablaban de esas cosas cotidianas, todos podían aprender un poquito más sobre el tipo de vida en alguna región. Así lo rezaba el viejo adagio, “No hay conocimiento que pueda despreciarse, todo es de valor, mientras se prenda de ello “Si no estuviesen en medio de una guerra, aquella podría ser una agradable reunión de amigos en medio de un lago congelado. No era así, ni un poco, aunque quisieran que así fuera.

— ¿Crees que Rex esté bien? —Ashton se juntó más a Martínez mientras ambos disfrutaban la sopa caliente. Martínez, se encontraba en el punto más alejado de toda aquella reunión.

— Rex es fuerte e inteligente. A pesar de lo que todos crean, Rex puede lidiar con cualquier cosa.

— No lo sé, Joe, esta misión tiene una pinta extraña, ¿Realmente crees que estén las Wehrmacht aquí? — Ashton dio un gran sorbo a su sopa, ya se había enfriado.

— No sé mucho de guerra, pero a mí me parece una mala decisión poner alguna base aquí. Mira este lugar, ¿Te imaginas edificando desde cero en este lugar?, yo la verdad creo que no es viable.

— Tienes razón, pero ese tal Hitler es conocido por su innovadora manera de guerrear, no podemos estar seguros sobre qué es lo que él quiere obtener de este lugar.

—Ahora lo que tenemos que hacer es terminar la misión para irnos a casa de nuevo. Hay que rogar al cielo para que no encontremos a ninguno de ellos en nuestro camino, en verdad sería muy desafortunado.

La situación podría haber parecido un poco deplorable si se le analizara a consciencia, pero realmente las situaciones de malas condiciones de los hombres del ejército se repetían a lo largo de todo el mundo, al menos; ellos mismos sabían que podrían estar en un peor contexto ¿Peor que la guerra? Claro que sí, podrían estar bajo el yugo de las balas y el sonido de las granadas estallando, al menos en la Antártida, solo tenían frio; por el momento. Mil y un problemas se gestaban en cada uno de ellos, pero el más claro de todos sus problemas era sobrevivir algunas horas en el frio para continuar el avance. Aunque, más de uno podría haber considerado aquella supervivencia como de un acto divino, la verdad era que habían tenido una gran suerte en medio del desierto blanco. Su recorrido ya se había realizado en un número importante, desde el preciso momento en el que salieron del campamento, se habían recorrido un aproximado de treinta kilómetros hacía lo más interior del continente, esa distancia tan pequeña, solamente era culpa de no tener suficientes vehículos de transporte y por lo cual tenían que recorrer el camino utilizando la fuerza burda de las piernas de los hombres. Si no hubiesen encontrado esa cadena montañosa, quizás esa tarea hubiese sido titánica. Los soldados esperaban que sus otros compañeros tuviesen una suerte similar a la de ellos, porque de lo contrario, estarían enfrentando al hielo y al frio, ellos solos. Era una locura pensar que pudieran salir victoriosos.

Las horas continuaron pasando, con cada una que pasaba el frio parecía más intenso, el aire revoloteaba incesante las telas de la tienda, su ruido era casi ensordecedor y casi hipnótico, era algo parecido al revoloteo de enormes aves que intentaban escapar de la prisión que significaba estar atadas al suelo de esa tienda. Golpe tras golpe de viento, la tienda parecía tambalearse y poner en riesgo a todos sus ocupantes. No esperarían a que su refugio volara por los

aires, por lo que los amarres se reforzaron y se dispuso una guardia especial para cubrir el sueño de los más afectados por el cansancio y de igual manera, incluso un poco más importante, para cuidar el estado de la tienda.

— ¿Puedes dormir? Hace un poco más de frio que de costumbre. — Ash, se acercó hasta donde Joe se encontraba intentando dormir envuelto en un cobertor de mala calidad, la luz de la fogata se estremecía ante el intento continuo del fuego de mantenerse vivo.

— ¿Quién podría…? — Las palabras de Martínez se escucharon acompañadas por un crujido que resonó por todos lados.

Los amigos, así como todos los demás compañeros, se levantaron casi de manera inmediata alertados por el sonido e intentaron ver en todas las direcciones posibles para poder dar con el origen incierto de aquello. El instinto humano, era tratar de localizar el origen de aquel extraño sonido y, aunque esas decenas de ojos buscaron por todos lados, no encontraron nada. No tuvo que pasar demasiado tiempo para que un segundo sonido, esta vez más fuerte que el primero, volviera a escucharse en medio del improvisado campamento. De repente, todos voltearon hacía arriba y pudieron notar que un gran trozo de hielo de la cúspide de aquella montaña enana, se había desprendido y ahora rodaba por las laderas y se encaminaba hasta donde los indefensos humanos se encontraban, hubo poco tiempo para alertarse, las acciones fueron casi instintivas y en más de uno de los corazones de los hombres, se sembró la incertidumbre de saber si saldría con vida o si no lo haría.

— ¡Levántense! ¡Pónganse a salvo! — Gritó Ashton, para todos sus compañeros. Los soldados, dudaron un momento sobre si hacer o no la indicación; en parte, era porque no podían creer que, quizás en segundos, estarían totalmente aplastados por la más impensable de las adversidades. ─ ¡A cubierto, todos!

— ¡No se queden allí parados, muévanse maldita sea! — Volvió a gritar Ash.

Mientras caían en cuenta de lo que implicaba aquel peligro, Ash, tomó a Martínez del brazo y lo jaló hasta una pequeña formación natura de piedra que parecía un arco y allí, junto con otros hombres, intentarían esperar a que el trozo de hielo no les hiciera el favor de acabar su tarea. Cada golpe que el fragmento ejecutaba contra el resto de la montaña, podía traducirse en pequeños terremotos que asolaban a los angustiados humanos, pero no fue hasta que un aterrador sonido, fuerte y desentonado, se alzó por arriba de todo en aquel lugar que, por fin había pasado lo inimaginable; había alcanzado el suelo.

—¿Estás bien, amigo? ¿Te ha pasado algo? — Ash, volteó a ver a Joe, mientras la ventisca generada por el impacto, intentaba disiparse.

— No ha pasado nada, estoy bien, aunque… mi nariz está llena de esa escarcha. ¡Arde como el mismísimo infierno! — Joe, se limpiaba la nariz y resoplaba contra la manga de su abrigo, un poco de sangre salía junto con la escarcha a medio derretir.

— ¡¿Están todos bien por allá?! — Preguntó Ash a todos los que tenía cerca. Después de unos cuantos segundos, se asomó fuera de su pequeño refugio y analizó la situación. El campamento estaba cubierto de nieve, pero no había sido alcanzado por el impacto directo del bloque de hielo. — ¿Todo bien por allá? — dijo con un tono de voz ligeramente más elevado que el anterior.

— ¡Por acá todo bien! — Una voz salió de una pequeña formación rocosa que fue suficiente para brindar refugio a algunos cuantos.

— También nosotros, parece que todos estamos bien — Respondió un tercer grupo, el más numeroso de ellos.

Ashton, salió completamente y vio con un poco de tristeza, y un poco de felicidad, que era el campamento que había llevado la peor parte, pero no se habían cobrado vidas humanas. Y aunque no pasó ninguna otra afección.

— No creo que todos hayamos salido ilesos de esta maldita situación — El cabo, dirigió su índice hasta donde se encontraban los trineos que les acompañaban. Estaba destrozada la mitad de ellos.

La rabia por el desafortunado evento, invadía poco a poco a los hombres, pero nada podían hacer contra la implacable fuerza de la naturaleza y por ello solamente pudieron ayudarse los unos a los otros para poder restaurar la integridad del campamento, sin embargo, el desplazamiento sería más lento y complicado a razón de la pérdida de fuerza de avance.

— ¡Maldición, ese condenado trozo de hielo nos jodió el día! — Dijo el cabo.

— Prepare el radio, Stevens — Ashton, dio la orden a uno de los ingenieros de comunicaciones. La mochila del soldado, pesada y rígida, fue colocada en el sueño para permitirle el comienzo de la transmisión y solicitar instrucciones.

<< Aquí tirador de primera clase, Ashton, hemos tenido bajas de vehículos por alud. Tropa completa y sin novedades que reportar. Solicitamos instrucciones >> Dijo Ash mientras aferraba el frio transmisor del radio militar.

<< — ¿Tienen municiones? ¿Qué tanto han avanzado en reconocimiento? —>> Un hombre hablaba por el radio mientras escuchaba en un trasfondo la voz de Lewis.

Se escuchó un silencio por parte de los hombres en medio del alud, era obvio, no sabían que esperar con aquellas preguntas ¿Acaso querían minimizar el siniestro que les acababa de acontecer? Quizás eso intentaban, pero era un muy mal gesto por parte de los oficiales, obligarlos a continuar avanzando sin importar lo que costara.

<< — Estamos bien, tenemos municiones suficientes y, en el caso del reconocimiento, está negativo a la presencia alemana — >> Respondió Ashton, mientras movía la cabeza ligeramente el de desagrado.

El viento aullaba cada vez con más fuerza y el día comenzaba a amenazar en asomarse y aunque el panorama nunca había sido bueno, Ashton tendría que tomar un poco más de tiempo para poder reajustar todas las cosas que habían quedado pendientes entre los

soldados, había que intentar hacer que las cosas funcionaran de una manera adecuada sin el apoyo de varios aparatejos e instrumentos que fueron destrozados en el momento en el que trozo de hielo rodó al suelo, para Ashton; todo aquello no podía ser natural, pero preferiría dejarlo de esa manera pues estaba de igual manera muy cansado como para intentar averiguar un poco más. Detrás de vastas cordilleras blancas, las desnudas rocas y hielo se conjuntaban en un solo sistema montañoso, detrás de ellas, el tenue sol mostraba indicios de su aparición. Ningún soldado pudo tener una buena noche debida a todo lo que habían estado experimentado. La noche, se había hecho aún más larga debido a todas las acciones que tuvieron que realizar para salvaguardar sus ya reducidos consumibles y municiones. Los pocos vehículos que les quedaron, fueron abarrotados hasta el límite para no someter la fuerza de los humanos que tendrían que cargar con más de lo que sus piernas podrían. Sin embargo, a pesar del fantástico panorama que les daba ahora la bienvenida, el sentimiento era de total perdida, aquello era una evidencia más que les daba el continente que, sin duda, no los deseaba allí. El frio ya era complicado de soportar, pero el viento y su lamento era más difícil de ignorar que la propia temperatura y, aún peor, la combinación de ambos era peor que el único embate de cada uno de ellos por si solos.

Después de algunos minutos después de despertarse del escaso sueño, el dolor en los fríos músculos y algunas articulaciones híper extendidas; los hombres vieron como los tenues rayos de sol se asomaron por el horizonte, la iluminación era en extremo pobre, al menos las corrientes de aire no seguían en aumento y en su lugar su fuerza disminuía. En un momento, como si fuese activado por un interruptor, el incansable viento cesó. El gélido panorama mostró la geografía que se mantenía oculta durante la noche, el relieve de aquel sitio que tan solo podían divisar hasta donde sus lámparas podían guiarles. El sitio podría haber sido declarado como un lugar maravilloso, estaban de frente al mismísimo comienzo de la cordillera de los montes trans-antarticos. No hubo boca que permaneciera cerrada al contemplar aquel hermoso lugar, era casi tan parecido a

algunas de las montañas de Estados Unidos, pero sin duda eran diferentes ya que el color blanco era mucho más abundante que en cualquiera otro lugar en el mundo, de hecho, incluso más que en sus propios sueños.

— ¿Esas cuevas estaban aquí ayer? No recuerdo haberlas vistas con anterioridad, ni tampoco recuerdo que estuviesen en la cartografía que se nos entregó. — El cabo preguntaba al guía mientras este mantenía analizando la base de la montaña que les había servido como asilo. Mientras todos observaban todavía las majestuosas montañas, el guía y el cabo se encontraban viendo aquellas estructuras que habían aparecido casi de manera mágica durante la noche.

—No se veían hace algunas horas, quizás el viento expuso alguna cortina de hielo que lo cubría — Dijo el guía.

— O talvez se trató del hielo que casi nos mata — Agregó un soldado que se encontraba cercano a la plática.

— Sea lo que sea, no está dentro de nuestro objetivo, así que tenemos que continuar con este avance. Esta cueva que acaba de aparecer tiene una pinta extraña y, al parecer el guía, cree que puede extenderse hasta muchos metros en el interior.

Hasta ese punto, ya llevaban recorridos algo más de 32 horas que les habían conducido hasta la cordillera donde se encontraban actualmente y, donde ninguna señal Nazi había aparecido, no se encontraba ningún otro indicio de qué camino seguir. El cabo del grupo, ahora con la compañía de varios de sus subordinados y también del tirador de primera, enfocaba hacia el interior de la cueva su pequeña luz, el fondo no se mostraba, parecía un corredor interminable que se extendía por debajo de la montaña ante ellos. El joven oficial, se encontraba dubitativo sobre los siguientes movimientos que deberían de hacer, la duda era clara ¿Debían continuar la búsqueda en las explanadas desérticas o aventurarse a descubrir un sitio que podría albergar alguna actividad enemiga? La vista del cabo se perdía una y otra vez dentro de la caverna, la entrada era de aproximadamente unos tres metros de alto y de ancho

al menos cuatro metros, la vista maravillada y temerosa intentaba buscar alguna explicación para lo que tenía delante, hasta que una voz se aproximó a él.

— ¡Cabo Johnson, tiene que venir a ver esto! —

— ¿Que sucede? — Johnson volteó hacia el soldado que corría en medio del hielo. Por un momento sintió que el aliento se le iba, no sabía qué esperar de aquella urgencia.

— Los compañeros encontraron algo, al parecer es algo que tiene que ver con…—

— ¿De qué se trata?

— Tiene que verlo usted mismo, creo que le será muy interesante.

El cabo apagó su linterna y junto con el guía se volvieron hacia la base de la montaña, lejos de donde la caverna se encontraba. Los soldados se encontraban haciendo un círculo alrededor de algo en el suelo. Todos se encontraban en el sitio, aquello tenía que ser importante y demasiado extraordinario para conjuntar a todos los demás soldados. Con algunos pasos el cabo también se aproximó al lugar, apartó a algunos de sus hombres.

<<No puede ser, estamos en el camino correcto>> Pensó Johnson.

Sus ojos se clavaron en un montículo de hielo, como si se tratara algo que le sorprendiera a cualquiera que le dirigiera una mirada. El objeto, una mezcla entre una estructura metálica y un poco de hielo, sobresalía de aquel montículo. Era posible que el viento lo haya expuesto durante la intensa actividad de algunas horas atrás, quedaba descubierto para su total admiración. Aquello que se asomaba, al principio no fue entendido por el cabo, pero después de un rato intentaron entender cuál era la procedencia.

— ¿Qué es todo este alboroto? — Johnson, terminó por interrumpir todo aquel cotilleo.

— Es un marco de metal, hemos…

— No deberían de estar perdiendo el tiempo y deberían de estar sacándolo de una buena vez — Finalizó Johnson.

Los hombres, golpearon el hielo con los Piolets que llevaban, aunque la tarea aparentaba ser rápida, pronto se percataron que les llevaría toda una vida el tratar de descubrir los misterios que mostraba aquel montículo de hielo. Hubo un soldado que se cansó de perder el tiempo y arremetió con una de las bayonetas de un fusil hasta romper el duro material. Después de algunos golpes contundentes, gran parte del hielo se había desprendido de aquel marco metálico. Lo que se asomó después dejó todavía más perplejo a los soldados, era una superficie plana y lisa de color verde olivo. Si ya era extraño encontrar algo metálico en la Antártida, lo sería aún más cuando los hombres se dieron cuenta que existía de igual manera un grabado en aquella superficie, era una estrella de las utilizadas en la identificación de los vehículos oficiales de los norteamericanos. Después de varios minutos, quedó una gran parte expuesta, era el Jeep que Cooper modificó en la primera misión antártica.

—Soldados, estamos por buen camino. Desentierren el vehículo y rehabilítenlo, si es que pueden. Nos vendrá muy bien un poco de ayuda extra en este viaje.

— Señor, ¿No le parece extraño que todos esos casquillos estén solo en la cueva? Creo que no fue el escenario de un combate sino de… — Ash, estaba arrodillado precisamente en el lugar donde estaba la mayor concentración de esos pedazos de metal. — Además, las balas nazis, están más profundo en la nieve, como si hubiesen disparado con varias horas antes que los nuestros.

— ¿De qué habla, soldado?

— Solo digo que, todo esto es muy extraño; parece como si ambos bandos hubiesen disparado a algo aquí dentro, pero en momentos diferentes.

— Soldado Ashton, usted no es ningún tipo de forense o algo parecido; limítese a mantener los ojos bien abiertos y después dejaremos a los

encargados de recolectar información en las bitácoras que asienten esto con lujo de detalles.

— ¡Si señor, como usted ordene! — No hubo más cosas que agregar.

Varios de los soldados comenzaron a romper el hielo que todavía cubría al vehículo. La carcasa congelada del Jeep se asomó y permitió que fuese rescatado. Cuando el vehículo fue desenterrado, o más bien, descongelado, fue cuando por fin los ingenieros se apresuraron a la revisión general de sus sistemas. La mayoría de los componentes se encontraban húmedos o alterados por el hielo, sin embargo, por el intenso frio, estos sistemas no se terminaron de dañar por completo y, de cierta manera, permitieron que el vehículo estuviera en un tipo de suspensión. Hicieron falta algunos repuestos destinados para los trineos para lograr echar a andar el transporte de nuevo, de todas maneras, no necesitarían del todo aquellas refacciones. Era una gran ganancia contar con uno de esos vehículos automotores, su apariencia era como ver un automóvil con esquíes para poder sortear la nieve. El Jeep fue puesto a las órdenes del cabo y de igual manera para todos los hombres que conformaban a la sección militar DELTA.

—Informa al *Queen of the Seas* sobre nuestro hallazgo — Johnson ordenaba al ingeniero en comunicaciones en dar parte a Lewis sobre los hallazgos —También menciónales que estamos por el camino correcto donde estuvo Cooper con anterioridad.

El ingeniero transmitió la orden que acababa de recibir y recibió la respuesta de su comunicado, ahora se les daba instrucciones de buscar por todos los sitios aledaños cualquier indicio de la actividad de sus predecesores. La indicación era clara, tratar de seguir todas las pistas que Cooper hubiese dejado en la escena. Johnson ordenó a todos los hombres disponibles a ocuparse en la búsqueda bajo la escarcha de los artilugios dejados por los hombres. Poco a poco fueron apareciendo objetos regados bajo la capa más superficial del permafrost, desde armas Thompson como de cobertores y materiales para la colocación de las tiendas, todo estaba allí.

El cabo se encontraba complacido, había encontrado el sitio donde

seguramente pasaron alguna de las últimas horas sus compañeros. El conocimiento del lugar donde se encontraban, tranquilizaba al cabo, pero a su vez también lo llenaba de ansiedad, probablemente las fuerzas alemanas podrían encontrarse cerca de su posición. Johnson rogaba al cielo evitar un encuentro directo con las Wehrmacht.

La duda azotaba la cabeza del cabo, con tan solo dos horas más de luz natural, aquella empresa se había convertido en cuestión de tiempo para idear un plan de exploración adecuado, delante de él se encontraban kilómetros de desierto blanco y a sus espaldas una cueva dentro de una gran montaña de hielo. La decisión parecía muy complicada, si las fuerzas alemanas estaban cerca, lo menos que deseaba era enfrentarlas en la noche. La decisión final fue la de pasar la noche dentro del refugio natural dentro de la montaña y asegurarse que los inclementes vientos no cobraran un precio alto por intentar subestimarlos. Probablemente podrían encontrar alguna otra clave del paradero de los extraviados.

— Responda compañía Charly. Repito, utilice frecuencia segura — El ingeniero de comunicaciones intentaba comunicarse con el otro grupo de soldados, intentaban utilizar una frecuencia que no fuese fácilmente interceptada, para hacerlo disponían de algunos canales especiales, pero para ser sinceros, el ingeniero sabía perfectamente que aquellas señales eran en extremo fáciles de interceptar.

— ¿Alguna respuesta? —Johnson preguntaba una y otra vez.

— Ninguna, señor, alguna tormenta o alguna señal evita nuestra comunicación.

— Estas tormentas nunca dejan a estos lugares en paz ni un solo momento. Siga intentado hasta que tenga una respuesta. — Johnson se alejó para poder continuar con las labores de reordenar las cosas que aún tenían.

Ambas compañías se encontraban a unos escasos catorce kilómetros la una de la otra, la señal podría ser débil, pero debería de poderse recibir. Algo evitaba la comunicación entre ambos grupos de soldados.

Era en extremo probable que se tratara del inclemente clima o de alguna cadena montañosa que se interponía entre las señales, no estaban seguros.

— Esperemos que todos se encuentren bien. Termina las transmisiones —Johnson se retiró hacia dentro de la caverna junto con todos los demás soldados, dos montaban guardia en la entrada. El asentamiento de soldados se quedó exclusivamente en la entrada y hubo un grupo de soldados que cubrió de igual manera la trasera del grupo dentro de la cueva. Por este día el sol se había extinguido y las fuerzas junto con él, la caverna sería explorada cuando los hombres hubiesen recobrado la fuerza. Esa noche tan solo les quedaba la opción de descansar algunas horas antes de avanzar o al menos de decidirse por actuar. En medio de la ubicación de cada uno de los hombres, la sorpresa fue que, mientras más indagaban dentro de la cueva, más cosas encontraban.

— Señor, creo que los alemanes han estado aquí — Dijo uno de los soldados a Johnson, mientras le mostraba unos casquillos percutidos, al igual que una badana roja que contenía una esvástica dextrógira en ella, era inconfundible.

— Son los Nazis… Estén todos preparados, descansaremos un rato y después reanudaremos la exploración de esta cueva.

— ¿En verdad cree que…? — El soldado no pudo esconder su temor.

— No creo nada, soldado; limítese a cumplir órdenes y todos saldremos vivos de aquí. — El oficial estaba tan nervioso como el raso, pero no podía permitirse reflejar miedo ante sus subordinados.

Johnson, tomó uno de los subfusiles y se dispuso a montar un perímetro junto con los demás, intentarían garantizar de cierta manera el descanso de sus compañeros, pero para ser francos, nadie podría descansar ante la certeza de encontrarse en un territorio donde los alemanes se habían encontrado, solo les quedaba esperar.

CAPITULO NUEVE

Sección: CHARLY

—Avanza hijo de perra — Jacob propinó un gran golpe a un débil soldado que iba delante de él, el enclenque hombre empujado, casi pierde el equilibrio a falta de las energías que casi se extinguían en su persona. La poderosa ventisca venía a más desde hacía algunos minutos y provocaba que los hombres se pusieran cada vez más nerviosos. Aunque tan solo habían pasado escasamente veinte horas o un poco más, los pies de los soldados empezaban a mostrar los daños propios de caminar con un equipo inadecuado bajo aquellas temperaturas, siendo lugares tan lejanos al corazón humano, los pies eran los primeros en presentar la hipoxia causada por un frio que se acentuaba con la humedad natural de una caminata; esa condición les había restado ya mucho tiempo pues los hombres tenían que hacer algo para combatir la falta de circulación y el daño del elemento. Mientras más avanzaban, era más fácil que ellos sintieran las repercusiones del frio, comenzaban a sentir el entumecimiento en las mejillas y aún habían más de 24 horas desde que se habían separado de la sección DELTA, y tan solo un poco más desde que abandonaron el campamento, pero sin duda faltaban todavía más horas por caminar.

— Deberías de tranquilizarte soldado —David ahora era el cabo que se encontraba a cargo de la compañía CHARLY. Sus palabras salían ligeramente temerosas al reprender a Jacob, tan solo algunas horas atrás, ellos compartían el mismo grado militar y ahora de la nada, el joven David había sido ascendido sin más. Aunque no se sentía en posición para darle órdenes a los demás miembros del equipo, sus palabras tuvieron el efecto que esperaban, Jacob se tranquilizó y prosiguió su marcha en silencio. El clima ya era demasiado agresivo como para permitir una mala convivencia entre los hombres y hacer más dura esa mala experiencia que estaban viviendo.

David sabía que no podían estar demasiado lejos del nacimiento de la península antártica, sin embargo, debían de proceder muy cautelosamente para evitar el ser sorprendidos por las fuerzas enemigas. El plan era sencillo en las palabras, pero era sumamente complicado en su ejecución, esa sección militar tendría la prioridad de dirigirse hacia donde la porción continental de la península antártica comenzaba, aunque era algo complicado de hacer porque el desierto blanco era mucho más grande en esa región que en las demás previamente analizadas. El avance se enlentecía debido al frio y al viento extremo. Uno de los guías sugirió utilizar una formación natural de peñascos de hielo para poderse instalar y evitar el embate del frio, ellos jamás habrían imaginado que esa misma acción estaba siendo ejecutada por sus compañeros en DELTA. David, obviamente ignorante de esas situaciones, decidió hacerle caso sin poner ninguna palabra de por medio, al final de todo, David solamente era un aspirante a profesor de literatura en tiempos de paz.

— ¡Muy bien, comencemos a colocar las tiendas en estos peñascos — David, gritó en medio del rugir del viento!

Los cansados hombres tomaron un descanso al igual que sus compañeros de la otra sección, ellos no sabían nada sobre sus compañeros que se encontraban a algunos kilómetros adentrados cercanos a la cordillera transantártica, pero realmente la otra compañía se encontraba más adelantada de lo que ellos lo estaban ahora, aunque a ambas secciones las azotaban las hostilidades del clima y el terreno, era esta sección, CHARLY, la que sin duda era la más castigada. El viento azotaba con más fuerza a los débiles hombres en medio de la obscuridad y tan solo les fue posible avanzar la cantidad de escasos siete kilómetros hacia su destino, desde que se separaron de la otra excursión.

Ahora, solamente importaba descansar el espíritu, eso era lo que todos deseaban y lo que David sabía que sus hombres deseaban con todas las ganas del mundo. Los preparativos para colocar las tiendas fueron ejecutados y los amarres clavados a las estructuras que así lo permitían en las salientes de hielo. Fue después de haber tenido un

lugar adecuado para descansar, cuando por fin pudieron respirar más tranquilos, y posterior a ello todos tomaron un descanso alrededor de las fogatas improvisadas, sin duda era la gloria. Rex por su parte se encontraba aferrado a su subfusil, la obscuridad no le daba buena espina y siempre mantenía un ojo sobre el terreno vacío, en ocasiones sentía como sus ojos le jugaban bromas en medio de la obscuridad y de igual manera la caída de nieve, blanca e incesante, en ocasiones dibujaba figuras en el viento que las acogía. Posiblemente Rex, sentía el cansancio o la desesperación previa a encontrarse en una batalla, cualquiera que haya sido su motivación, no podía estar tranquilo en medio de su turno de guardia al pie de su campamento. La tensión parecía totalmente avasalladora entre los hombres, nadie sabía si realmente se encontraban los enemigos allí delante, tenían la misma incertidumbre sobre la situación que sus compañeros; y vaya que tenían toda la razón en preocuparse, encontrarse con las Wehrmacht sería suicidio, ¿Suicidio?, peor que eso, una muerte violenta y dolorosa que tendrían a manos de seres inhumanos pues no había ningún ser que fuera peor que aquella división de soldados enemigos. Las horas continuaban sin detenerse y Rex sentía como el subfusil se hacía más pesado cada momento que lo cargaba aferrado a su pecho. El sueño comenzaba a alterar su estado de alerta, aquel pesar de los parpados parecía complicado de controlar y provocaba que la frialdad circundante aumentara el ardor de los ojos y que este fuese peor con cada grado que disminuía la temperatura. Finalmente cayó producto del sueño, apoyó a cabeza en uno de los trineos motorizados y tomó la alternativa de intentar olvidar los problemas que le aquejaban.

El sol comenzó a salir en el horizonte también para la división DELTA, las cordilleras de bloques enormes de hielo quedaban a sus espaldas, lejanas a ellos, nunca imaginarían nada de lo que sus compañeros se encontraban experimentando en esos momentos. Tras el amanecer, las ordenes fueron las de utilizar el mayor tiempo posible la luz natural y se dispusieran a buscar cualquier indicio alemán. No se encontraban rastros de actividades enemiga, todo parecía cubierto por la nieve que se apilaba perpetuamente sobre el blanco precedente y con ello

formaban capas que daban la impresión de ser eternas. Rex abría de nuevo los ojos ante el tenue amanecer, el subfusil daba la impresión de estar pegado a sus guantes. Los hombres comenzaron a despertarse y daban inicio a las labores de preparación para la marcha de nuevo en busca de la base alemana.

— ¡Arriba soldados!, ¡En marcha! — David tenía problemas para hacerse escuchar. Sus hombres se levantaron, el último en hacerlo fue Jacob, su ánimo era de total desagrado respecto a las órdenes del cabo. Poco a poco comenzaron a levantar las endebles instalaciones y siguieron las indicaciones.

Rex al igual que los demás comenzó a caminar, su fiel amigo, el fusil Thompson; siempre era bien sujetado por sus manos enguantadas que mostraban la rigidez de sus huesos debajo de ellos. A veces, le gustaba imaginar que aquellos guantes eran los mismos que solía tener de niño, aquellos guantes con los que usualmente construía fuertes en la nieve que caía cerca de las colinas de su casa, sus vagos recuerdos se descomponían en el momento en el que recordaba que aquello era solamente un recuerdo demasiado lejano. Los soldados se dispusieron en una fila para la caminata para proseguir, a los costados los trineos motorizados les daban cubierta y facilitaban el transporte de las herramientas para excavar y explorar. Pasaron aproximadamente dos horas para que se percataran que no existía ningún tipo de señal que les hiciera pensar que había, o que la haya habido, actividad alemana. Retornaron a la improvisada base y se dispusieron a descansar algunos momentos.

— Les digo que todo esto son pérdidas de tiempo — Jacob, se regodeaba de haber tenido razón sobre la expedición. — Estos tipos nos han, digo, me han tenido miedo.

— Deberías de guardar un poco tu egocentrismo y evitar abrir demasiado tu boca. Nadie quiere escuchar tu opinión — Rex, en verdad sentía que el resentimiento contra Jacob, crecía cada segundo que convivían juntos.

— ¡Vaya! Creo que ofendí al niño “malo” de este grupo de patanes —

Jacob, dijo en tono sarcástico.

— ¿Sabes? He estado esperando el momento para cerrarte ese tremendo hocico que te cargas — Rex, se levantó del sitio donde descansaba y se enfiló rápidamente hasta donde Jacob todavía mantenía su sonrisita retadora.

— Deben de tranquilizarse, y a menos que quieran ser acusados por desertores o traidores o qué se yo, deberían dejar estas tonterías a un lado. — David, se interpuso entre el camino de Rex y su objetivo.

— Yo, dejaré “esto” cuando él se haya ido — Rex, escupió al suelo.

La situación, no solamente tornaba tensa la situación entre los dos soldados, sino que afectaba la moral de todos los presentes, era horrible saber que no solamente estaban pendientes de que aparecieran los enemigos, también tenían que lidiar con una potencial situación de desastre entre dos personas complicadas.

En medio del ambiente pesado y difícil de soportar, los hombres tomaron los minutos de su descanso y continuaron con su búsqueda sin encontrar ni una sola pista que se asomara de entre el hielo. El campamento fue desmontado con rapidez y pronto toda actividad de aquellos hombres fue borrada y se prepararon para cubrir una nueva sección del continente. Dos kilómetros avanzaron en medio del frio incesante, el Sol cada vez se mostraba con un tamaño mayor y no tardaría en alcanzar su cenit. Mientras el avance continuaba, los hombres se encontraban cada vez más desanimados por el clima tan agresivo y tan lascivo que les azotaba, obviamente la caminata se hacía muy complicada, era tan pesada que incluso los vehículos comenzaban a presentar fallas. El frio no solamente era cruel con el frágil cuerpo humano, sino que también provocaba el mal funcionamiento de los trineos por la incapacidad de los líquidos de lubricación de mantenerse en un estado líquido.

—Guarden silencio, pecho a tierra —David susurró a sus dirigidos, todos realizaron las órdenes — ¡Apaguen los motores! — los trineos motorizados detuvieron su avance apagando sus motores.

— ¿Qué sucede? ¿Qué has visto? —Rex preguntó al cabo mientras se arrastraba sobre su abdomen. Con cada movimiento, Rex, pensaba lo peor sobre aquella sorpresiva orden.

— Si tuviéramos avanzada, aunque fuese tan solo un pequeño equipo bien preparado, podría saber si lo que creo haber visto pudiera ser real. — Cierto tono quebrado salía de su pecho. ─ Siento que este maldito lugar empieza a jugar con mi cabeza.

Los dos hombres se encontraban tirados en el suelo, David tenía un deseo incontrolable de querer escuchar alguna señal en medio de la chirriante ventisca, pero allí solo estaban las señales del lenguaje del viento. Rex, por su parte, solamente sentía que el hielo imperturbable comenzaba a ser ligeramente azotado por algún tipo de vibración que aumentaba cada vez un poco más. El origen no se podía escuchar o ver con claridad ya que se encontraban en un sitio ligeramente elevado, seguramente aquella vibración era producida por algo y, cuando menos lo esperaron, un ruido extraño pero conocido, estaba aflorando y reproduciéndose, era como si se tratara de una bestia que ronroneaba con tono duro y metálico. El sonido parecía cada vez más cercano y ahora se le habían unido otros ruidos similares, pero estos a diferencia de los primeros, ya eran reconocibles; ¡Eran voces! Rex rompió las órdenes de David y quiso acercarse al extremo escarpado donde se encontraban y echó un ojo para salir de las dudas. El hielo se desquebrajó muy poco ante el peso del soldado, pero la fuerza de la frágil saliente, fue suficiente para mantenerlo a salvo mientras espiaba el lugar que tenía directamente debajo y a algunos metros. No se puede describir una sensación humana a la perfección, pero Rex, sintió que un terror enorme invadió su cuerpo, no podía creer lo que sus ojos veían en ese momento. Los parpados del soldado se aperturaban lentamente para poder ver qué era lo que estaba detrás de aquel terrorífico entorno, no era fácil saber qué era lo que le estaba esperando al lograr abrir por completo sus ojos. El sonido no era otra cosa más que vehículos motorizados y las voces no eran más que gritos alemanes.

¿Pero qué demonios sucede…? — David se acercó sigilosamente al

lado de Rex, ambos observaron el horror que previamente Rex admiraba.

— Parece que son toda una división de… — Rex, fue interrumpido por el súbito reaccionar de David.

— ¡Demonios, son las Wehrmacht! ─ Un nudo se le cerró en la garganta. ─ Ellos no se retiran sin más. Esas unidades son la elite Nazi, seguramente están avanzando hacía una nueva posición.

— Pues no parecen ser de mucha elite corriendo de esa manera. — Rex, tenía mucha razón, aquellos hombres no parecían moverse como habitualmente se desplazaban las unidades militares bien entrenadas, en su lugar; el movimiento era el de desesperación y desorden. En verdad, parecía que se encontraban huyendo apresuradamente.

─Estás mal, ellos siempre tienen un plan y no por nada se mueven de la manera en la que lo hacen. ─ Ambos susurraban sin quitar la vista a los soldados enemigos.

─ No es así, miré cómo corren, tan solo hágalo con un poco de detenimiento. ─ Rex se comportaba de una manera poco habitual y es que posiblemente empezaba a sentir el calor de la batalla inminente.

─ Tienes razón, no parecen tener orden en sus movimientos… están desesperados por alejarse sin mayor explicación, pero eso no nos importa a nosotros ¿No es así?

─ Totalmente de acuerdo, hagamos lo que venimos a hacer y aprovechemos eso. ─ Rex, estaba feliz, aunque no sabía exactamente por qué.

La observación de Rex parecía correcta, después de todo, David se asomó de nuevo y corroboró lo que el soldado decía. Desde arriba, la imagen daba la impresión de ser un frenesí de huida, los alemanes se notaban apresurados el abandonar el hielo que sus pies tocaban. Sin duda era extraño que el orgullo de Adolf Hitler, las Wehrmacht, dejaran a su paso todo su preciado equipamiento regado por donde sus pies

presurosos pasaban, no tenía sentido. Varios camiones de carga de personal, algunos trineos y muchos hombres, eran los que conformaban aquella retirada. Eran inconfundible que se trataban de las fuerzas Nazis, sus bandanas rojas y blancas en los brazos con la esvástica, les delataban. Sus dirigentes, que viajaban a bordo de los carros más pequeños para los oficiales, mantenían la elocuencia ante la situación, mientras encabezaban la aparente huida e incluso allí, tenían tiempo para lucir sus preciosos uniformes diseñados específicamente para ellos por Hugo Ferdinand Boss. Aunque los oficiales intentaban mantener la calma, sus subordinados no deseaban ni siquiera aparentar un poco de calma, ellos deseaban solamente huir de lo que fuera que les venía pisando los talones. En medio de todo el descontrol de los soldados, los oficiales alemanes gritaban sin cesar lo que parecían ordenes de que sus hombres mantuvieran la calma y el orden, para los americanos, resultaba muy complicado el tan solo querer pensar en traducir las palabras en medio del momento de tensa calma.

— Si realmente están en retirada, podemos aprovechar para tenderles una emboscada. No podemos esperar ni un segundo más — Rex, dijo con voz susurrante mientras se arrastraba pegado al suelo cercano a David.

— ¿Qué?, ¿Estás loco Rex? Esas no son las instrucciones de la misión. — David, sintió pavor tan solo del hecho de considerar entrar en combate.

— Lo sé, pero esta parece una oportunidad inmejorable. Si lo piensas bien, podemos hacerles mucho daño, ellos no esperan que se les ataque mientras huyen, además Lewis dijo que no nos limitáramos a observar y que aprovecháramos cualquier ventaja, bueno; yo creo que esta es una ventaja.

— Pero… ¿Por qué huyen? Debe de haber “algo” que las haga correr como niñas pequeñas — David, decidió pensar un momento sobre la situación. — Tienes razón en lo que dices, pero es que algo no me cuadra realmente dentro de todo esto.

— ¿Qué? ¿A quién le importa realmente lo que suceda con ellos? Esta es una oportunidad y las oportunidades, como esta, hay que tomarlas. Además, posiblemente están huyendo de nuestros compañeros que, seguramente, les han propiciado una buena paliza o quizás son los ingleses que han venido desde Australia a ayudarnos en esta guerra — Rex, era muy confiado en lo que decía.

Aunque David sabía muy bien que esa situación no era normal, tampoco podía evitar sentir el deseo de disparar su arma en contra de la carne desprevenida de los alemanes. El solo hecho de imaginar aquellos impecables uniformes grises, era una idea y un sueño tan suculento, que casi podía sentir el calor de la sangre derramada sobre el hielo, era intoxicante. El cabo se arrastró de nuevo hasta donde se encontraba el resto de sus hombres, dio una serie de instrucciones silenciosas y con ello varios hombres tomaron posiciones laterales al camino donde pronto pasarían los Nazis. La idea de la emboscada era clara y tenían dos elementos clave para poder lograr el éxito en el alocado e irreverente plan, tenían la sorpresa y la altura de los pequeños riscos que flanqueaban el camino natural por donde las Wehrmacht pasarían en tan solo instantes.

Los camiones nazis, con sus llantas remplazadas por poderosas orugas metálicas iban delante de los soldados, el color gris de los abrigos alemanes contrastaba con el panorama de color blanco que tenían detrás. La marcha parecía acelerarse cada vez más con cada momento que pasaba. El oficial al mando de los enemigos iba a bordo de un solo vehículo acorazado, pero muy similar a un automóvil, gritaba demasiadas indicaciones en lengua alemana mientras agitaba su brazo para dar indicaciones a los soldados. Las instrucciones solamente podían ser imaginadas por el grupo de americanos ya que nadie en aquel grupo de soldados podía entender las órdenes que sus enemigos recibían. La palabrería del oficial no cesaba y los hombres avanzaban sin detenerse, las botas para hielo de los alemanes removían la escarcha a su paso y reafirmaban el paso de su división en medio del hielo. Fuese lo que fuese aquello que les provocaba retirarse, les estaba conduciendo hasta la estratagema que David y

los demás estaban montando. El oficial alemán y sus soldados mantenían la marcha constante hasta donde los americanos se encontraban montando un cuello de botella donde pronto conocerían el siguiente capítulo en su destino.

De un rápido movimiento Rex se posicionó en el extremo de uno de los de costados de la elevación, su corazón palpitaba como si se tratara de una locomotora, las venas de todo el cuerpo se hinchaban a cada palpitar del órgano y se inundaban de compuestos químicos que preparaban a Rex para la pelea. Colocó su arma automática, aseguró un pequeño soporte que llevaba integrada para poderle dar mayor estabilidad a sus disparos y junto a él un soldado se postró con todas las municiones disponibles para comenzar el ataque.

— ¿Estás listo para esto? — El soldado le preguntó.

—Ya no importa si estamos preparados o no, el momento de pelear ha llegado, hagámoslo como hijos de américa y mandemos a estas ratas al infierno. —

En frente de ellos, otro soldado colocó otra arma automática enclavada en el hielo, mientras que el resto de sus compañeros tomó sus subfusiles y los apuntaron contra el sitio donde los enemigos caminarían en tan solo algunos momentos. La emboscada se encontraba planeada para realizar una explosión dentro de los vehículos, las granadas de fragmentación tendrían la tarea de realizar la ofensiva mayor e inutilizar a todo posible artilugio que pudiera servir de escape a los Nazis y de igual manera poner fin a muchos de los hombres que viajaban a bordo de los camiones.

Los alemanes marchaban apresuradamente y no tardaron demasiado en alcanzar el sitio justo debajo de donde los aliados se encontraban, Rex afianzaba su arma contra su hombro, sentía como el trepidante avance enemigo le quitaba el aliento y con ello sentía que la vida misma se detenía enfrente de sus ojos.

<<Qué Dios me perdone por esto que voy a hacer>> Rex, no era religioso, pero en verdad le asustaba el hecho de pensar que las

sangres derramadas de los enemigos tendrían un responsable, él. La mira estaba apuntada firmemente hacia el suelo, las municiones listas y los hombres con las granadas, se encontraban preparados para dirigirlas contra los vehículos. Cuando los enemigos pasaran por allí, abriría fuego sin dudarlo.

Las botas negras con escarcha aparecieron en la mira de Rex, el palpitar de su corazón del tirador era tan fuerte que casi podía sentir que movía el pesado rifle automático.

— ¡Gusanos! — Exclamó en un tono muy bajo, Rex estaba tan nervioso que aquello fue lo único que pudo dejar escapar justo en el momento en el que plantó la mira en el enemigo.

Sin dudarlo un segundo más, abrió fuego en contra de los soldados de las Wehrmacht. Las balas atravesaban la carne como si fuese paja, era tan fácil atravesarlos que no parecía que esos hombres fueran de las temidas fuerzas alemanas. Tras cada disparo; ninguno de los soldados podía durar más de algunos segundos en pie mientras los disparos aliados eran escupidos de las armas jadeantes de sangre, las torretas que se habían colocado continuaban escupiendo balas como si no conocieran el significado de la palabra detenerse, era una masacre. La respuesta de los alemanes no se hizo esperar, seguramente no se rendiría aquel cuerpo de bien entrenados soldados y fue desde la parte trasera de la fila, donde la resistencia comenzó. Los disparos empezaron a llover sobre los aliados. Esta situación fue considerada desde el principio por David, quien ahora sabía mejor que nunca, que esta sería el peor recuerdo en su vida, el día en el que él, un simple cabo, había enfrentado a las fuerzas de Hitler.

— ¡Ahora! ¡Sin piedad! —David tomó su Thompson y junto con otros cinco soldados comenzaron a dispararles a los alemanes que intentaban repeler el fuego sobre ellos. La batalla generaba un ruido incesante que resonaba en todo el paraje helado, pero en medio de todo el caos, un pequeño grupo de granaderos rodeó la parte más elevada del risco y desde allí se dispusieron a poner fin con la ofensiva de los Nazis. El plan seguía su curso, arrojar granadas hasta

los vehículos de los suministros Nazi. Los hombres se prepararon y, usando toda la fuerza que les quedaba, arrojaron las pequeñas bayas metálicas hacía los camiones, estas cayeron sobre y cerca de los vehículos, la explosión de las primeras no afectó en nada a los camiones ni a sus ocupantes, pero las que vinieron a continuación, en una segunda tanda tuvieron un impacto certero sobre los automotores. Una de ellas estalló justamente debajo de uno de los autos y lo elevó unos cuantos centímetros sobre el suelo, los hombres que viajaban a bordo del camión cayeron de manera inevitable fuera de la parte trasera del vehículo e instintivamente quisieron huir del potencial infierno, pero no les fue posible porque en un segundo tiempo otra granada les alcanzó causando, tras la explosión, gran daño en sus cuerpos y causándoles la muerte de manera casi instantánea. Las llamas y fragmentos producto de la explosión de los camiones, iluminaron el prístino hielo que yacía debajo de ellos y era testigo casi mudo del sufrimiento de los alemanes que derramaban su sangre y los pedazos de su carne por todo el suelo. Los vehículos estaban destruidos tan solo algunos momentos después de que la ofensiva había tenido lugar.

— ¡No los dejen escapar! — David llegó corriendo hasta donde el resto de los hombres se encontraban postrados. — Mantengan el fuego, están desconcertados, es nuestra oportunidad

— ¡David, creo que tienen un lanzamisiles! — Rex, gritó con cierto grado de temor después de haber visto una estructura rectangular que solía ser usado para cargar armas pesadas usadas contra blancos militares.

— Esperen aquí, aguanten y no pierdan a ningún solo hombre, es solo cuestión de resistir y no desesperarse — Los disparos pasaban muy cercanos a la cabeza de David mientras hablaba de cerca a Rex.

— ¡Malditos, mueran! — Jacob, disparaba como si estuviera poseído por algún tipo de substancia que le hacía actuar como energúmeno y no temer ante las balas que pasaban a escasos centímetros de él.

Los disparos rozaban incesantemente los filosos extremos del hielo,

los hombres se agazapaban muy cercanamente los unos a los otros para evitar ser alcanzado por aquellas balas. Los alemanes, instalaron rápidamente una ametralladora en uno de los puntos más lejanos de donde la emboscada se desataba, tampoco venderían baratas sus vidas y planeaban darles pelea a los americanos hasta el fin de cada uno de sus propios alientos. Los guerrilleros nazis intentaban hacer retroceder a los americanos en su ataque, pero no tenían claramente una ventaja, estaban expuestos en su ubicación y el terreno que ocupaban estaba ligeramente en declive, lo que propiciaba que aquel intento somero de contraataque fuese, casi con seguridad, factible de ser destruido en tan solo segundos. A pesar de que la situación no les beneficiaba, el entrenamiento, claramente era mejor que el de la contra parte americana que resentía el hecho de ser solamente novatos. Varios alemanes ya estaban en el suelo mientras la sangre se les escapaba, pero también, al menos algunos heridos americanos, ya habían sido alcanzados por las balas. A uno de los costados de donde Rex se encontraba postrado, un soldado que había llegado hasta él en busca de cierta seguridad, había perdido el brazo atravesado por una ráfaga de balas, la sangre saltaba por los bordes mal trechos de la carne despedazada. El rostro de Rex fue salpicado por la sangre que salía de las arterias que habían sido arrancadas por las ametralladoras nazis, aunque la lesión del soldado cercano, eran aparatosas, ningún ruido fue exclamado por su boca y es que las cosas pasaban tan rápido que no se había percatado de que ya no tenía el brazo derecho. Justo en el momento en el que ese soldado cayó en cuenta de su desgracia, una bala le atravesó el casco y terminó por ahogar su corta vida. El hielo del peñasco se había tornado rojo casi tanto como aquel hielo que circundaba el sitio donde los alemanes todavía peleaban aguerridamente, para Rex, la muerte horrenda de su compañero no fue más que solamente un recordatorio que tenía que mantenerse agachado en medio de la tormenta de balas pues en cualquier momento podía ser alcanzado por la certera puntería de alguno de los enemigos.

David, corrió en ese momento con toda su energía hasta un lugar alejado, en el trasfondo de la batalla, los disparos resonaban como si

se trataran de cientos de relámpagos golpeando una y otra vez la superficie de la Tierra. Se detuvo un momento. Volteó y observó cual sería la mejor opción para avanzar de una manera inadvertida hasta la ametralladora que amenazaba con descuartizarlos a todos. A algunos metros, divisó algo que parecía ser un camino que rodeaba los peñascos donde los americanos se encontraban, corrió y, de una manera temeraria, se arrojó pecho a tierra para no despertar ninguna sospecha; aunque no la despertaría en medio de todos los ruidosos disparos, siempre convenía ser un poco precavido. Allí estaban, dos alemanes que no rebasarían la edad de unos veinticinco años de edad, bien parecidos y de ojos atemorizados, los chicos continuaban la tarea de mantener a raya los americanos al otro extremo y entre ambos desataban un oleaje de balas que destellaban al compás del hermoso color blanquecino del hielo. David sabía lo que acabaría por fin a esos soldados enclavados, no eran muchos los que faltaban por probar la muerte, pero definitivamente esos dos valerosos hombres evitaban que la misión se concretara.

David tomó una granada de fragmentación, la observó y vio el seguro que pendía de ella tal y como lo hace un pendiente. Sin dudarlo ni un momento, colocó su mano en el seguro y lo hubiera retirado de no ser porque sintió un fuerte golpe en la espalda. Al principio no lo supo, pero después de unos fragmentos de segundos, se encontró frente a frente con un soldado enemigo que le golpeaba sin parar el cuerpo. El objetivo del enemigo era claramente su rostro, su cabeza, pero David las tenía muy bien protegidas. En respuesta de los golpes que recibía, él también lanzó algunos otros contra el cuerpo de su agresor, después de un tiempo de dar y recibir, ambos cayeron y rodaron por el suelo en medio de un forcejeo constante. En un movimiento rápido, el nazi, tomó un cuchillo que cargaba en una de las bolsas laterales del uniforme, su apariencia era delicada, con un hermoso grabado de un águila en la empuñadura y una esvástica negra que le identificaba ser de manufactura alemana. El arma fue blandida con toda la finalidad de causar un gran daño en el americano, pero este pudo evitarlo tomando las manos del alemán y evitando su muerte segura. Aunque le había neutralizado, el alemán tenía toda la ventaja para terminar

con aquella batalla, el cuchillo se acercaba cada vez más hasta el suave cuello del cabo, se acercó tanto que incluso David sintió como el filo del mismo comenzaba a cortarle la garganta, pero como si hubiese sido enviado por el mismo Dios en persona, uno de los soldados de la sección Charly disparó directamente en el cráneo del alemán y provocó que este rodara sin oponerse por el suelo. David, respiró y respiró, hasta que su tarea principal volvió a aflorar en su mente. Tomó la granada y la arrojó sin el seguro hasta donde los soldados disparaban, la explosión acalló el ruido ensordecedor de la ametralladora, David pudo por fin, respirar tranquilamente mientras yacía tirado en el suelo antártico.

Las fuerzas alemanas fueron aplacadas, con una rapidez premeditada, los aliados procedieron a detener a sus enemigos que no habían muerto para ese momento y decidieron hacerlos prisioneros de guerra. Los ahora derrotados parecían demasiado temerosos ante su inminente captura, pero algo no parecía normal de todo aquel acontecimiento, generalmente los soldados perdedores tienden a manifestar una actitud más calma que la que muestran durante la batalla. Dentro de su mirada existía un miedo diferente al miedo de morir asesinado por otro hombre, era diferente a ese temor que se experimenta en medio de una batalla. Estos soldados intentaban escapar como fuera posible de algo que los perseguía o algún ejército que les perseguía y les había conllevado a ser capturados por los jóvenes de la pequeña expedición. Era un logro impresionante sin duda, un montón de soldados inexpertos, había doblegado a las imponentes Wehrmacht, sin duda era algo que todos recordarían y, para ser honestos, la victoria tenía todavía un mejor sabor por el solo y simple hecho de no haber sufrido ninguna baja aliada.

La emboscada fue certera, al final tan solo sobrevivían unos escasos alemanes a toda aquella carnicería. Los sobrevivientes fueron conducidos hasta un área despejada donde el peligro de alguna explosión residual fuese menor y donde, sobre todo, los americanos tuvieran el control de la situación. Mientras caminaban, los cuatro soldados apresados hablaban sin cesar entre ellos, Rex quien era el

encargado de llevarlos hasta donde se encontraba David, les indicaba el camino con el extremo de la Thompson que cargaba, todavía se podía oler el aroma de la pólvora que emanaba de ella.

— No entiendo que es toda esa palabrería que dicen, pero seguramente no tendrán éxito en escapar, si es que lo estaba considerando —Rex, no obtuvo respuesta por sus rehenes.

— ¡Wir müssen hier raus! — Uno de los soldados gritaba sin cesar, pero ninguno de los presentes sabía ni una gota de alemán, los traductores se encontraban en el otro grupo de soldados que conformaban la sección Delta, pero los aliados creían saber que se refería a algún tipo de clemencia o algo relacionado.

— Di todo lo que quieras, cerdo, no podrán escapar de todas formas — Rex, les volvió a apresurar con el arma. Los alemanes caminaban con las manos elevadas y junto a los americanos dejaban atrás el sitio bañado de sangre y fuego donde previamente combatieron ferozmente.

Cuando llegaron con David, los cuatro hombres fueron puestos de rodillas con los brazos en la cabeza y los dedos cruzados, el Sol aparentaba aparecer con más fuerza en ese momento, como si se tratara de alguna señal divina. David se acercó a aquellos y los inspeccionó, tomó entre sus manos la cara de uno y lo vio de cerca para estar seguro de algo que solamente él sabía. Lo que notó al principio fue que esos hombres no pertenecían a un grupo completo de soldados, en la división donde se encontraban, marchaban solo individuos y dos escasos camiones. No tenía sentido, ¿A dónde iban?, ¿Realmente tenían una base en aquel lugar? Las piezas no cuadraban y era muy probable que vinieran de algún enfrentamiento que hubiera mermado la fuerza principal de su división, pero de ser así ¿Dónde estaban las evidencias del conflicto anterior? Era muy poco probable que así hubiese sido porque no tenían señales de desgaste sus uniformes, no existían impactos de bala o vaya, ni siquiera había señal de que los impecables uniformes se hubiesen deslustrado para ser retirados ante una inminente batalla. En pocas

palabras, los hombres parecían intactos sin ningún solo rasguño previo a todo el alboroto que acababan de experimentar.

— ¿Dónde está su base?, ¡Responde! — David se agachó para verle la cara a uno de los soldados. En el rostro del nazi, las lágrimas brotaban incesantes de sus penetrantes ojos azules y las palabras no dejaban de escapar de su boca, palabras incompresibles para los americanos.

— ¡Wir müssen hier raus, sie gehen, um alle zu töten! — El soldado se puso de pie y tomó el abrigo de David, lo agitaba con tal fuerza que todos pensaron en lo peor. El prisionero repetía constantemente sus palabras, pero nadie podía entenderlo, la compañía de David amenazó al alemán para que soltase al cabo, todas las armas terminaron apuntándole para forzarlo a detenerse. Un tiro sordo terminó con la agitación del soldado alemán, sus manos se abrieron y su cuerpo cayó al hielo de una manera descompuesta, la sangre, poco a poco empapaba el hielo.

— ¿Por qué abriste fuego?, Dime ¿Por qué o hiciste soldado? — David daba gritos a Jacob quien había sido el que jalara el gatillo. El cabo se dirigió hasta el subordinado y lo empujó vigorosamente en dos ocasiones hasta que dos soldados los separaron, David no tenía el tacto para lidiar con ese tipo de problemas, Jacob solo guardo silencio y arrojó su arma al hielo y se alejó del grupo.

— ¡Debes aprender a obedecer Jacob o te ira muy mal! — David era detenido por sus soldados —Den aviso al Queen, esto debe saberlo Lewis. Que sepa todo, incluso esta insubordinación.

— No creo que podamos hacerlo, llevo intentándolo desde que capturamos a esos hombres, pero no he podido ni siquiera transmitir códigos para saber si nos copian. — El ingeniero de comunicaciones intentaba hacer un enlace con el barco, pero no podía hacerlo, algo interfería con el equipo.

— No se preocupen, avisaremos después a Lewis. Ahora lo importante es que estos alemanes han sido sometidos en su totalidad

— David, intentaba mantener la calma en sus hombres.

Los rehenes restantes contemplaban el cuerpo de su compañero mientras este continuaba tirado en el suelo, el rojo se mezclaba con el hielo y se fundía en un color romántico y aquel prístino hielo pronto se tornó extremo rojo, tan rojo como un rubí. Rex notó que los soldados volteaban demasiado a sus espaldas, como si estuviesen esperando algo o a alguien que pudiese venir por detrás de su actual ubicación, esto no le dio buena pinta y decidió voltear para mantener la vigilancia ante cualquier riesgo, al final, era probable que los miedos de los hombres enemigos estuviesen bien fundamentados.

David ordenó apresar a los soldados y caminarían junto con los americanos hasta donde ellos dijeran, el plan era seguir el camino por donde habían venido y de esa manera encontrar el probable sitio de su asentamiento. Los prisioneros se colocaron de pie en medio de un mar de palabrerío incesante y de suplicas a sus captores, suplicas que no se hicieron efectivas por la barrera del lenguaje. Mientras marchaban, los alemanes se rehusaban en avanzar, uno de ellos incluso se arrojó al suelo para evitar seguir el camino de regreso; pero no pudo evitar que Rex lo volviera a levantar ayudado por su Thompson. Después de algunos pasos, los camiones incendiados fueron quedando detrás de ellos, los cadáveres de igual manera fueron dejados atrás, ahora comenzaba la jornada hasta el sitio de donde se presumía habían venido aquellos soldados. Esperaban encontrar las respuestas de aquello que había mermado la fuerza de una gran división motorizada de las Wehrmacht y por lo cual se les había hecho fácil derrotar a los remanentes, gracias a ello tenían ahora una preocupación menos, al menos; por ahora.

CAPITULO DIEZ

Motorizado DELTA

El ruidoso motor del Jeep atrajo la atención de todos los soldados, los mecánicos solo mostraban una sonrisa de satisfacción ante el gran trabajo que habían realizado al volver a poner a punto la joya que alguna vez perteneció a Cooper y aunque la unidad Delta hubiese querido encontrar más pistas sobre su paradero, por el momento se conformaban con el hecho de haber recuperado algo de ellos. La mezcla de sentimientos era interesante pues, aunque estaban contentos de contar con un poco de ayuda motorizada, también estaban desconcertados por el hecho de haber encontrado aquel vehículo sin encontrar otras señales que les pudieran orientar al paradero de los hombres de Cooper.

La nueva adquisición fue rápidamente utilizada por Johnson quien ordenó a todos marchar detrás de aquel vehículo para obtener cobertura en caso de ser necesario, era su nuevo ariete y no dudarían para entrar en acción para terminar con cualquiera que se plantara en su camino. El plan ahora era diferente, por la cabeza del cabo pasaba la idea de investigar el largo túnel que se asomó tan solo algunos momentos antes, para él probablemente existirían respuestas al final del largo trayecto y encontrarían aquello que buscaban en el mismo final de él, era difícil que no lo hiciera o que alguien más le llevara una idea contraria puesto que en realidad estaba solo y sin ningún tipo de ordenes específicas que seguir ya que la radio continuaba sin mostrar señales de actividad del campamento central.

— De acuerdo compañía, avancemos a ese túnel. Es eso, o a menos que quieran quedarse padeciendo el frio en este lugar sin protección — Johnson permanecía a bordo del Jeep, ahora cargaba con pesados suministros y esto aligeraba la carga para los exhaustos hombres. Los soldados hicieron dos filas y comenzaron a introducirse dentro de la caverna de hielo, siempre siguiendo al Jeep. Las lámparas se encendían una tras otra y se aliaban unas con otras para aumentar la cantidad de campo de visión que podían obtener. El nuevo vehículo

iluminaba la caverna con sus potentes faros mientras avanzaba y detrás de él marchaban los hombres con las lámparas de mano, los pasos de ambos, tanto de maquina como de hombre, eran cuidadosos e incluso hasta temerosos. Johnson se sentía muy confiado sobre su decisión de explorar aquel sitio, su nuevo automóvil le daba una gran sensación de seguridad y de protección, por ello era fácil sentirse empoderado con un medio de transporte tan rápido y potente para la guerra, como lo era aquel Jeep. Su idea era un poco obvia, explorar el sitio donde se encontraban los restos de artilugios nazis, era más que obvio que allí existía actividad alemana y para reforzar la creencia, también habían encontrado muchos de los objetos de sus compañeros a las afueras de dicha caverna, en la base de la montaña donde previamente acampaban.

Las paredes de la caverna no parecían cernirse sobre los hombres que la recorrían, eran amplias a los lados y, como era de esperarse, también se perdían en la inmensidad del túnel pues, aunque así lo quisieran, no podían establecer con claridad cuán grande era el corredor, estas en su lugar se prolongaban por decenas de metros, eran tantos metros por delante que, el automóvil recién adquirido no podía iluminar en su totalidad aquel sitio. Las paredes reflejaban la luz como si se tratara de gigantescos cristales de cuarzo, solo era hielo. El recorrido fue datado por los zapadores de la pequeña división, como un total de mil cuatrocientos metros los cuales fueron recorridos y fue precisamente al llegar al fondo donde el final de dicho recorrido apareció, era extraño, ninguna cueva natural termina súbitamente sin antes estrecharse o fundir el techo con el suelo en señal de su origen natural, no; esta cueva era totalmente recta y uniforme en su trayecto y, tan fue de esa manera que terminó en una gran pared rocosa e impenetrable. El jeep nunca detuvo su marcha y continuó iluminando a la compañía, pero ya no podía avanzar más dentro de la cueva, su marcha se mantenía prendida para permitir la iluminación al resto, todos guardaron silencio a la espera de las órdenes de Johnson, todos excepto el Jeep, su motor no dejaba de sonar repetidamente.

Cuando Johnson, detuvo el jeep junto con el piloto del mismo,

iluminaron la porción más alejada de la pared y notaron que se unía de manera irregular con una estructura más lisa en el costado derecho.

— ¿Qué demonios hace eso aquí? — Johnson, salió casi eyectado del Jeep por su respuesta tan rápida ante algo que le llamó la atención. Aunque no dijo nada en ese momento, intentó dar órdenes mudas para que todos obtuvieran un arma o al menos que prepararan las que ya portaban, para combatir. Todo lo hizo con absoluto silencio, o al menos eso intentaba. Los hombres pusieron una rodilla en el suelo y apuntaron hacia el objeto que tenían delante de ellos. La enorme puerta metálica tenía ante sus pies el ropaje característico del ejército alemán, aunque no se veía señales de los portadores por ningún sitio, tan solo se encontraban allí abandonadas. Tampoco se encontraban señales de armas o alguna otra cosa que les hablara de sus compañeros aliados.

— Seguramente es la base de esos hijos de perra — Martínez, se mantenía con la rodilla en el suelo, su mira se apuntaba en la totalidad a la gran puerta obscura que tenía frente de sí.

— Hasta esto hemos llegado amigo, si algo me ha de suceder con estos maniáticos, quiero que sepas que ha sido una gran aventura servir a mi país a tu lado — Ash, siempre era elocuente, incluso sosteniendo su arma.

Unos escasos hombres fueron acomodando la ametralladora en su base para que pudiera ser usada por el tirador, pero tenían grandes problemas tratando de fijarla al suelo, este suelo era diferente al resto del que habían visto, era muy liso y demasiado duro, pero quizás lo que afectaba mucho más a la posición del arma era el hecho que era demasiado resbaloso. Aunque, esa propiedad del suelo no fue descubierta previamente mientras caminaban, cuando lo hacían, podían perfectamente caminar sin ningún tipo de problemas, pero ahora tratando de fijar el objeto extraño, no podían ni lograr que se mantuviera en su lugar ni por un momento.

— ¡Dejen eso!, si no se puede colocar, no pierdan el tiempo. Tomen

sus armas — Johnson no permitió más intentos. — Muy bien, ustedes dos, vayan a examinar la puerta, con mucho cuidado. ─

Se acercaron temerosamente, podían sentir su sangre recorriendo cada una de sus venas producto de un latido acelerado, sus piernas hacían un esfuerzo desmesurado para transportar sus cuerpos hasta donde la puerta se encontraba. La puerta fue examinada por los soldados, era enorme y parecía tener un gran grosor, ningún símbolo se encontraba grabado, ninguna señal de cuál era su manufactura, tan solo unas pequeñas inscripciones inteligibles rodeaban el marco de la misma, eran como pequeñas letras extrañas. El material parecía ser hierro y este tenía una longitud aproximada de dos metros y medio de alto y metro y medio de ancho aproximadamente desde la base hasta la porción superior que casi tocaba el suelo.

— Mantengan su posición, apaguen el vehículo y… prepárense para lo peor. — Johnson volvió a tomar su posición cerca del Jeep, pero sin subirse de nuevo se acercó a ver los ropajes. Con el cañón de la Thompson expuso en su totalidad el uniforme que tenía delante de él, una enorme cruz negra, la cruz de hierro yacía pegada a uno de aquellos uniformes —No hay duda, son ellos. — Dijo mientras un frio le recorrió el cuerpo, aunque no lo aceptara, en verdad sintió miedo al encontrarse ese hallazgo.

— Señor, los hombres están listos para combatir, solo estamos esperando sus órdenes — Ashton le informó al cabo, esperaba su respuesta. La cabeza del recién ascendido cabo no sabía si debía de entrar en conflicto en contra de sus enemigos ya que eso iba en contra de las directrices de Lewis. Tardó un par de minutos repasando las opciones que tenía y vaya que debía decidir porque la señal de los radios no serviría debajo de toda aquella roca que tenían sobre de ellos.

— Prepárense, vamos a entrar — Johnson tomó su arma y se dispuso a apuntarla hacia la enorme puerta metálica al igual que el resto de los hombres lo realizaba. Los dos soldados que fueron enviados a investigarla, ahora serían los encargados de intentar abrirla, pero ellos

mismos sintieron que era extraño que la compuerta no tuviera ningún tipo de manija o cerradura para tirar de ella, era solamente la gran placa metálica y nada más que eso. Los soldados se presionaron en contra de la misma para intentar moverla, ya que no existía dispositivo de apertura o cerradura que les llevara a creer que pudiera estar cerrada, procedieron a hacer lo que la mente humana les dictaba, empujarla. Centímetro a centímetro la puerta fue cediendo, cada rechinido retumbaba por la caverna y con cada uno de estos, los hombres se afianzaban cada vez más a sus armas esperando el momento en el que tuvieran que accionarlas por primera vez. El nerviosismo podía sentirse.

La puerta se abrió totalmente y dejó expuesto su obscuro interior, las armas se encontraban preparadas para repeler cualquier ataque, pero ningún suceso aconteció.

— Walsh, investiga con cuidado — Johnson envió una punta para averiguar la situación del sitio. El soldado se adelantó a sus compañeros, un nudo en la garganta ya se encontraba instalado. La enorme puerta metálica había dejado al descubierto su interior obscuro. Dando una pequeña carrera, un tercer soldado se arrojó contra el suelo cerca de la puerta para cubrir a sus compañeros que estaban abriéndola. Sus ojos penetraron aquella obscuridad y no vio nada, el silencio era insoportable en medio de la tensa situación, tan solo podía escuchar sus propios latidos marchar al compás desordenado de cada uno de los hombres. Al ver que no podía identificar nada, decidió encender una bengala y arrojarla al interior detrás de la puerta. La luz mostró todo lo que se encontraba oculto en la obscuridad, iluminó una gran cámara interior donde rebotaba la luz de coloración rojiza que danzaba rebotando en las paredes, era la luz de la bengala. No existían enemigos dentro, tan solo se trataba de una inmensa cámara gélida donde probablemente podría caber un edificio de tres pisos, era enorme.

Nada iluminaba aquel sitio más que solo la luz de la bengala que disminuía su intensidad con el paso del tiempo.

— <<Arroja otra bengala>> Susurró Johnson al oído de Ashton. Este sacó otra luz de bengala, y la lanzó cercana a donde se encontraba la primera. El cabo inició a movilizar a los hombres y pronto todos se encontraron posicionados dentro del gran salón, con las Thompson listas para abrir fuego contra lo que se encontraran, los hombres intentaban dominar su miedo y su deseo de largarse de allí. Mientras avanzaban dentro de la sala, pudieron notar que había fragmentos de extremidades humanas que estaban regadas por el suelo de la cámara, estas parecían ser muy largas en comparación de las de un humano normal, pero de algo estaba seguros, eran brazos humanos. La mente de los soldados no pensaba en otra más que en las atrocidades que los alemanes habían realizado con algunas personas desafortunadas, era horrible lo que seguramente habían experimentado esas personas. Numerosos casquillos de balas se encontraban por los suelos, serían identificados como municiones de los Karabiner 98 Kurz. Era desconcertante la manera en la que los alemanes habían edificado aquella bóveda, en primer lugar, no se habían molestado en recubrirla y la habían erigido dentro del hielo solido; eso por sí mismo ya era algo poco común pues no se tenían reportes de aquella manera de construcción, pero, aunque eso no cuadraba con el pensamiento nazi de hacer todos sus edificios fortificados, eso no era lo que más llamaba la atención de los hombres y eso por el contrario era la decoración del lugar. Uno esperaría encontrar cuadros de pinturas, mapas o algunas otras cosas que fuesen artilugios militares dentro de esas instalaciones, pero hasta el momento no habían encontrado nada de eso en el abovedado nicho, aunque lo que adornaba las paredes era muy diferente a lo que los militares pensarían encontrar. Las paredes tenían grabados, excavados en hielo, las figuras de lo que podría pensarse que eran hombres y al lado de ellos varios símbolos que eran extraños e irreconocibles.

— Todo esto no tiene sentido — Ashton, le dijo a Martínez mientras entraban a la cámara. — No sabía que los alemanes adornaran de esta manera sus bases.

— ¿Qué quieres decir? ¿la matanza de los alemanes? Es más que obvia — Joe, sentía que la sangre le hervía para matar nazis. ─ El decorado me importa poco, solo veo lo que les hicieron a estas personas y me corroe el alma de odio.

— No, no es eso, es que mira — Ashton, movió uno de los esqueléticos brazos con la Thompson. — Estos brazos son demasiado largos como para tratarse de un hombre promedio. Y mira esto, tienen unas pulseras extrañas, eso sin mencionar que para tratarse de miembros humanos en medio del frio extremo, no se han conservado nada bien.

— Tienes razón, además… ¿Por qué hay casquillos alemanes tirados? Y ahora que lo recuerdo, también hay un uniforme tirado como si hubiese sido abandonado por su portador en segundos. No creo que esto sea un panorama normal, ahora que lo mencionas. — Martínez, ahora veía con otros ojos la escena.

─ Según lo que sabemos desde el colegio, no hubo ningún ser humano que haya hecho de estos lugares su hogar, ¿Cómo podrían vivir otras personas aquí? Porque, aunque tú no lo digas, estas personas que han sacrificado los alemanes, no parecen ser pobladores de Ushuaia sino algo más. ─

Ashton volvió a encender otra bengala y se acercó a un cumulo de estos huesos, un cráneo se encontraba partido en los huesos parietales y dejaba expuesto el interior del mismo. El soldado se agachó para verlo a detalle, lo tomó dudosamente con las manos y lo colocó a la altura de sus ojos, le dirigió una mirada de interrogación. Era un simple cráneo, aunque mucho más grande que el de un humano promedio, este era casi del tamaño de un balón de básquetbol y aunque era en todo lo demás ordinario, por un momento Ash sintió una gran desesperación al tenerlo entre sus manos, pero aun así lo mantenía apresado, era intrigante para él. El cráneo parecía en extremo viejo, los huesos eran porosos y un poco frágiles, La mandíbula no se encontraba adyacente a la pieza principal. Las

cuencas oculares estaban vacías y lo negro de su interior solamente era superado por unos larguísimos cabellos que caían a los lados. Ashton se sumió dentro de la negrura de sus cuencas, absorbido por aquel vacío, comenzó a ver como un pequeño fulgor nacía de su centro. Aquella tenía parecido a una pequeña flama azul.

— ¡Ahhhhhhh! —Gritó Ashton. Todos apuntaron hacia su dirección. El cráneo rodó por los suelos y Ashton a su vez cayó de espaldas, se alejó víctima de un gran pavor. Joe acudió a socorrerlo, mientras las armas continuaban apuntando a aquel hombre.

— ¿Estás bien?, ¿Qué sucede? — Joe levantó al caído.

— ¡Es el cráneo!, ¡Se encendió! — Ashton no dejaba de vigilar el cráneo con su arma, Joe lo abandonó un momento y se acercó al abovedado hueso, lo tomó entre sus manos y lo analizó.

— No hay nada malo con esta cosa, estás demasiado nervioso, tienes que tranquilizarte un poco, hermano. — Martínez había tranquilizado a todos en la cámara, las armas no apuntaban más hacía el posible sitio del altercado. La investigación del lugar pudo continuar después de cerciorarse que no existía un peligro, al menos no real. Martínez por su parte se encontraba dando pequeñas pataditas al cráneo que retornó al suelo, era como su diversión momentánea. Aquel objeto parecía algún tipo de fetiche o talismán, jamás había visto un cabello tan largo, mucho menos en alguien muerto.

— Es fácil para ti, decirlo; tú no lo viste encenderse. —

— Seguro, fue tu vista que es está cansada y jugándote bromas. —

— Aunque lo digas y tengas razón, no dejaré de arrojarle una mirada a esta cosa; hay algo que no me da confianza de todo este lugar. —

— ¿Otra vez tu teoría de las balas? Ya hemos hablado de eso Ash, lo único de qué preocuparse aquí, es de esos soldados.

— ¿Sabes? Espero que tengas razón, no quisiera saber qué será lo que pasará si acaso yo llego a tenerla.

Los soldados inspeccionaban cada rincón de aquel sitio y todo lo que encontraban se documentaba en pequeñas bitácoras que servirían al alto mando para cualquier cosa que hacen los de inteligencia para poder hacer planes de ataque. Era evidente que los alemanes encontraron aquel sitio antes y que el cráneo y los rastros de otros huesos sustentaban sus matanzas tan características, al menos esa era la teoría aceptada por los soldados en ese momento. Johnson intentó de nuevo advertir al mando en el *Queen of the Seas,* pero el ingeniero de comunicaciones era incapaz de entablar el contacto, era una necedad porque, en parte ya sabían que no podrían comunicarse desde dentro de la caverna, pero valía la pena intentarlo. El joven cabo, no sabía que debía hacer a continuación, era realmente importante que se trazara un plan ya que, si los enemigos conocían aquella habitación, posiblemente tenían planes de regresar a ese sitio.

— ¡Acá pronto! — Uno de los soldados gritó y apuntaba con su linterna a un pequeño agujero que se dibujaba en medio de aquel sitio. La mayoría de los soldados corrió a cerciorarse del hallazgo mientras algunos documentaban aquello con fotografías y anotaciones. Lo único que faltaba, la conexión de aquel salón de hielo, la entrada a lo que seguramente era el escondite nazi, ya había sido encontrado por uno de los soldados. El agujero en el hielo, era de aproximadamente un metro y medio de ancho, tenía escalones que se prolongaban más allá de la vista de los fisgones. Martínez arrojó una bengala a su interior porque no se podía divisar el fin del mismo, no iban a enviar a un hombre a reconocer el trayecto. Al momento en que la bengala cayó en aquel lugar, hizo lo mismo que sus antecesoras el camino mostró la terminación de las escaleras en lo que parecía ser un largo túnel, mientras caía, los soldados mantenían muy fijos sus subfusiles, apuntando a cualquier cosa que pudiera estar en el túnel interior. Aquel improvisado sitio no parecía tener más de dos metros en la altura, al menos eso era lo que se alcanzaba a ver, las paredes eran irregulares y, tal como lo fue el anterior túnel, este se perdía aún más al interior del hielo. La bengala terminó de consumirse, pero eso no significaba que el peligro había pasado pues justamente en la obscuridad pueden ocurrir cosas que el hombre no está listo para

manejar, si querían sobrevivir, todavía tenían que vigilar el agujero.

Si Johnson aceptaba continuar, el regreso seguramente sería complicado, a ese sitio no podían acceder los vehículos automotores ni tampoco podían cargar con las provisiones y equipo necesario para seguir adelante, estaría solo aquel que se decidiera a entrar y correría por su cuenta su propia cobertura contra los soldados enemigos que encontrarían en el interior. El dilema del dirigente parecía ser complicado, pero determinó que, para llevar a cabo las dos empresas, debería de dividir sus escasos hombres. El túnel de reciente descubrimiento sería explorado en toda su longitud por él mismo y por tres de sus soldados mientras los demás permanecerían en la entrada del salón para levantar un campamento que pudiera de cierta manera garantizarles un retorno seguro.

— Muy bien caballeros, tres de ustedes irán conmigo, los demás tomen esta posición y esperen por nuestro regreso. Vamos a entrar — Johnson, se armó hasta los dientes, cargó todas las municiones que su cuerpo le permitía. Justo en ese momento, dibujó una señal delante de él para encomendarse a Dios.

— Pero señor… — Uno de los encargados de comunicaciones quiso saber un poco más sobre la nueva misión. ─ ¿Cree que sea seguro entrar? Digo, creo que sería mejor informar a Lewis de todo esto.

— No se preocupen, todos estaremos bien, si existiese algún problema llamaremos a por ustedes — Johnson, sabía que no tendría forma de hacerlo cuando entraran a aquel lugar. ─ Así que pendientes con los radios y establezcan un perímetro seguro.

Johnson, Ashton, Martínez y un soldado de apellido Smith, fueron los hombres que dejaron parte de su pesada carga a cuidado de sus compañeros. Sus armas fueron cargadas y solo se les dio las municiones precisas para defenderse ante cualquier cosa que encontraran mas no de entrar en combate directo, si los alemanes tenían una base allí, seguramente estaban muy bien colocados en la misma. El resto de los soldados tenían tareas importantes que realizar en el nuevo e improvisado campamento, entre las que se

encontraban defender aquella posición.

La bóveda sería un lugar sencillo para defender puesto que solamente tenía dos entradas y en cada una de ellas, los hombres colocaron lo mejor del escaso armamento que portaban. Una a una fueron colocadas ametralladoras de suelo, minas de proximidad y de presión, el lugar estaba cercado por los dos frentes más con ello no se podía combatir la sensación de no estar seguros y es que, si las fuerzas enemigas eran tan feroces como todos decían, quizás era más que evidente que esos esfuerzos de poco valdrían.

Las últimas municiones fueron cargadas por Martínez, mientras se preparaba para salir, el ingeniero de comunicaciones entregó una cámara fotográfica a Smith, su idea era para poder documentar cualquier cosa que pudieran encontrar. Y después de algunos arreglos los soldados finalmente comenzaron a escabullirse por el agujero en el suelo. El primero en entrar fue Ashton, rápidamente se arrodilló y apunto su arma hacia la obscuridad, detrás de él, cayó Martínez y después Smith y Johnson respectivamente, la caída era de aproximadamente unos dos metros, pero todos lograron estar en el lugar sin ningún problema. Una bengala volvió a iluminar el camino, esta vez pudieron ver que el túnel parecía muy largo, pero era rematado por otra puerta metálica de apariencia más pequeña, al menos eso aparentaba desde su distancia. No serían necesarias tantas bengalas, ya que una luz tenue era emitida detrás la pequeña puertecita al final del túnel.

Los cuatro hombres comenzaron la caminata, el parecido de aquel corredor no distaba de la apariencia común de un frigorífico, un depósito de carne o cualquier cosa que pudiera comparársele. Las bengalas se consumían poco a poco hasta que finalmente llegaron a la otra puerta metálica. Esta entrada, de características menores a la primera, se abrió fácilmente, los grabados en su cara anterior parecían un montón de inscripciones sin sentido y sin ningún significado ante los ojos de los soldados quienes no dieron ninguna certeza a sus indagaciones. El resplandor era muy grande y este fue incrementándose a medida que avanzaron, cuando ya estaban

delante de la puerta, el brillo escapaba por la parte inferior del espacio que dejaba la puerta con respecto al suelo.

— ¿Creen que sea el exterior? — Martínez, preguntó en voz baja a sus otros tres compañeros. ─

— No seas tonto, estamos bajo toneladas de roca de la montaña, seguramente es energía eléctrica — Smith, le respondió.

— Si fuese energía, quizás escucharíamos los murmullos de aquellos que la utilizan — Ashton, quiso sonar coherente. ─ Algún tipo de invento alemán, alguna… no tengo ni la menor idea.

─ No importa que sea, mantengan los ojos bien abiertos y las armas listas en caso de cualquier cosa. ─ El hombre que iba hasta delante de ellos, cerraba los ojos y se preparaba para aceptar el inevitable hecho de que posiblemente se encontraba en un lugar que con certeza estaba plagado de nazis.

Ningún tipo de cerradura, no había nada más que solamente esos grabados extraños, siendo así; los hombres solo tuvieron que empujar ligeramente la misma. El frio de aquel hierro, era casi inexistente, como si no estuviese rodeada de hielo, eso les permitió poderla mover sin demasiado esfuerzo. Los subfusiles se prepararon para vomitar fuego en contra de lo que estuviese al otro lado; el momento era de tensión absoluta y los corazones de cada uno de ellos, así lo dejaban sentir.

Los ojos de los soldados se lastimaron al ver la resplandeciente luz que emanaba al otro lado de la puerta, ellos poco a poco la empujaban para evitar despertar cualquier sonido que pudiera delatar su posición, el avance fue muy lento, pero no fue hasta que la lograron abrir en su totalidad que la verdadera intensidad de la luz se manifestó. El destello fue cegador, pero jamás habría sido atribuido a lo que encontrarían detrás de la puerta.

Los ojos de los soldados tardaron algunos segundos en adaptarse a la luminosidad, pero como ocurre con el tiempo, fue inevitable que vieran aquello que la puerta les reservaba.

— ¡Esto no puede ser posible! — Smith fue el primero en exclamar.

— Es…simplemente… — Ashton, guardó sus palabras.

— Esto no puede estar aquí dentro, es simplemente una mala pasada de nuestros ojos. — Martínez, no daba crédito a lo que veía, así como también el resto de sus compañeros.

Nadie fue capaz de decir ninguna palabra adicional al ver el panorama lo que tenían frente a ellos, de alguna manera significó un descanso para los agitados corazones que se prepararon para la lucha y aunque así fue, eso no fue totalmente un descanso para su ya perturbada racionalidad. La luz desapareció y dejó ver un panorama blanco que alcanzaba casi cualquier lugar donde los ojos se posaran, al parecer alguna luz del exterior se filtraba por algún lado y permitía que se reflejara por el hielo como si fuesen cristales expuestos y refulgentes. No estaban seguros de que se tratara de otra cámara pequeña porque esta parecía muchísimo más grande y no se podía ubicar con facilidad su final, el techo era exageradamente alto y unas acumulaciones de vapor nublaban la visión de lo que pudiera ser el techo de la misma, en los costados, los bloques de hielo formaban las paredes y los límites de la cámara. En medio de todo, había un cumulo de hielo que podía fácilmente haber sido catalogado como un pequeño muro interior que dejaba abierta una parte central donde posiblemente se encontraba lo más importante dentro del lugar, claro si es que la nueva bóveda seguía los convencionalismos. El sitio era maravilloso, pero no se encontraron las cosas que todos estaban esperando, no había señales de ningún alemán ni de algún rastro de cualquier cosa que pudiera tomarse como un asentamiento militar, vaya, ni siquiera estaban las supuestas lámparas eléctricas que se suponía iluminaban el interior de manera tan eficaz, todas sus suposiciones eran incorrectas. Era extraño, aquella iluminación daba la impresión de ser proveniente de una fuente natural, pero no existía ningún indicio que la sala estuviese abierta al exterior ni tampoco de lo que estuviese alimentando la luminosidad.

Los soldados avanzaron ligeramente temerosos, el momento era

decisivo y si tendrían que combatir, ahora era la ocasión que estaban esperando con desagrado. El hielo del suelo era similar que el de la primera cámara, pero con una pequeña diferencia, este hielo tenía la apariencia de brillar por su blancura. Unos diez pasos fueron los que dieron hasta que se asomaron hasta los pequeños muros gélidos del interior, en medio de ellos, parecía que había algunas pequeñas salientes que perturbaban la continuidad de la perfecta capa de hielo blanco. Más allá de esa perturbación, se observaba algo más, pero por la densa neblina, nada podía asegurarse. Los uniformes, camuflados para el combate antártico, con mucho trabajo eran visibles, por lo que los hombres tenían que mantenerse muy cerca el uno del otro para evitar extraviarse allí.

— Miren, ¡Por allí! — Ashton, corrió hasta donde un brazo huesudo salía del hielo, a su lado un casco alemán se encontraba tirado, lo tomó y lo examinó a detenimiento, un impacto de bala lo atravesaba en la porción frontal — ¿Qué les parece?, alguien les causó algunos problemas a estos tipos.

— Otro de esos huesos, no entiendo como hacen esos nazis para meter a su victimas en el hielo — Martínez dejaba descansar sus brazos de su pesada carga y bajaba por momentos el arma.

— ¿Creen que se trate de un nuevo método de tortura? ─ Ashton, examinaba minuciosamente el brazo con la mirada.

─ Si así fuera, entonces explíquenme cómo es posible que no haya ningún alemán aquí. ─ Martínez, miraba a su alrededor, algo no estaba para nada bien.

─ Maldición, debe de ser como las cámaras de gas en los campos de concentración; esos hijos de perra. ─ Smith, ya estaba harto de no saber qué era el lugar donde estaba.

─ Tranquilo, no creo que sea una de esas cosas, si así fuera; hubiesen colocado más seguridad en la puerta de entrada. Yo creo que este lugar es… podría ser algo como un… la verdad no tengo ni idea para qué podrían necesitar los alemanes, un lugar así. ─

Martínez, ya no sabía qué tipo de respuesta ofertar.

— Debemos de volver y advertir a los demás sobre esto — Smith se dio la vuelta para regresar sobre sus pasos, pero la puerta se interponía en su camino y al parecer, ya no había vuelta atrás aparentemente pues el plan de la cámara era diferente al de ellos. — ¡Está cerrada esta maldita porquería!

Johnson se giró casi instantáneamente y quiso comprobarlo por sus medios; estaba cerrada. Los cuatro soldados golpearon y patearon la puerta hasta el cansancio, pero esta no se movía ni un centímetro.

— ¡Socorro! — Smith gritaba cerca de la puerta e incluso hasta le propinaba uno que otro golpe. ─ Ayúdennos por favor.

— ¡Cállate! No nos escucharan —Dijo Ashton después de algunos minutos de escuchar los incesantes gritos — Si sigues haciéndolo, solo atraerás a las Wehrmacht.

— No tenemos alternativa, ahora el camino es solo hacia delante — Johnson ayudó a Martínez a cargar algunas municiones —Debemos de apresurarnos si queremos encontrarlos primero, aunque… Con todo este alboroto, seguramente ya saben que estamos aquí. No les daremos el placer de capturarnos y hacernos prisioneros de guerra.

— No hay nada de qué preocuparse, siempre y cuando tengamos estos pequeños amigos — Ash, acariciaba su Thompson — Si aparecen ellos, los llenaré de agujeros — Recargó el arma.

— Al parecer, ustedes tienen demasiada confianza en que esos asesinos nos dejaran vivir sin ningún pretexto — Smith, decía sarcásticamente.

— No te… — Joe, quiso hablar, pero Smith lo interrumpió.

— ¡Mis hermanos murieron cuando la división aerotransportada intentó tomar nuevamente el control de Holanda! Los alemanes interceptaron un memo de directrices y descubrieron todo el plan desde antes de que los paracaidistas fueran arrojados y…

— Ya he escuchado esa historia — Johnson, colocó su mano en el hombro del soldado.

— Los mataron mientras caían del aire, les disparaban torrentes de balas desde el suelo donde las ametralladoras estaban montadas, fue como si… los asesinaron peor que a aves enjauladas. — Smith, soltó solo una ligera lágrima.

Las palabras del cabo no tranquilizaron a nadie, se encontraban totalmente asustados, aunque nadie de ellos quisiera aceptarlo, pero no existía ninguna acción que pudieran hacer más que seguir caminando y seguir las ordenes de Johnson, de todas formas, la presencia de Ashton tendría que servir de algo, era lo que pensaba el propio cabo y Smith. Cualquiera que fuera su destino, se encontraría delante de ellos.

CAPITULO ONCE

Las Wehrmacht de Adolf

David se mantenía frente de sus hombres, todos marchaban con los ánimos elevados después de la gran victoria que habían obtenido tan solo algunas pocas horas antes contra los alemanes, el escenario que les cobijaba era el de dos paredes enormes de hielo que generaban un tipo de cañón de coloración blanca casi azul, justo en ese instante lleno de algarabía entre los hombres, fue el momento en el que David escuchó disparos, el lugar de origen parecía estar cerca de su ubicación. Rex se echó pecho a tierra casi de manera inmediata al escucharlo, él sabía que tenía que adoptar mucha de la responsabilidad de los demás soldados ya que ellos estaban muy pobremente entrenados y una falla de ellos sería el final de su sección. Tomó su arma y se arrastró hasta tener una vista más clara de la encrucijada que tenían delante, el cañón había quedado atrás tan solo unos pasos. La imagen que vio era el de varios soldados enemigos, el corazón parecía darle vuelco tras vuelco con esa imagen, estaba totalmente paralizado.

<< Dios mío, hay muchos de ellos todavía >> pensó Rex.

Después de observar cuanto pudo, Rex regresó de la misma manera en la que había avanzado, hasta su posición junto a los demás soldados. Se incorporó rápidamente y se dirigió hasta donde David estaba, sus compañeros le veían extraño y era una acción comprensible porque el rostro Rex estaba tan pálido como la propia nieve circundante, pero con salpicaduras de sangre roja y seca.

— ¿Qué hay delante? — David susurraba al hombre paralizado.

— ¡Son las Wehrmacht! Todavía quedan varios de ellos, son toda una división. ─

— ¿Qué? No puede ser, pensé que la división anterior era todo lo que encontraríamos. Esta batalla no ha terminado entonces. — David, sintió que no podía deglutir su saliva por el gran nudo que se le había

formado en la garganta.

David dio una señal con el puño ante el cual todos prepararon sus armas. ─ Seguramente ya saben que estamos aquí, cuando vean lo que hemos hecho con sus compañeros… ─

Las Tommy Gun, como llamaban a ese modelo de Thompson, cortaron las municiones y tan solo un dedo les evitaba ser disparadas, una simple y pequeña acción estaría esperando para desatar el infierno sobre la carne de los hermanos humanos. David mostraba una cara de incógnita, parecía que lo que observaba no cuadraba con nada que el esperara y, aunque al principio solo fue él, la escena fue admirada por muchos de sus hombres. Antes de entrar en el combate, pararon un momento para cerciorarse si lo que estaban viendo, en verdad estaba ocurriendo.

A lo lejos, los alemanes disparaban contra algo, pero ni David ni Rex podían verlo a detalle, nadie dentro de la pequeña sección de soldados podía darse cuenta de lo que acontecía, pero no era normal que las Wehrmacht estuviesen atacando como desesperados a algún punto dentro del hielo, talvez eran los ingleses que se encontraban en el hielo atacándolos, pero, si acaso eran los ingleses ¿Por qué no habían planeado una acción conjunta? No sonaba lógico ni plausible, aunque en tiempos de guerra cualquier cosa podría suceder. No fue hasta que los soldados, al menos unos diez huían despavoridos de los enemigos que no se alcanzaban a distinguir, fueron dejando caer las armas, tanto largas como cortas, los aditamentos y demás equipo que les estorbara. Corrían en todas direcciones como si no tuvieran una orden clara o alguna idea para saber a dónde huir, incluso se deshacían de los abrigos que los hacía muy pesados para poder escapar. La situación era extraña porque, incluso después de pasado un tiempo y después de que los alemanes tiraron las armas, no había sonidos de otras armas que fungieran como sus persecutores, solo estaba el silencio y sobre él, los tenues gritos de las Wehrmacht que huían—.

— ¡Vienen para acá! ─ Los ojos del cabo se agudizaron mientras

intentaba develar más con los binoculares. ─ ¡No están armados, ninguno lo está! No abran fuego hasta estar seguros. —

— Pero, señor… — Un jovencito dudaba sobre las ordenes.

— ¡Es una orden, soldado! ─

Los pasos de los nazis eran erráticos casi como lo eran los del primer destacamento, pero estos ya no venían tan bien equipados como los anteriores y en su lugar se veían mucho más angustiados que los que les precedieron. Los hombres alemanes se aproximaron corriendo hasta donde los aliados se encontraban, uno de ellos traía un abrigo entre sus brazos y con él envolvía algo en su interior, debía de ser importante porque el soldado que lo cargaba, lo afianzaba fuertemente contra su pecho. Los alemanes pasaban al lado de los americanos, pero no les importaba para nada su presencia allí, aunque si les sorprendió verlos allí, pero no fue suficiente su sorpresa como para detenerse, por lo que pasaron corriendo a gran velocidad huyendo de cualquier cosa que fuera que les estaba persiguiendo.

— ¡Dejen que se vayan! — Gritó David. El soldado no tenía ninguna intención de volver a bañar sus manos con la sangre de los enemigos, al menos no de enemigos desarmados, de todas formas; esos hombres ya estaban derrotados.

— ¡Estas son idioteces! — Jacob, tomó la Thompson y sin dudarlo, abrió fuego y roció la muerte sobre los hombres que intentaban huir, afortunadamente sus disparos no alcanzaron a nadie en la huida.

— ¿De nuevo, soldado? Parece que no entiendes lo que significa una orden. — David, le arrebató el arma — Serás puesto a disposición del alto mando, pero de eso hablaremos al regresar.

Los alemanes pasaron apresurados junto a los atrincherados americanos y prosiguieron su huida, no les interesaba verificar las tácticas de guerra que dictaban que cualquier avance militar se debía dar en medio de una certeza táctica. Sin esperarlo, un sonido desgarró los nervios de todos los presentes, más de uno pensó estar muerto al escuchar disparos. David vio como Jacob había

desobedecido su orden nuevamente y abrió fuego a quemarropa contra los desarmados que corrían, esta vez, si había sido certero en su matanza. La sangre salpicaba el prístino color blanco del hielo. Los alemanes cayeron sin más remedio, algunos no estaban heridos de gravedad, pero la horrible sensación de ser alcanzados por una bala era suficiente motivo para dejarse caer ante una sola simple idea "morir es la mejor salida".

— ¡¿Qué haces hijo de perra!? ¡Estoy harto de ti! — David se levantó de donde estaba postrado. Avanzaba decididamente hasta Jacob, sus ojos reflejaban furia. Los soldados se arrastraban sobre su vientre ensangrentado intentando todavía huir de aquello que les perseguía, ahora también intentando huir de los disparos aliados, los finos detallados de la ropa de los nazis estaban empapados de sangre y desfiguraban aquellas bellas concepciones bélicas. David no terminó de alcanzar a su insubordinado soldado, cuando este puso una de sus botas en la espalda del soldado que aún se arrastraba para escapar de su destino, le colocó el cañón sobre la cabeza y sin ningún obstáculo o remordimiento, Jacob le voló el cráneo; la sangre empapó al propio asesino pringándole con gotas carmesí el rostro entrando, incluso en su boca, el hombre al que había asesinado era precisamente aquel que cargaba el abrigo con algo en su interior.

— ¡¿Qué demonios haces?! ¡Eres un estúpido — El cabo tomó por el cuello al soldado y lo azotó contra una pared de hielo, Jacob, perdió el equilibrio y rodó por el hielo, ¡David no iba a dejarlo así nada más y lo siguió hasta donde estaba para patearlo sin detenerse! Una y otra vez, las gruesas y pesadas botas del cabo se impactaban contra las costillas de Jacob hasta el punto de dejarle sin aire. —Esto, pondrá fin a tu maldita insubordinación — David, estaba a punto de asestar una patada certera contra el rostro del soldado, pero Rex evitó que aquello terminara en una tragedia.

— Cabo, por favor tranquilícese. Los alemanes son los enemigos, no nosotros. —Rex titubeaba, pero sentía que aquellos nazis no valían la pena para anteponerlos a uno de los de su propia compañía, incluso aunque se tratará del propio Jacob.

— ¿Ahora qué sucede? ¿No ves que esto es una tontería? Este hombre no entiende, ahora son ellos, pero quizás después también seamos nosotros.

— Creo que debería de venir a ver esto, dejé a ese hombre, ya ha recibido buen escarmiento de su parte. — Rex se incorporó y dio pasos en reversa, David dejó a Jacob no sin antes dirigirle un escupitajo hacia las botas y caminó nuevamente a donde Rex se encontraba, la emoción de haber golpeado a Jacob sin duda le había llenado el cuerpo de adrenalina y se sentía muy bien, pero de pronto un calor le invadió las piernas llenándole todo el cuerpo de una sensación extraña, era la primera vez que sentía algo tibio desde que llegaron a la Antártida. Por alguna razón que él mismo desconocía, dirigió su mirada hacia abajo, sus ojos vieron el suelo donde en cuestión de segundos, el blanco hermoso fue teñido de un color mucho más familiar para él, era el mismo rojo color rubí que antes vio en los cuerpos de los alemanes. Se desplomó sobre sus rodillas y allí pudo ver como los demás soldados de su propia compañía también caían a su alrededor como soldados de juguete, en ese momento el sonido que escuchaba no era más que un simple chirrido que dominaba sus cálidos oídos, no comprendía que pasaba con aquellos buenos hombres hasta que sus oídos se aclararon y pudieron dar paso a un entendimiento en su cerebro.

— ¡Ustedes son los bastardos! Hijos de perra que creen poderme atar como si fuera un perro, ¡Su perro! — Jacob, portaba un arma cuando se agachó delante de David y le escupió la cara — ¿Qué tal se sienten estas balas en tu cuerpo? — Puso su mano sobre una de las heridas sangrantes del cabo y le introdujo el dedo índice hasta el fondo, provocando un gran alarido por parte de David. Jacob, se reía una y otra vez del que fuese su superior, después de deleitarse un rato con él, sacó un cuchillo de guerra, lo observó y, sin dudarlo ni un momento, lo hundió profundo en la carne de David, le atravesó el tórax y la sangre del cabo recorrió su abrigo empapando todo mucho más de lo que ya estaba. Y sin más, cayó al suelo sin un solo suspiro de vida. Jacob se levantó, retiró el cuchillo con un poco de esfuerzo

por los huesos que aprisionaban las muescas del mismo y lamió la sangre en el filo del cuchillo. Rex se encontraba tirado también, pero parecía no haber sufrido daños en la balacera que acabó con los demás, su mirada intentaba buscar algún sobreviviente en medio de todos sus compañeros, pero nadie más parecía moverse, los disparos de Jacob habían sido certeros en alcanzarlos sin ningún problema. Rex no era tonto y trató de tranquilizarse para que su verdugo no se percatara de su situación, le convenía, obviamente, que no supiera que uno de los que él consideraba muerto, no lo estaba.

Jacob recogió el bulto que cargaba el alemán con tanto ahínco, lo descubrió de entre los ropajes y sintió que algo embargaba su corazón. Una luz azul muy intensa iluminó el rostro ensangrentado de su nuevo portador. Lo observaba sin cesar y decidió colocarlo en el suelo para apreciarlo mejor, era hipnótico y demasiado hermoso para los ojos simplones de alguien como Jacob. Un crujido alejó a Jacob de su embeleso, parecía venir de la dirección de donde los soldados estaban huyendo, era un sonido similar a varias ramas de árboles viejos crujir entre ellas por la acción del aire, era extraño. Rex también escucho el crujir del hielo, pero no hizo nada al respecto, el traidor todavía estaba demasiado cerca como para que él intentara alguna acción. Jacob mantenía la vista en el corredor donde escuchó el ruido, la profunda luz azul mantenía iluminado su rostro que ahora dibujaba una sonrisa sardónica, Rex estaba hasta delante de todos los hombres tirados y de allí no planeaba moverse, aunque el crujido se acercaba cada vez más hasta donde se encontraban todos. El hielo de una de las esquinas de las paredes del pequeño e innominado cañón vio como una mano aparecía lentamente ante él aferrándose a su lisa superficie. La mano no era para nada normal, no estaba enguantada y para nada estaba sosteniendo ningún artefacto en especial, esta, en lugar de eso era descarnada y sus huesos, que eran en extremo largos, se movían como si se tratara de una película en cámara lenta, movidos por alguna fuerza extraña para ellos. Después de algunos segundos eternos, a la mano le secundó un cráneo sin mandíbula que se asomó de entre el hielo, volteó su mirada, si es que se puede decir que aquel cráneo carente de ojos tenía alguna mirada,

hacia donde Jacob estaba acompañando del objeto que generaba la luz tan intensa. El cráneo, dejó ver el endeble cuerpo que le sostenía y de igual manera mostró algo demasiado peculiar en aquella barbarie de la creación, un cabello negro y largo que caía a los lados de la cabeza sin músculos o piel. Avanzó saliendo de la totalidad de la cobertura del hielo, su caminar era un poco dificultoso, pero quizás lo era por lo débil que se notaban esos largos huesos de las piernas, ahora podía verse con claridad de qué se trataba. La figura esquelética de un ser humano caminaba con rumbo hacía donde Jacob se encontraba, podría decirse que el esqueleto le pertenecía a una mujer porque tenía girones de tela de lo que alguna vez quizás fue un vestido, sus brazos largos y huesudos tenía una cantidad exagerada de pulseras y accesorios típicos en una mujer, pero esta mujer era demasiado diferente como para tratarse de algo normal, ella era enorme con sus aproximados dos metros de altura.

— Ja, ¿A ti es a quien tenían miedo estos infelices? Eres solo un montón de huesos pútridos.

El putrefacto y reseco esqueleto giró a verlo con más detenimiento y sus vacías cuencas oculares parecían observar lo que Jacob acababa de colocar en el suelo, era un cristal, tan azul como el propio mar.

— ¿Buscas esto? Ja, parece que, si ¿Acaso lo perdiste, esqueletito? —Jacob dio una patada al abrigo y consiguió descubrir en su totalidad su interior, era una piedra muy hermosa, era de un color azul intenso, parecía ser un tipo de corindón parecido al zafiro, pero los zafiros no brillaban de esa manera, de hecho, ningún cristal brillaba por su propia naturaleza —Oh mira, parece que alguien ha roto tu piedra a la mitad. No te preocupes amiga ya maté a los que intentaron quitártela, esos bastardos no volverán a lastimarnos.

La esquelética figura caminaba lentamente con los brazos extendidos y cada vez se acercaba más a la piedra que yacía a los pies del traidor, Jacob se aferraba con fuerza a la Thompson esperando a la acción que pudiera tomar su incomoda invitada. El cráneo sin la mandíbula del esqueleto, ya estaba demasiado cerca de Jacob,

cuando este dio un gran salto hacia atrás.

— Vamos maldita perra ven por él. Yo no soy un hombre como todos los demás —Sin esperar ni un solo momento más, el arma comenzó a vaciarse sobre aquella descarnada mujer, la piel seca que se adosaba a los huesos se partía con las balas, las profundas cuencas oculares se iluminaban mostrando el vacío dentro de ellas tras cada repetición del subfusil. El cargador se terminó por consumirse, Jacob tomó otro más y lo cargó en el subfusil, el tiroteo comenzó de nuevo, pero esta vez enfocó todos sus disparos contra el cráneo, este se hacía polvo con cada disparo, pero no era suficiente para detenerlo. Las balas volvieron a terminarse una vez más, pero esta vez no le quedaban más balas cercanas, empuñó su arma y propinó un golpe fuerte contra la cabeza del adefesio; no fue efectivo. Los brazos de aquel caminante se arrojaron contra Jacob y le estrujaron el cuello con una fuerza sobre humana, lo elevó por encima de su propia altura y con ello apretaba cada vez más la vía aérea del hombre hasta casi extinguir toda capacidad de respiración. Jacob pataleaba con vigor para zafarse de aquel ser, sus intentos eran infructuosos y la tensión en su cuello ya le restringía la entrada de aire fresco a los pulmones dificultando toda actividad de oxigenación. El cabello del esqueleto, un poco más largo que una brazada humana, empezó a enrollarse sobre sí mismo y al terminar de hacerlo se estremeció impactándose contra el abdomen de Jacob, el suave y débil abdomen de Jacob fue atravesado sin dificultad, el cabello se expandió dentro del abdomen y salió de la cavidad acompañado de varias vísceras con él. En ese momento Jacob dejó de luchar y dejó caer la Thompson que minutos antes había acabado con enemigos y aliados.

El esqueleto lo arrojó sin vida hacia el suelo. Se inclinó a contemplar la hermosa imagen del zafiro resplandeciente, retomó el camino hacia el cristal que brillaba en el suelo, su camino estaba libre y pronto tendría aquello que había deseado todo ese tiempo, eso habría ocurrido de no haber sido por Rex. El soldado abandonó la seguridad de su actuación y, sin dudarlo un solo segundo que dio una gran carrera para arrebatarle el preciado tesoro, seguramente aquel cristal

era tan valioso para el adefesio como para haber acribillado a toda una cuadrilla alemana en su búsqueda y persecución.

— ¡No lo tendrás, maldita aberración! —Le gritó al ser y corrió con todas sus fuerzas hacia algún lugar lejos de aquel ser, realmente no estaba seguro. Un grito horrible salió de la garganta vacía del esqueleto en señal de algún tipo de agonía, fue tanta la intensidad de aquel grito, que Rex perdió el equilibrio y tiró la gema. — Protégeme Dios mío, creador de todo en este mundo y dame la fuerza para pelear contra este enviado de Satanás. — No había tiempo para esperar a averiguar que había hecho aquel ser para hacerle perder el equilibrio, por ello se puso de pie rápidamente y recogió la piedra, la fractura parecía brillar más conforme Rex se alejaba corriendo. En ese momento parecía que no importaba el sitio al que se huyera siempre y cuando fuese lo más lejos posible de aquella abominación, además de poner a salvo aquel objeto por el cual estaba dispuesto a matar.

Rex corrió hasta que sus músculos no dieron más de sí mismos, su idea era regresar de inmediato al *Queen of the Seas* para mostrar su valiosa adquisición, pero había mil y un contratiempos, entre ellos la distancia y el pequeño detalle de la incipiente noche que pronto caería y volvería a volcar las penumbras en el paraje helado. Después de todo aquel enfrentamiento, su carrera terminó al encontrarse lo suficientemente lejos de la mujer esqueleto.

— ¡Dios mío! — Gritó al cielo — ¿Por qué nos has hecho esto? ¿En que hemos fallado a tu palabra? — Rex, lloraba y golpeaba el suelo una y otra vez. A su lado, el zafiro rompía la obscuridad que comenzaba a caer sobre del él. ─ ¿Qué cosa eres tú? ─

Rex, se levantó y se limpió las lágrimas después de no haber encontrado ninguna respuesta al tempestuoso cielo al que clamaba por una explicación de las aberraciones que había vivido él y sus ex compañeros, en su mente aún cargaba la imagen de sus amigos y camaradas mientras eran asesinados por el traidor de Jacob y a su vez todo este recuerdo se opacaba por la visión tormentosa de la mujer esqueleto, la sola imagen de sus cabellos rompiendo la piel de

Jacob, le causaba un pavor incontrolable y le provocaba sentir una terrible angustia por el solo hecho de no entender la presencia de un demonio carnal en la prodiga tierra de Dios, eso no importaba ahora, después de todo, sus compañeros ya estaban muertos. Rex, sabía muy bien que tenía que hacer algo para poder advertir a todos sobre la presencia del esqueleto, no podía esperar el momento de descubrir los secretos que guardaba aquel objeto, aunque, realmente eso había pasado a un segundo plano. Por ahora, solo debía correr y rogar al cielo no encontrarse nuevamente con la muerta y de esa manera evitar que obtuviera su preciado tesoro. Rex, corrió como si fuese un atleta con una gran antorcha azul en medio del hielo de la Antártida.

CAPITULO DOCE

Aguas y Hielos, DELTA

Ashton buscaba la fuente de luz que iluminaba la gran habitación, pero no encontró ninguna señal, en su lugar encontró un lago que se formaba detrás de los bloques frontales de hielo, esos bloques o paredes interiores de hielo eran los mismos que dificultaban la vista inicial de los soldados y que escondían aquel extraño lugar.

— ¿Un lago en este sitio?, ¿Cómo es posible? — Johnson se quitó el casco y se rascó la cabeza, el frio cesó por un momento. Martínez se agachó para verificar que aquella agua fuese líquido y no solo una ilusión óptica. Desnudó su mano y la sumergió en aquel líquido, era terriblemente frio, incluso más frio que el propio hielo que lo circundaba, pero era tan líquido como el agua común y corriente.

— Al parecer es agua… Dame tu cantimplora, Ash — Martínez, llenó ligeramente el recipiente y tan pronto como sacó el contendió lejos del lago, este se congeló casi de manera inmediata dentro de la cantimplora.

— No entiendo cómo puede existir agua líquida en este lugar, no tiene sentido y, peor todavía o más extraño, si es que así puede decirse, ¿Cómo es que se congela de manera inmediata al alejarlo del pequeño lago? Ni siquiera sabemos que tan profundo es. Este día ha sido una locura, y esto seguramente es una más de esas locas y malignas ideas de los alemanes. —Johnson no dejaba de afligirse por sus hallazgos.

— Algo debe de mantenerla en ese estado, debemos ver de qué se trata, quizás los alemanes trabajan en eso en secreto. Algún tipo de generador para derretir y desalinizar el hielo y el agua polar. Malditos, seguramente están tratando de atacar al mundo libre por medio del agua, son unos cerdos —Ashton empuño el fusil y siguió caminando. Mientras más minutos recorrían el salón, más se adentraban en la extensión del lago interior. Llegaron a una de las esquinas

redondeadas de aquel cuarto interior y, por ende, llegaron al mismísimo lugar donde el lago parecía tener su origen, aunque ya habían recorrido casi la totalidad del mismo, no dejaban de sorprenderse y más con lo que vino a continuación. Un resplandor brotaba debajo del agua que también cubría ese extremo, era un extraño fulgor que parecía desafiar las leyes de los estados físicos de la materia porque daba la impresión de atravesar el agua sin sufrir ninguna distorsión. Era una luz que salía del interior del agua, probablemente emitida por algún artefacto desconocido.

Ashton puso una bota en el interior del lago y después colocó la otra, era simplemente agua. Pateó el objeto que emitía un resplandor azul penetrante y este se movió sin ningún problema.

— ¡Muchachos!, ¡Encontré algo! —

— ¿Son los alemanes? — Dijeron los demás.

Se puso de cuclillas para alcanzar aquella piedra y la tomó con sus manos envainadas de sus guantes militares. Lo que emitía el resplandor no tenía un peso exagerado y no generaba ningún tipo de sensación en las manos de Ash. El tesoro era hermoso, su intensa luz cegó por un momento a los hombres que la admiraban y fueron precisamente esos ojos, las que volvieron a ver aquello que en algún tiempo no muy lejano fue deseado con tanto ahincó, era una piedra fracturada pero que no se limitaba a eso, de ella emanaba un azul tan denso como la misma agua que la contenía y la ocultaba. Mientras elevaba la piedra, algo cambiaba en los pies del soldado, el agua comenzaba a tornarse más densa, casi al punto de congelación. Ashton se apresuró a salir del agua, justo en ese instante, el agua se congeló, dio lugar a un hielo tan sólido como todo aquello que les rodeaba. Ash, salió a penas del agua y se acercó a sus compañeros para mostrarles el recién adquirido botín.

— Es hermosa en verdad, me imagino que valdría mucho si se cortara. A pesar de estar fracturada, seguramente nos darán buen precio por ella —Smith miraba hipnotizado — ¿Puedo cargarla?

Ashton le dio la piedra al soldado, este la sostuvo como si se tratara de un recién nacido, un bebé que resplandecía por todos lados.

—¿Qué está haciendo algo como eso aquí en medio de la nada? — Johnson, se preguntaba.

— Quizás, los nazis se rindieron y dejaron todas sus cosas aquí abandonadas, aunque… suena un poco tonto pensar en eso — Martínez, decía mientras la luz le mantenía totalmente embelesado.

No importaba, quien hubiese dejado aquella extraña gema en medio de la nada, sino que lo que más importaba ahora era que no estuviera rodeado de alemanes sedientos de sangre, en verdad aquello era una gran alegría y, sobre todo, un gran alivio para sus agitados corazones.

En medio de la transitoria calma, una sensación extraña se empezó a gestar en el lugar menos pensado de la economía del cuerpo de Smith, al principio sintió en la bota un roce, pero después sintió un fuerte agarre en todo el tobillo, era tan fuerte que sintió que estaba atrapado casi de manera inmediata. El soldado gritó del susto como si se tratara de una niña pequeña y dirigió la mirada a la base del suelo que pisaba, lo que vio lo dejó todavía más consternado. La bota de Smith se encontraba agarrada de la manera más vehemente por una mano de características humanas desproporcionadas, pero aunque era demasiado grande para ser normal, eso no era lo peor de todo, estaba totalmente putrefacta y con la piel con un aspecto cercano al del tejido momificado, los otros soldados rápidamente dispararon contra el hielo recién formado que previamente era el lago de donde salía el brazo que aprisionaba a su compañero, pero lo único que lograron fue fracturar el hielo para permitirle salir a lo que se encontraba debajo. Como si fueran dos pequeñas grúas, dos brazos elevaron un cuerpo desde el fondo del hielo y pusieron en libertad a su dueña. La apariencia del ser que se elevaba era la de una mujer con la piel pegada a los huesos, su apariencia era similar a un papiro arrugado sobre un bastidor de huesos que le sostenían como si se tratara de un viejo y maltratado hueso, lo más emblemático de aquel ser era su largo cabello que se retorcía sobre sí mismo y se mecía,

probablemente, por el aliento de los agitados cuerpos de los endebles humanos que se postraban delante de él. Los hombres mantenían la mirada fija en aquel ser que poco a poco se levantaba de su prisión gélida. Los cabellos de esta persona, si es que alguna vez lo fue, eran en extremo largos, pero no eran lacios como el de la que se había encontrado la sección Charly, no estos eran largos cabellos rizados y se encontraban finamente acomodados dentro de adornos dorados como si estuvieran agrupados para darle una apariencia más elegante que el de una simple cabellera desacomodada. La vestimenta de aquella mujer aún parecía conservarse en su sitio y mostraba la gala de la que alguna vez gozó en vida.

— ¿Es, es una mujer? Dios, qué maldito demonio nos hemos venido a encontrar acá — Martínez abrazó con más fuerza sus cajas de municiones.

— ¡Dios mío es enorme, es una abominación de Dios! Nunca creía que esas leyendas de las brujas de Hitler fueran reales —Johnson observaba el cuerpo macilento que se erguía delante de ellos y luchaba al mismo tiempo para moverse de la cárcel continua de su impotencia y sorpresa.

— ¡No se queden parados, dispárenle! — Ashton, tomó el subfusil que había dejado previamente y comenzó a disparar usando una sola mano para hacerlo — ¡Vámonos de aquí! ¡Corran por sus vidas!

Las balas se impactaban una y otra vez perforando los huesos como si se trataran de una fina hojarasca que, lejos de representar un problema para el cadáver, tan solo resentía muy poco los impactos de bala, no la dañaban. En cuanto los hombres comenzaron a disparar, la enorme sala empezó a iluminarse con las repeticiones de la Thompson.

— ¡No sirve de nada! ¡Toma esto maldita desgraciada! —Ashton, dio un tremendo golpe con su arma y dio una tremenda patada hacía la huesuda pierna de la muerta. Un crujir se escuchó después de la patada, el peroné del adefesio se había salido de su lugar y desequilibró a la mujer que avanzaba. — ¡No eres tan fuerte,

desgraciada! — Ash, no terminó de ver que su enemigo se encontraba en una posición desventajosa y arremetió contra ella con golpes certeros de su férrea arma y su enorme espíritu joven, hacía la cabeza de la cadavérica fémina. La gigantesca mujer, se sobrepuso a los golpes como si se trataran de una mera brisa veraniega, fue en ese instante en el que los cabellos comenzaron a arremolinarse en torno a ella y empujaron muy lejos a Ashton, el hombre cayó cerca de donde estaban sus compañeros, después de ayudarle a reincorporarse; los tres vieron como el cadáver reacomodaba su hueso dislocado y volvía a ponerse erguida para proseguir con su incesante y decidido caminar hacía los hombres. No era posible detenerla.

— No nos queda otra opción ¡Corran! — Johnson, gritó

— Y que lo digas, ¡Muévete! — Martínez y los otros empezaron a correr

Los soldados comenzaron a correr de regreso a donde se encontraba la puerta metálica, las pisadas sentían que se resbalaban a cada paso que daban. Cada momento que uno de los soldados se adelantaba al otro, este se detenía para darles cubierta por medio de disparos dirigidos hacía la muerte, los relevos en la cobertura se hacían para apoyar a cualquiera que quedara al final de la carrera. Las balas impactaban todos los sitios aledaños a donde el adefesio avanzaba, la puntería no era la mejor, y por obvias razones; el cuerpo inerte que avanzaba sin detenerse era alcanzado no en la totalidad de las ocasiones, pero a pesar de no tener una buena puntería por parte de los aliados, al menos uno de ellos tuvo un éxito poco esperado, fue uno de los disparos de Smith el que alcanzó a tirarle la mandíbula al esqueleto, dentro de las cuencas oculares vacías, ahora después de la acción, una leve llama de color azul pareció avivarse en respuesta del fatídico acto de Smith, con cada disparo se encendían aún más los ojos inexistentes del cadáver. Los hombres empezaban a desesperarse ya que no podían detener el avance del esperpento que deseaba alcanzarlos. Johnson ordenó a Smith a adelantarse para abrir la puerta que los llevaría de regreso al primer salón, mientras los otros tres se encargarían de rociarle todo lo que tenían a la muerta.

Smith se adelantó y haciendo un derrape alcanzó la metálica barrera y casi chocó de frente con la puerta, se aventó en contra de ella, pero la puerta no parecía tener planes de ceder en esta ocasión. Smith, golpeaba enardecidamente la puerta, la empujaba, pateaba y maldecía a cada momento que se encontraba frente de ella. Los disparos cada vez más cercanos le avisaban que pronto estarían allí sus compañeros, tenía que abrir la puerta a como diera lugar y ponía un mayor empeño para hacerlo.

<<Maldita puerta, muévete>> Pensó Smith, el soldado intentaba forcejearla, para lograr que se abriera, pero continuaba sin ceder. Mientras los intentos eran infructuosos, Johnson alcanzó el sitio y junto con el soldado intentaron derribar la puerta, pero no fue hasta que Martínez los ayudó con la hercúlea tarea, que la puerta al fin cedió. Ashton mantenía pequeñas ráfagas de disparos sobre el esqueleto caminante, ninguno lograba derribarlo a pesar de recibir los impactos en cada parte de su derruido ser.

— ¡Rápido Ash! ¡Por acá! — Martínez dio un poderoso grito al combatiente, Ashton cesó los disparos y corrió hasta la puerta y de un salto se arrojó dentro del pasillo que los había conducido hasta ese lugar, el golpe que sufrió fue sordo y un tanto doloroso al momento en el que sus costillas recibieron todo el peso del musculoso cuerpo que Ash tenía.

— ¡Cierren, rápido! ¡No tarda en alcanzarnos! — Johnson junto con Smith comenzaron a mover lentamente la puerta para cerrarla, Martínez auxiliaba a su amigo que todavía se encontraba en los suelos. La puerta estuvo a punto de cerrarse, y cuando estuvo casi cerca de realizarse esa titánica tarea fue cuando el brazo flaco de la mujer gigante se introdujo en un pequeño espacio antes de que la barrera metálica se sellara. La fuerza que ejercía la muerta era tan grande que movía a los dos hombres que intentaban luchar en contra de ella.

— ¡No dejes que nos gané, empuja más fuerte! — La segunda extremidad del esqueleto se introdujo en la brecha de la puerta, las

joyas que decoraban los huesos de los brazos relucían ante los angustiados ojos de los soldados que luchaban incansablemente. Las botas, se deslizaban en el suelo con cada uno de los intentos del cadáver de introducirse a clamar por la joya que cargaban los soldados entre sus brazos, su luz azul incontrolable seguía saliendo desde el interior del pasillo, junto a los hombres.

— ¡Martínez, ayúdanos maldita sea! —Johnson se había tirado al suelo para usar las piernas y ejercer más fuerza en contra de aquel ser. Joe Martínez propinó una patada a uno de los brazos y lo hizo retroceder. En ese momento aprovecharon para acortar la distancia del cierre, aunque ganaron algunos centímetros, la fuerza de su adversario no cedía ni por un momento. Ashton estaba semi consciente, el golpe que sufrió era más fuerte de lo que todos pensaron, nada de gravedad, pero en verdad le había arrebatado el aliento. Con el pasar de los segundos, Ash escuchaba como sus compañeros peleaban contra el extraño ser sin dar tregua, los sonidos empezaban a ser reconocidos por él, eran gritos y maldiciones, señal de una lucha sin cuartel. El recuperado hombre, se puso de pie con un poco de dificultad, se miró y tocó su pecho para intentar ponerle fin al dolor que le aquejaba << Seguramente me partí una costilla o dos >> Pensó.

— ¡Ashton, busca ayuda! —Johnson, gritaba desesperado.

— E- enseguida —Ashton, dijo con dificultad.

El soldado al ponerse de pie, volteó a ver a sus amigos que gritaban. Ash, dejó todo lo que tenía encima de sí, tiró una banda de municiones que cargaba, su radio y algunos otros artículos militares, tiró todo excepto el cristal, corrió hacia el largo túnel para encontrarse con los hombres que montaban guardia en el primer salón. Mientras avanzaba, los gritos de sus compañeros se hacían menos audibles, era un largo camino y tan solo podía esperar que sus amigos estuvieran bien hasta su regreso con algunos refuerzos.

Eran metros que parecían kilómetros mientras la entrada del túnel se empezaba a dibujar, las botas le pesaban, las piernas cada vez tenían

menos fuerza para correr. La luz de la entrada y sus escaleras empezaba a verse con claridad y fue, precisamente esa emoción, lo que le causó que perdiera el equilibrio hasta que cayó. El cuerpo de Ash, volvió a resentir el dolor de su pecho y la sensación de las astillas de la costilla rota, frotándose contra los músculos intercostales que se laceraban con cada movimiento del tórax. Ashton, vio como la preciada carga rodó junto con él, su mirada se dirigió al resplandor azul de la piedra que terminó de moverse a escasos centímetros de donde él estaba tirado, por la mente del soldado pasaba un sinfín de pensamientos de terror mientras veía aquella joya motivo de su actual persecución, él tenía que correr para pedir ayuda, era ese momento, quizás, el más importante de su vida y ahora, no solo su vida dependía de él, sino que también la de muchos otros. No había tiempo para sentir dolor, todo lo que quisiera hacer para salvar a sus amigos debía hacerlo ahora o quizás, no habría amigos que ayudar después.

CAPITULO TRECE

Convivencia

Aquellos que se quedaron montando guardia en el salón principal, mantenían una buena convivencia los unos con los otros, eran todos como buenos hermanos que comían de las mismas cosas y contaban anécdotas que hacían a la espera, ser un poco más tolerable. La situación parecía ser ordinaria y común en todos los aspectos, era una misión de vigilancia y era altamente probable que continuara de esa manera porque la avanzada del cabo Johnson no se había reportado con ningún tipo de incidente, muchos de ellos se preguntaban sobre lo que sus compañeros encontrarían. Los minutos se transformaron en horas y no existían noticias sobre los cuatro hombres que se adentraron en el estrecho túnel, esa pequeña entrada en medio de la habitación principal no era resguardada en demasía como lo era la entrada principal de ese reciento; la puerta enorme que encontraron primero. El ingeniero en comunicaciones no podía hacer contacto todavía con el barco y mucho menos con el otro equipo de soldados comandado por el cabo David, estaban incomunicados y sin ningún rastro de otra orden que seguir más que las que ya les habían instruido.

— Nada todavía, estas rocas deben de estar generando una gran interferencia en los radios. Es extraño que ni con toda la potencia podamos ponernos en contacto con Johnson y los demás, eso significa que no solamente nos enfrentamos a roca, sino que debe de ser algún tipo especial de componente dentro de las mismas, probablemente, magnetita. —Dijo el ingeniero a unos compañeros que se encontraban cerca.

— ¿No es la magnetita, el componente de los magnetos naturales? — Preguntó un ignaro.

— Es totalmente cierto, por cierto… ¿Alguien ha revisado las brújulas últimamente? — El ingeniero, sacó la suya que tenía muy bien guardada en el fondo de su equipo militar. La brújula estaba enloquecida. — Que raro, parece estar averiada.

─ ¿Averiada? Eso sería solo si se hubiese caído o algo así, esto no es normal. ─ Dijo uno de los que se encontraba allí cerca.

Los demás sacaron las suyas y constataron que la brújula del ingeniero, realmente no tenía ninguna avería, todas hacían precisamente lo mismo. Estaban imantadas por algún campo magnético demasiado fuerte.

— ¿Qué significa? Bueno, aunque lo supiéramos, no podemos hacer nada hasta que ellos regresen.

─ No debemos de darle importancia a algo que no entendemos ¿O sí? De todas maneras, no podemos hacer nada al respecto más que irnos de aquí. ─ Los soldados conversaban entre ellos.

Los hombres dejaron a un lado el tema de los magnetismos y se dedicaron a continuar la vigilancia en la entrada de la puerta y en el agujero del túnel, dos eran los frentes que debían de ser vigilados. La primera merienda sería servida por aquellos que la cocinaron, las delicias del mar que habían traído desde Ushuaia eran los manjares que degustarían los comensales, aunque con todo el limitado arsenal de instrumentos culinarios, no se podía pedir más que solo el hecho que la comida estuviese bien hervida y de esa manera evitar la disentería. Las centollas hervían en medio de una salsa de tomate finamente condimentada, estaba siendo reservada para una ocasión especial, pero por lo visto, el frio provocaba que los requerimientos energéticos de los soldados y exigía una comida alta en calorías, el guía proveniente del puerto, era quien se encargó de cocinar aquel suculento banquete. El frio daba la impresión de desaparecer en medio de toda la actividad que sostenían los soldados, la gran fogata también ayudaba a mantener el calor y sobre todo los ánimos de aquellos hombres que parecían niños divirtiéndose en medio de bromas y relatos de otros tantos.

La comida fue servida, los deliciosos cangrejos tenían abundante carne que arrancarle de sus enormes extremidades, era como comer un pollo completo, nada más que con muchísimo mayor contenido proteico, justo delante de aquel platillo, vieron con buenos ojos las

sugerencias de los guías quienes habían cargado con aquellos manjares desde Ushuaia y que habían dejado a un lado a las raciones militares con las que contaban, después de todo no eran tan apetitosas como esos cangrejos centollas. Los soldados desnudaban sus manos para disfrutar adecuadamente los manjares, la salsa invadía la totalidad de los dedos y palmas de los comensales y ellos a su vez no dejaban que este sabor se les fuera de su gusto, lo lamían como si no hubiese un mañana. Hasta la última centolla fue servida, todo el caldillo de tomate se terminó con aquellos que pedían una ración más. Los recipientes que sirvieron como tazones fueron apilados uno a uno en una esquina de la cueva para poderlos lavar y reutilizar posteriormente, fragmentos de hielo derretido se encargaron de lavar los utensilios utilizados.

Uno de los soldados que montaba la guardia en la entrada de la caverna principal, mantenía un fusil avocado hacia la entrada, su mirada tenía que mantenerse atenta en todo momento. Los ojos del soldado vigía de la puerta principal comenzaban a ser pesados y el cansancio empezaba a dominar sus parpados invitándole a cada momento a tomar partida en un sueño profundo y reparador. Quizás el sueño lo habría embargado de no ser por una mortecina luz azul que se aproximaba desde la entrada de la caverna. Los ojos del vigía se abrieron de par en par y las peores cosas pasaron por su cabeza. Sujetó con fuerza su arma, el gatillo sentía el temblor de sus dedos sobre él, el arma con dificultad podía apuntar.

— ¡Identifíquese! — Dijo en voz alta.

Nada sucedió.

— No lo volveré a repetir.

La luz se aproximaba cada vez más hasta el puesto de avanzada de aquellos hombres, el soldado responsable, Richard Cox dio aviso a sus compañeros. El periodo de reposo después de la comida se interrumpió ante la señal de alerta, en silencio uno por uno tomó las armas y se arrastraron pecho a tierra hasta una posición segura. Las Thompson apuntaron hasta la luz que avanzaba sin detenerse, el

momento se tensó al límite cuando una figura se dibujó delante de los presentes.

Tras la luz, una silueta.

Silencio.

— ¡No hay problema, es Rex! — Cox anunció a todos y con ello las armas bajaron de sus posiciones. —Vaya que nos sacaste un buen susto compañero.

Rex no respondió al saludo, en su lugar la luz escapó de sus manos y la dejo caer al hielo. Los pies del soldado se iluminaron, la mirada de sus compañeros se dirigió al sitio recién iluminado, algo era extraño, sus pies no tocaban el suelo.

— ¡Esta flotando! ¡Está flotando! — varios de los aliados dijeron en distintos tonos de conmoción.

— Dios mío, ¿Qué sucede? —Cox no daba crédito a lo que sus ojos miraban —Algo no está bien con él.

Las luces de las lámparas de mano se enfocaron al cuerpo, un brazo lo atravesaba por el abdomen, la sangre ya se encontraba congelada y no brotaba más de su interior, era tanto el estado de *rigor mortis* que, incluso el rostro de Rex parecía tener varias horas de fallecido; estaba totalmente congelado. El esquelético brazo sacudió el cuerpo inerte de Rex y lo arrojó ante sus compañeros, los rayos de luz de las lámparas aliadas siguieron el recorrido y no se percataron del momento en el que el macilento brazo tomó de nuevo el objeto que emitía luz azul.

— ¿Está muerto?, ¿Qué sucede? Dios mío… — Cox corrió hasta el cuerpo e intentó moverlo sin éxito, era un bloque de hielo por tan rígido que se encontraba. Las luces volvieron a apuntar hasta el sitio de donde fue arrojado el cadáver — ¿Qué es esa maldita cosa? — Los soldados se sorprendieron al notar que delante de ellos tenían a un enorme esqueleto de cabellos largos. Los corazones y las almas de los hombres de guerra, se congelaron y casi sintieron que el

mismísimo demonio les había arrebatado su aliento de vida. Hubiesen permanecido de esa manera de no haber sido por unos extraños sonidos que provenían del otro frente en la caverna, eran gritos.

— ¡Ayuda por favor!, ¡Ayúdennos, por el amor de Dios! — Ashton gritaba desde el agujero, su voz se hacía cada vez más intensa hasta que por fin logró salir apresurado del mismo, los tres hombres que corrían detrás de él también consiguieron salir de aquel sitio.

— ¡Dispárenle!, ¡Nos está persiguiendo! —Martínez, quien venía directamente detrás de Ash, gritaba sin parar. Sus desesperados gritos encontraron sosiego cuando uno de los compañeros tomó una granada de mano y le retiró el seguro, la tomó por un extremo y procedió a agacharse para aventarla dentro del agujero. La sorpresa fue tal cuando justo en el momento que el soldado aventaría la granada, el brazo esquelético alcanzó al hombre, que sería el salvador, jalándolo al interior del agujero. Ashton, Johnson y los demás vieron como el silencio se desgarraba por los gritos de aquel desafortunado hombre, la muerta había tomado al hombre junto con su granada. La granada explotó después de algunos segundos interminables; los gritos del soldado cesaron. Probablemente aquel era el fin de ese adefesio pues nadie hubiese resistido el embate de una granada de fragmentación, quizás lo era, pero no hubo tiempo para asegurarse que así fuera ya que los otros soldados que cubrían la entrada principal de la caverna abrieron fuego sin pensarlo en contra otro objetivo, se trataba de la asesina de Rex. Las ráfagas de balas dejaban iluminado el sitio con cada bala trazadora que se emitía. La situación se había llevado a los dos extremos de la cámara central de la caverna, una lucha en la entrada principal donde el cadáver de Rex estaba y la otra, en donde Johnson y los otros tres soldados acababan de salvarse, al parecer, del cadáver caminante de la mujer gigante. El resultado de la balacera fue el mismo que el que todos habían tenido previamente al enfrentar a aquel ser, no se logró derribar a la esquelética figura. Ashton vio como el frente de la caverna era asediado por otro de esos seres, no perdió tiempo y corrió a poner en resguardo el cristal que recuperó del lago. Justo iba a

colocar su piedra dentro del Jeep, cuando observó el cadáver de su amigo Rex que estaba tirado a tan solo algunos pasos en el pasillo en donde la mujer esqueleto estaba combatiendo los disparos de los aliados, el sentimiento de tristeza lo embargó, no sintió lástima ni se detuvo a pensar que debía de sentir a continuación, solo un terrible coraje que nubló todo en su mente, no dejaría que pasara aquello sin encontrar una acción de respuesta; era momento de la venganza. Aventó el tesoro al automotor, retomó unas granadas que encontró cerca de donde sus compañeros mantenían el frente. Se paró, vio las granadas como si tuviese ganas de desearles la mayor de las suertes en su camino definitivo contra la aberración, les quitó una a una el seguro y las comenzó a arrojar en contra del esqueleto. Los soldados que estaban cerca se arrojaron al suelo para evitar ser alcanzado por las esquirlas de las granadas mientras estas se impactaban contra la esquelética dama. Los trozos de hielo y roca volaban por el aire, producto de la estruendosa interacción de las granadas con todo lo que tocaban a su alrededor. Por un momento los disparos cedieron, por un momento no hubo nada que pudiera superar el terrible zumbido de las explosiones, en los oídos de los hombres. Todos estaban tirados en el suelo, a penas y uno de ellos fue alcanzado por una esquirla, pero sin complicaciones mayores. Cuando el tirador de primera, Ashton recobró consciencia de él, observaba que ya, al menos dos de sus compañeros, se encontraban acurrucados besando los crucifijos que cargaban dentro de capas y capas de abrigo, en ese momento no lo pudo entender. Todos los que estaban en la fila de defensa de la entrada principal, retomaron poco a poco la conciencia de su alrededor y volvieron a dirigir su mirada hacia su objetivo, estaba intacto. El desánimo que sintieron debió de ser comparable con una gran desesperanza, y mientras ese sentimiento se gestaba, no podían evitar ver a sus compañeros que se encontraban intentando pelear contra algo en el túnel interior de la cámara. Martínez y los demás ya habían optado por abandonar los esfuerzos de contención de la muerta y ahora corrían hasta la posición donde Ash se encontraba ubicado, cerca del Jeep de Cooper.

Todos formaron una línea de fuego que aparentaba ser imparable,

dirigirían sus esfuerzos contra uno solo de esos insultos de la creación, el esqueleto empezaba a perder velocidad a causa de perder una de las extremidades inferiores a causa de las granadas previas, pero aun así, una fuerza inquebrantable en su espíritu, si es que estas aberraciones tenían espíritu, le mantenía haciendo malabares macabros para alcanzar a los hombres que poseían la otra mitad de la piedra que ella cargaba entre sus larguiruchas y descarnadas manos. La batalla iba en buenos rumbos para ser ganada por los hombres, si una granada era capaz de arrancarle un miembro al monstruo, entonces eso significaba que era posible destruirlos.

— ¡Argh! ¡Dios!

Nadie supo de quien vino el lamento, no parecía posible que un lamento humano pudiera gestarse en medio de tan cerrada formación defensiva, pero todos voltearon instintivamente, la lluvia de balas se detuvo por un momento. La sangre volvió a esparcirse entre los presentes de entre algún punto que los empecinados ojos de los valientes, pero asustados, hombres. En esta ocasión el grito provenía de uno de los suyos, Martínez, quien era el hombre más retrasado en posición, fue alcanzado por el cabello ondulado del ser del túnel, le había alcanzado de una manera silenciosa tras haber sido estúpidamente dado por destruido, ahora mostraba esa esquelética mujer, que la granada que le explotó en el túnel no fue suficiente para macerarla ni un poco. Los hermosos cabellos, preciosamente adornados y ondulados, esos cabellos que ahora atravesaban el cuerpo de Joe Martínez, estaban empapados en sangre. La mirada de Joe, dio la impresión de ser la de un niño pequeño que se encuentra muy asustado mientras se observaba el abdomen por donde los cabellos se movían cuales serpientes en su nido, jadeantes y sedientas por su sangre. Joe, se desvaneció y finalmente respiró su último aliento de vida. Los cabellos de la muerta sin mandíbula se retorcían bañados en un festín de sangre que no tenía intención de abandonarle e incluso después de ser retirados del cuello de Joe, el cuerpo de uno de los tres amigos, cayó sin vida a los pies de su

verdugo. Las cuencas vacías de la hermosa aberración, se enfocaron en los aterrorizados hombres y les dirigió una mirada con aquellas pequeñas llamas azules dentro de donde debían de estar sus aberrantes ojos. Los soldados tenían ya dos problemas, dos muy grandes y delgados problemas.

— ¡Joe, por amor de Dios! ¡No te rindas, Joe! — Ash se hincó y vociferó. Intentó correr, pero fue detenido por sus compañeros.

— ¡Déjalo, Ash! No podemos hacer nada, está… — Johnson, fue quien le detuvo en su carrera. — ¡Sigan disparando!

— ¿Cree que estas malditas fueron las que atacaron a los alemanes? — Smith, intentaba hacer un poco de charla en medio del infierno.

— No lo sé — Johnson, disparó — créeme que no estoy seguro que estos seres puedan haber sido creado por los alemanes. Adolf es un demonio, pero creo que ni siquiera él tiene el poder de crear a estas monstruosidades, esto debe ser obra del mismo Lucifer.

La cadavérica dama, avanzó hasta donde los hombres intentaban controlar su miedo natural y su insoportable necesidad de correr lejos de allí, hizo un movimiento parecido al de un deportista que se preparaba a lanzar alguna jabalina, pero a diferencia de aquel noble deporte, ella tomó su pútrido cabello y lo arrojó contra los hombres, aquellos que se encontraban cerca fueron expulsados por los aires como si se tratasen de pequeños soldados de juguete. Los golpes fueron fuertes y sordos al momento en el que los bultos militares tocaron el suelo, los que sobrevivieron al terrible traumatismo ocasionado por los impactos, intentaron pelear con las armas que aún conservaban y abrían de nuevo fuego contra ellas… Era inútil

. Smith continuaba de pie junto a Johnson e intentaban disparar con las armas más dañinas del grupo, pero sin el suministro de balas que proporcionaba Martínez, las Thompson no podían continuar su derrame de fuego e inevitablemente permitieron el paso de los ahora dos entes hasta los desprevenidos aliados. Johnson intentó pelear con un fusil M1 Garand que se encontraba dentro de las reservas. El

primer disparo lo apuntó en contra del cráneo del esqueleto más destruido, esperó al tenerlo cerca para no fallar el potente tiro.

— ¡Tomen, desgraciadas! —Johnson, sintió el potente retroceso del arma golpear su hombro. Un trozo de cráneo voló por los aires, aunque no tuvo el efecto de detener al monstruo.

Smith, vio el intento frustrado de su superior. Los sentimientos enardecidos de él podían aflorar ahora con más fuerza y recogió el arma que Johnson dejó caer por la impresión negativa que forjó su intento infructuoso.

— Vamos a ver a que te sabe esto, maldito pecado del señor —Smith vio como las vacías cuencas se dirigieron hacia su ser. — Con esta arma, volaré tu maldita cabeza de una vez por todas — Accionó el gatillo; el arma no disparó… Estaba vacía. Smith sabía que aquel era su fin y tan solo cerró los ojos para esperar su final. El esqueleto lo acabó envolviendo en un festín de huesos y pelo hasta no dejar señales de vida en él. Johnson se encontraba atónito y quiso patear al ser que se encontraba cubriendo al que fue su subordinado, cuando se acercó al adefesio para propinarle senda patada, un calor le invadió el abdomen y le inmovilizó, dirigió la cabeza hacia sus costillas y barriga, y allí, tal y como su peor miedo indicaba que pasaría, vio como los finos cabellos adornados de la muerta sin mandíbula, atravesaban su ser. —Hijas de Satán, no vencerán la voluntad de nuestro señor todo poderoso, no… — Cada vez fue más lento su hablar, hasta que finalmente la muerte terminó por evitarle concluir su improvisado discurso.

Tras la muerte del cabo, todos los demás hombres intentaron seguir peleando hasta el final, pero uno a uno fueron cayendo víctimas de los extraños cabellos que les arrebataban la vida como si se tratara de lo más efímero de la creación del señor. Al final, lo que fue una gran sección de la división antártica de Estados Unidos de Norteamérica, se encontraba mermada al igual que las Wehrmacht de la poderosa Alemania Nazi.

Ashton fue el único que quedó en pie después de que todos los

hombres que alguna vez sirvieron a Norteamérica fueron masacrados, se detuvo un momento y observó su alrededor. El Jeep parecía un testigo mudo de todo lo acontecido, en su interior la luz del zafiro todavía resplandecía con fuerza, la puerta metálica también estaba allí, abierta en su totalidad y adornada en todo su paso por los cadáveres de los que eran un grupo de jóvenes soldados, dedicados y abnegados por su país. El panorama, era desolador, el ruido que existía solo era el del crujir constante de los huesos astillados avanzando hasta donde él se encontraba, pelear era una tontería, aquellos seres habían terminado con todos sus compañeros y resistieron todo lo que el humano podía ofrecer en cuanto a ofensiva. No solo hicieron trizas a todos los presentes, sino que demostraron su práctica invulnerabilidad contra las armas humanas. Elevó su mirada, el Jeep tenía la piedra aún envuelta en medio de un abrigo del ejército, los entes lo sabían y se dirigían hacia ese vehículo. Todos en la vida hacen algo estúpido alguna vez y ese era su momento, Ashton emprendió una carrera mortal contra sus adversarios para alcanzar el vehículo. Dio un salto con una agilidad abrumadora, ni el mejor de los gimnastas de la época pudiera haberlo hecho mejor, la única esperanza que ahora albergaba su corazón era que aquel Jeep arrancara sin contratiempos. Bombeó los pedales y comenzó la marcha casi de una manera mágica, el Jeep había despertado de su letargo. El pie del soldado se hundió hasta el fondo del acelerador y arrolló al más fino de los seres, la mujer de cabellos finamente adornados, voló por el aire mientras que la otra figura sufrió el paso de las llantas por encima de ella. El crujir de los huesos dio cierto aire de tranquilidad al prófugo, por un momento parecía posible destruirlas. Dirigió la mirada hacia la parte trasera del Jeep y vio tirado el cuerpo de las dos mujeres; las entidades reanudaron el movimiento. Ashton volvió a acelerar, en esta ocasión tan solo detuvo el vehículo a un lado del otro fragmento que previamente había sido soltado por el monstruo que había asesinado a Rex.

<< No las van a tener, malditos engendros>> Ashton extendió su mano para recoger la piedra que yacía iluminando el suelo y pronto fue depositada en el vehículo. Al tenerla en sus manos la arrojó al

asiento trasero donde se encontraba la otra, ambas dieron un pequeño chispazo al encontrarse nuevamente. Era obvio que las muertas deseaban las piedras fragmentadas que ahora estaban reunidas porque en ese momento emitieron un alarido de desesperación que era peor que el llanto desgarrador de algún tipo de animal. El pedal del acelerador se sumió hasta el fondo nuevamente, el rugir del motor aumentó y propulsó el carro hasta la entrada en tan solo algunos segundos. La entrada se agrandaba con cada metro que avanzaba el Jeep, cuando Ash pensó encontrarse fuera de peligro, fue cuando vio algo mucho peor que las dos muertas del interior de la cueva. En la entrada se erguían algunas figuras delgadas, eran más esqueletos, todos ellos con el característico cabello largo que llegaba hasta el suelo que pisaban. El Jeep no se detuvo a pesar de que fue embestido directamente por los macilentos cuerpos. En medio de huesos que volaban por los aires y crujidos que se desprendían de aquellos trozos fracturados, el auto por fin logró esquivar a sus perseguidores; Ashton no volteó hasta que se encontró lo suficientemente lejos del lugar. Llegados algunos cientos de metros Ashton detuvo el vehículo y por fin pudo voltear hacia atrás, los cuerpos se divisaban aun a lo lejos, pero no lo alcanzarían, al menos por un momento.

CAPITULO CATORCE

Redención

Las lágrimas se congelaban en las mejillas de Ashton, el acelerador había terminado de hacer su tarea, ahora solo tomaba un descanso de toda la masacre que acababa de presenciar. Tanta crueldad, tanta matanza, fueron suficientes para romper momentáneamente la voluntad de Ashton. El viento aumentaba la fuerza con la que soplaba, junto con él, la escarcha parecía congelar cada uno de los músculos de su rostro.

¿Qué puede pensar una persona cuando ha perdido a sus compañeros?, ¿Qué puede hacer un hombre cuando ha visto tanta depravación? Sin duda toda la alteración que aquello había provocado en su ser era un gran golpe para la sanidad de la maltratada mente del soldado. La única cosa que ahora podía hacer era tratar de pensar que podía hacer para escapar de su situación actual.

En un pensamiento rápido, Ashton tuvo la magnífica idea de regresar hasta el *Queen of the Seas*. La brújula con la que contaba no sería de gran ayuda ya que probablemente el frio había terminado por congelar los delicados sistemas que la conformaban. No parecía una empresa tan complicada y al menos en su cabeza no lo era. Alzó la mirada e identificó algunos peñascos que se vislumbraron con anterioridad en el camino, todo parecía un poco confuso ante la escasa luz que todavía iluminaba el paraje.

El Jeep fue acelerado hasta su límite, la velocidad no era en extremo alta, de hecho, parecería que un atleta en buena condición podía derrotar al vehículo. La escarcha saltaba a los lados del auto, la distancia ya era grande como para poder observar las escuálidas figuras. Cuarenta minutos fueron necesarios para dejar seco el depósito del vehículo. Ashton golpeó el volante en un arrebato de rabia, este no cedería jamás de su posición. Tomó el abrigo en el cual cargaba la piedra del lago y la reunió con la otra gema fragmentada, por un momento pensó que podía unirlas y esperar alguna clase de

reacción como la primera vez, después de todo, lo que había visto superaba cualquier magia. Nada sucedió. Las dos piedras eran cargadas en el abrigo mientras Ash registraba los suplementos que viajaban con el Jeep. Un abrigo adicional fue usado por el hombre, así como también una recarga completa para una Thompson que también viajaba de repuesto en el asiento trasero.

En el horizonte se podía distinguir la silueta grisácea de la embarcación, las luces aun no estaban prendidas y esto porque el sol en el otro extremo todavía proporcionaba una leve tonalidad de luminosidad. Corrió lo más rápido que pudo, hacer malabares con armas y gemas no era una tarea fácil, pero sin duda era fácil si lo comparaba con intentar pelear con aquellos seres.

El barco cada vez se encontraba más cerca.

— ¡Lewis!, ¡Ford! — Los gritos de Ashton resonaban en todo aquel sitio, el alivio por fin regresaba a su alma. Ante el sonido los hombres aparecieron en la cubierta del *Queen of the Seas*, el latido del soldado ahora ya podía disminuir, seguramente Lewis, quien era un gran guerrero podía terminar con aquellas cosas al usar algún lanzacohetes o algunas granadas; era bueno estar de nuevo con la compañía principal. La marcha de Ashton continuaba sin detenerse, pero algo provocó que sus pasos se anclaran al suelo nuevamente. Los hombres en el barco parecían un tanto más callados de lo normal, tan solo estaban allí, parados en medio de la penumbra que estaba a punto de caer sobre de ellos. Era demasiado extraño que le estuviesen esperando parados sin darle la bienvenida.

<< ¿Podrá ser acaso?>> Los ojos se le abrieron más al notar que sus compañeros no lucían con los abrigos habituales, vaya ni siquiera se observaba que el campamento estuviera en una buena situación, todo estaba regado y tirado. Los soldados no parecían ser los de siempre y no daban la impresión de ser ellos mismos, en su lugar las figuras esqueléticas se erguían sobre la cubierta del barco, no eran sus compañeros. Eran las mujeres descarnadas.

— ¡¿Por qué Dios mío?! —Dejó caer su cuerpo sobre sus rodillas, y

con él, todo lo que cargaba — ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué no has hecho nada para ayudarnos? ¿Por qué no mandas uno de tus ángeles a terminar con estos demonios?

Los esqueletos le miraban inmóviles, como si esperaran que algo pasara. Las cuencas de las mujeres se iluminaron cuando el abrigo que Ash cargaba, mostró parte de las gemas ocultas en su interior. Como si fuesen atraídas por aquel inusual zafiro. Los cuerpos inertes comenzaron a trasladarse hasta donde el soldado tiraba lágrimas que rápidamente se convertían en gotas congeladas, su paso era lento y lúgubre, decenas de pisadas se aproximaban hasta el hombre que sufría y clamaba al cielo por ayuda. El sol agonizaba en el horizonte y con ello los cuerpos muertos mostraban la chispa azul dentro de sus cuencas vacías, los largos cabellos se arrastraban sobre el hielo y lo acariciaban como el viento acaricia a las flores. Ashton había perdido toda la esperanza, ya no tenía caso pelear ni huir, todo estaba dicho. Sus ojos se encontraban cerrados con fuerza y solo esperaba lo peor, no pensaba en abrirlos por ningún motivo, aunque el sonido horripilante del crujir de los huesos le obligó a hacerlo. Al abrir sus ojos, los esqueletos gigantes estaban rodeándolo, la más hermosa de aquellos adefesios del señor, de alguna manera había llegado rápidamente hasta el lugar donde él se encontraba, no había sido posible dejarla atrás porque de alguna manera o por algún tipo de magia, se había desplazado hasta aquel lugar de una forma extraordinariamente rápida, estaba allí mirándole con ojos vacíos y tan solo se encontraba allí parada sin un pedazo de su mandíbula y acompañada de sus finas vestiduras y adornos que estaban colocados por todo lo largo de su cuerpo.

Su cuerpo estaba dotado de una vida extraña, tal como si no solo el ente tuviese vida sino que también cada parte de sus derruidos huesos, estaban llenos de pedazos de piel que se desplazaban por todo lo largo de su cuerpo y mostraban aquel mosaico de epidermis acartonada y papirácea.

Enrolló sus cabellos, como lo hizo previamente, preparándose para terminar con la vida del sacrílego ante ella. El fin de Ash era

inminente, nada podía escapar a aquellas abnegadas mujeres, cada paso que daba por sobrevivir, se sentía dentro de su corazón como una caminata inservible en contra del reloj que tenía los minutos contados en su pequeña y efímera existencia.

Justo en el momento en el que los cabellos se estremecerían contra Ashton, un poderoso rayo de luz apareció súbitamente encima de él, iluminando al soldado como a sus agresoras por igual.

<< Gracias señor, no me has desamparado. Gracias>> Los rayos que emanaban desde el cielo se asemejaban al que los mismos ángeles proyectarían en caso de estar descendiendo a la Tierra.

La vista de las mujeres buscó el origen de la misma y ante sus miradas la luz se incrementó drásticamente un segundo. Ashton quedó cegado ante ese nuevo destello, abrió lentamente los ojos y los cubrió con su mano para ver el nuevo escenario, esta vez era distinto. Algo se encontraba en el cielo y proyectaba esa luz hasta donde él estaba, era demasiado impresionante para poderlo entender, pero lo era todavía más aquello que se encontraba frente de él y que ahora encaraba a las muertas. Una enorme figura humanoide se encontraba de pie y le daba la espalda, las horrorosas mujeres detuvieron un momento su caminar. Este ente no era esquelético, pero tampoco parecía nada que hubiese visto con anterioridad porque en realidad era demasiado extraño aún más de lo que resultaban los cadáveres caminantes. Su altura era por mucho, superior al de cualquier hombre que pudiese recordar Ashton y además de su ya enorme altura; su ropaje no lucía como si fuera ropa sino más bien como un cascaron duro y reforzado que era gris como el metal, una especie de casco le cubría todo el cráneo y un tipo de mangueras se insertaban en el sitio donde debería estar la nariz y la boca, resplandecía como si la misma plata le conformara en totalidad y, además de lo ya extraño de su apariencia, era su altura la que quizás llamaba más la atención ya que era de unos dos metros y medio aproximadamente; era ligeramente un poco más alto que los cadáveres que tenía frente a él. El susto fue grande y su instinto fue aventarse lejos del ser, no era el ángel que con tanta fe estaba esperando, sus botas intentaron alejarlo de aquel

sitio, lo hizo mientras cargaba todavía las dos piedras envueltas en el abrigo. Los ojos de Ashton, vieron como aquel caballero de plata se erguía por encima de sus perseguidoras, era su estado fornido el que probablemente intimidaba a las muertas que ahora detenían su paso cadencioso.

Al ver a este tipo delante de ellas, las mujeres se lanzaron en contra de él en medio de un frenesí de golpes y alaridos de dolor que eran parecidos a ruidos de animales salvajes que estaban sedientos de sangre. Las esqueléticas mujeres lo envolvieron como habían hecho con los humanos tiempo atrás, pero a diferencia de los tripulantes de la embarcación aliada, este ser las arrojó lejos con la enorme fuerza de la que disponía, rompía los mechones de cabello como si se trataran de pedazos de papel y con ello no lograban apresarle. A más de una le rompió la totalidad de su cabellera y destrozó a algunas más con una fuerza que era increíble, los enormes cráneos de las descarnadas, no soportaba el embate poderoso de tan excepcional ser. El contraataque estaba planeado por la horda, pero justo en el momento en el que se lanzarían de nuevo en su contra, el ser elevó una de sus manos y emitió una luz que las barrió totalmente, hizo sus frágiles huesos polvo con la acción de algún tipo de arma de concentrado de energía y fue solamente de esa manera en la que la gran cantidad de descarnadas fue reducida; hizo lo que las armas humanas no pudieron hacer en los enfrentamientos previos. Aquello daba la sensación de ser algún tipo de fuego concentrado que quemaba hasta las cenizas, evaporaba a sus enemigos y, lo más importante de todo, detenía a las imparables maquinas asesinas que eran esos cadáveres. Ash todavía se encontraba atónito por lo que presenciaba y daba gracias al cielo por encontrarse lejos del rayo, aunque eso no le sirvió para esquivar en su totalidad la temperatura cálida que emanaba del rayo; por primera vez en mucho tiempo por fin sentía un poco de calor en medio del gélido continente.

Una tras otra, las esqueléticas fueron desapareciendo producto de la ruptura indiscriminada de sus cuerpos. Al final solo quedaba la más bella de todas, esta era diferente a las demás seguramente, además

de ser la propietaria de uno de los más hermosos cabellos de entre las muertas, su fuerza y altura era mayor que la de las otras. Se lanzó nuevamente en contra del ser del cielo, la mano del ser intentó reducirla a cenizas y vapor, no tuvo el efecto deseado por lo que un golpe de la muerta lo derribó por los suelos y lo dejó a merced de la que daba la pinta de ser la lideresa. El cuerpo del ser se azotó por el suelo congelado y lo fracturó en señal de su enorme peso cayendo en él. La muerta no dejaría que eso se quedara de esa manera, se lanzó en un arranque de odio y violencia contra el ser plateado y chocó de frente con él, le derribó y ya en el suelo lo golpeó una y otra vez con sus huesudos brazos. Cada golpe parecía que se hundía con fuerza en lo que era la estructura similar a un casco del hombre plateado, por primera vez durante todo el combate, el hombre gigante y plateado; daba la impresión de temer por el ataque estaba recibiendo y no era para menos pues en menos de unos cuantos golpes, su armadura ya aparentaba estar tan dañada que en cualquier momento podría abandonar a su portador, el antropomorfo. Por un momento forcejearon, la pelea comenzaba a ser desfavorable para el visitante quien no podía dar respuesta favorable a los golpes que se le asestaban una y otra vez, no solo era un adversario formidable por su fuerza sino que también su velocidad, sus movimientos, sus articulaciones diferentes y esa manera de planear ataques muy imaginativos; eran las cosas que estaban llevando al pesado hombre plateado a replantear la idea de que fácilmente podría vencer a este podrido cadáver. Su armadura, si es que se podía llamar de esa manera a la coraza que portaba, empezaba a abollarse por la fuerza de la muerta, intentó correr para tomar impulso y arrojarse de frente en contra de su enemiga, pero justo cuando lanzaría el ataque; los cabellos de la descarnada se colocaron entre sus pies y le propiciaron perder el control. El largo cabello de la mujer, se puso rápidamente alrededor del cuerpo del visitante, lo apretó de tal forma que se podía escuchar cómo el rechinar del metal empezaba a brotar del agarre, era impresionante ver cómo solo el cabello de la mujer podía elevar por las alturas a la criatura de color plateado y, aun así, con todo y el poder de hacer tales proezas, la descarnada tenía el resto de su

cuerpo libre para avanzar y posicionarse justo hasta donde su presa se encontraba. Su largo y enorme mano llena de uñas largas como garras, se incrustó en repetidas ocasiones en el abdomen del visitante hasta que por fin le atravesó sin dejarle más que su blando cuerpo descubierto ante sus ataques, aquello era el comienzo de la muerte del que aparentaría ser el salvador del hombre que todavía les sobrevivía a sus compañeros del ejército. La fuerza de esa descarnada excedía por mucho al de las del resto de cadáveres además de la tremenda agresividad que mostraba reflejada en lo horrendo de su rostro, era algo que podía entenderse de alguna manera extraña de entre toda la piel seca y frio de la cadavérica aberración. Por más patadas que daba el visitante del cielo, ninguna de estas lograba asestar un golpe certero a su enemigo y en su lugar, por desgracia para él, le costaba energía para mantenerse vivo, eso le empezaba a costar sus energías y probablemente no le esperaba ningún otro final más que el mismo que cursaron todos los hombres que pagaron con su vida sus enfrentamientos con las descarnadas. Ashton no podía quedarse de brazos cruzados, su salvador estaba en riesgo, si él perdía, seguramente el moriría. Tomó su arma y la apuntó contra la descarnada.

— ¡Toma esto maldita perra! — La Thompson se descargó en el tórax de la mujer, uno de sus brazos se aflojó de la caja torácica y le dio la oportunidad a su salvador de zafarse del agarre mortal. La esquelética cayó y el hombre de plata se puso de pie nuevamente, se dirigió a donde su contrincante se encontraba. La mujer no se dejaría vencer sin un esfuerzo más, lanzó sus cabellos rizados en contra del ser envolviendo su cuello, el agarre mortal fue exageradamente fuerte que, incluso el fornido hombre, terminó por ceder ante su intento de quitarse esos cabellos. La muerta agitó sus cabellos y con ellos al hombre del cielo, lo impactó repetidamente contra el hielo, lo golpeaba repetidamente hasta el punto donde su apresado enemigo no parecía que tendría una segunda oportunidad para poderse reponer. El visitante se llevó las manos al cuello en un momento en el que la muerta dejo de azotarlo, fue un respiro para él. Tomó el cabello de la muerta, en ese momento una apertura en su traje le entregó un arma,

se trataba de un instrumento parecido a una daga con un mango en forma de serpiente. Los hermosos rizos se partieron por la mitad y por primera vez, una de ellas emitió un rugido diferente, era un grito de dolor. El sonido era espantoso, capaz de helarle la sangre a cualquiera. Con la mujer retorciéndose en el suelo, el visitante extendió su brazo y una vez más el rayo salió de su palma, el cráneo que alguna vez resistió los disparos de los hombres, ahora estaba siendo quemado por el potente rayo, Ash, apenas daba crédito a lo que sus ojos veían, ese artefacto se encontraba destrozando cada uno de los accesorios que adornaban el cuerpo de la muerta, no hace falta mencionar que la cabellera se tostó casi de manera instantánea quemándola hasta vaporizarla. El esqueleto quedó desnudo después de la incineración, pero este cadavérico ser era sin duda mucho más resistente que el de las otras. Hizo un intento más por reincorporarse, apoyó sus brazos y dirigió la mirada hasta su enemigo. El plateado no esperó demasiado y tumbó de una poderosa patada a la muerta, el crujir de los huesos resonaba por todo el desierto helado. Estando en el suelo, pisó en múltiples ocasiones el cráneo de la mujer, su mirada llameante de color azul se extinguía con cada pisada sobre de ellas. Una última arremetida, terminó por romper el cráneo hasta reducirlo a fragmentos; la luz de los ojos vacíos no brillaba más, la vida que mantenía en movimiento a aquel cadáver le había abandonado.

Todo quedó en silencio, la luz cegadora cambio su posición desplazándose a una zona más retirada. El ser volteó a ver al soldado, Ash casi da un grito mudo al ver que su salvador no tenía ningún rostro y en su lugar la cobertura metálica lo cubría, jamás había visto algo igual. El terror volvió a apoderarse del aliado cuando el visitante se dirigió hacia él, extendió la extremidad como señalándolo. Ashton pensó que era su final, pero nada pasó. Abrió los ojos y vio como el ser recogió el abrigo, sacó las dos gemas y se despojó de la prenda humana. Se dio la vuelta ya con las piedras en su poder y se dirigió a la luz; esta, por su parte, disminuyo la intensidad de su fulgor y se abrió por la mitad como si se tratara de una compuerta. Ash hizo un esfuerzo por ver dentro de la luz y lo que notó fue un vehículo similar a un submarino, sin ventanas ni ruedas y

mucho menos alas. Cuando el ser hubo entrado por completo al vehículo, este cerró la compuerta y, sin hacer ruido, se elevó del suelo, la forma del vehículo ahora se distinguía con más facilidad, parecía un cigarro de metal, un cigarro demasiado largo. En tan solo dos parpadeos el vehículo se elevó vertiginosamente, se detuvo un momento en el aire y, sin más, desapareció mientras se elevaba cada vez más y más en el infinito cielo.

Ash quedó sumido en la penumbra, el viento soplaba con fuerza y chillaba en forma de un lamento. No quedaba nadie más que solo él en aquella escena. Vio a su alrededor y los fragmentos óseos estaban esparcidos por todos lados. Todo era desolación, no había más que hacer así que se puso de pie y recogió su arma, se dirigió al barco que yacía en total obscuridad para intentar verificar si todavía podía hacer algo para ayudar a alguien que quedara con vida. Movido más por la voluntad que por la fuerza, alcanzó la cubierta. Los cuerpos desmembrados de la tripulación se encontraban regados por todos lados. En medio de toda la sangre, Ashton se abrió camino hasta una zona despejada, se agachó y se recargó contra una de las frías paredes metálicas del buque. Al principio, bramó, gritó, insultó y lloró; cada emoción a la vez, no sabía que era todo lo que había pasado en aquel lugar y la fuerza ya no le daba para intentar explicar lo sucedido, es más, tampoco tenía la energía para intentar hacer algo para poner a salvo su endeble vida. Mover el barco era una tarea imposible par aun único hombre y tampoco le encontraba el caso a pedir ayuda por las radios, no existía nadie a miles de kilómetros que pudiera ayudarlo. El tiempo pasaba y ahora, por fin, pudo darse un tiempo para sentir su cuerpo y sus gritos de ayuda. Ashton, no fue inmune a todo lo acontecido, en un momento notó que un charco de sangre en la base de sus piernas se hacía más grande a cada momento, era su propia sangre que escapaba de su cuerpo. La herida era una esquirla de granada que se encontraba perforando un vaso sanguíneo en la pierna, ni él mismo sabía cuánto tiempo llevaba con esa herida tirando vida, era probable, y lo más seguro que así fuera, que la tenía desde la caverna; ahora no importaba más.

<< Dios sin duda envió a uno de sus ángeles para salvarme>> Se arropó con su pesado abrigo y abrazó su arma. <<Dios me ha salvado hoy, pero se le olvidó regresarme a casa… Así ha sido su voluntad>> Pensaba.

Los minutos pasaban, o quizás eran horas, el tiempo no importaba ya, era relativo y era un compañero escurridizo y desleal, lo único de lo que estaba seguro era de la existencia del silencio; amigos desleales, el único que podría llamarse, su compañero, era el tibio sonido de su corazón, pero al igual que un buen orador, este, comenzó a cansarse de hablar hasta que finalmente sus cálidos latidos dejaron de parlar y solo musitaban palabras de agonía y esperanza.

Ashton echó la cabeza hacia atrás, su pecho no dolía más, la sangre no brotaba más. Abrió los ojos lo más que pudo para observar las estrellas, que por primera vez brillaban en aquel gélido destino y que seguramente eran el hogar de los ángeles, los ángeles de Dios.

FIN

EPILOGO

Reporte de guerra.

El aire nunca se cansaba de soplar, era tan fuerte que provocaba que sintiéramos como pellizcaba las mejillas de todos aquellos que nos encantábamos en su camino. Era totalmente inverosímil pensar que el *Queen of the Seas* pudiera hundirse ante las imponentes olas que lo azotaban, era un gran barco que reflejaba muy bien nuestro espíritu, el espíritu americano. Nuestra tarea era más sencilla que la de otros hombres que arriesgaban su vida en combates en las porciones de macizos terrestres en Europa, aquellos días que han marcado la historia de nuestra vida como la de aquellos que sabrán todo lo que aquí ha sucedido, casi llega a su fin. El frio era de las cosas que más nos atormentaban, mis manos padecían una coloración parecida a la del azul. Blancas y pálidas, mis extremidades se sentían adormecidas tras cada segundo que el avance de nuestra unidad realizaba. Realmente me hubiese gustado quejarme de la situación, pero los hombres no pueden ver a sus oficiales llorar por una nimiedad como esa.

Mis compañeros y yo hemos estado trabajando duro a bordo de nuestro barco, recibiendo órdenes a diestra y siniestra, no son ordenes que sean difíciles de acatar ya que a pesar que nuestro papel como aquellos grumetes del más bajo rango, nosotros también nos encontrábamos gustosos en realizar cada una de las tareas que facilitaran a nuestra embarcación a su destino, la *Queen of the Seas* era un maravilloso navío hecho de innumerables restos de otras naves aliadas que habían sucumbido ante el poderoso embate de los submarinos Alemanes.

Hace algunos días había llegado hasta nuestra ubicación, cercana a las costas argentinas, una transmisión que seguramente tenía miles de kilómetros en su haber y que seguramente provenía retransmitida desde los Estados Unidos donde se nos reveló una noticia que muchos decidimos creer con un fervor indomable; la noticia no podía ser otra más que el anuncio de la entrada próxima de nuestros

hombres a las regiones del norte de Francia. Era un momento extasiante, posiblemente el avance de los aliados en el macizo europeo, era la mejor noticia que todos podríamos recibir. Por primera vez, los aliados volvían a tener presencia en la porción continental de la guerra. El costo fue muy alto, el desembarco de Normandía no se olvidará fácilmente en años venideros.

Las noticias nos ponían contentos ya que acabarían con años de lucha y muerte, sin embargo, a su vez ponía en duda nuestra misión; la búsqueda de nuevas bases alemanas en la Antártida, era algo difícil de creer, pero era muy factible de ser verdad. El alto mando americano no tenía ningún problema para enviar a un grupo de reconocimiento y acción rápida; éramos nosotros los elegidos. No se conocía muy bien los detalles que nos habían llevado a esa misión, pero incluso se llegaron a mantener versiones que afirmaban vehementemente que el dirigente de los alemanes, Adolf Hitler, había sido visto en algunos puertos de América del Sur y que, probablemente, estaría supervisando alguna nueva edificación bélica en el continente antártico.

Su jefe militar, el de los alemanes, quien era fácilmente reconocible en todo el mundo, no solo por su brillante genialidad bélica sino también por sus ropajes icónicos y bigote ridículo, había realizado personalmente viajes hasta aquel continente desierto, según las versiones no aclaradas, y sus motivos, de ser ciertos, variaban enormemente según las versiones que se escucharan. Unos decían que buscaba armas especiales en el fondo del hielo, pero otros más decidían creer que aquel estéril sitio albergaba una base secreta donde el Führer probablemente escondía maquinas bélicas preparadas para recibirlo en caso de perder terreno en el viejo continente. Existía de igual manera una tercera versión que era la menos apoyada, en ella, Adolf, era imputado de mantener tratos con seres sobrenaturales y encontrarse tras viejas reliquias del mundo antiguo. El propósito, según se argumentaba, era el de utilizar el poder de míticos instrumentos para inclinar la balanza de la guerra; balanza que se estaba empezando a inclinar en su contra.

De cierta manera odio a los argentinos que dieron el “supuesto” aviso de la presencia de los alemanes al sur de su país. De no ser por ellos, no habríamos abandonado la seguridad de nuestro qué hacer diario.

Fuese lo que fuese, nosotros teníamos la obligación de desmentir aquella creencia que se había regado entre los marineros de distintas embarcaciones en Sudamérica, rumores que afirmaban haber visto un enorme submarino con los colores alemanes; ninguno tenía pruebas que demostraran sus avistamientos por lo que algunos de los informes quedaron en palabrerías de viejos hombres de mar alcoholizados. Pero, alguna vez rezó un viejo dicho que oraba: “Jamás creas todo o nunca creas nada, la verdad, yace en un punto intermedio”

A pesar de no tener fundamentos para sospechar que hubiese navíos enemigos cercanos al círculo polar Antártico, no podíamos considerar aquello como inverosímil ya que durante el desarrollo de la guerra habían visto la luz numerosos proyectos tanto alemanes como aliados, vehículos, máquinas y armas entre muchos otros, algunos parecían sacados de historias fantásticas y desafiaban la imaginación de cualquiera. Quien sabe ahora, quizás tengan algún tipo de submarino muy adelantado que sea indetectable por nuestros sonares. No estoy muy seguro si mis hombres se encuentran preparados para luchar en contra este formidable e implacable enemigo. Por ahora, no teníamos que preocuparnos por ese problema, antes de ello, tendríamos que dejar parte de la tripulación y de las provisiones en la ciudad portuaria de Ushuaia, que más que decir ciudad, era un pueblo con nada más que lo básico para sobrevivir.

Llegamos al puerto, los amarres se arrojaron y en tan solo algunos minutos nos encontrábamos en el último bastión del hombre ante el inhumano hielo. Doy gracias al cielo de no ser Cooper, en este momento, las tareas que tenía que realizar ante toda la logística del despliegue de dos grandes brazos armados, era demasiado para mi pobre mente. Aunque debo admitir, que quizás hubiese sido mejor que Cooper, me asignara a mí y a los hombres a mi cargo, a la bahía de Ushuaia, acto que no se realizó de esa manera. Por el contrario de lo que mi corazón deseaba, fuimos evitados en nuestro afán por ser

elegidos para la más sencilla de las tareas de aquel pueblo, y en su lugar se nos ordenó preparar las armas y municiones que llevaríamos hasta la Antártida. Vi con lástima en los ojos, cuando el puerto se volvía a hacer ajeno a nuestra embarcación. Horror, fue aquel que experimentó mi corazón cuando vio el último pedazo de tierra quedar borrado de nuestras miradas. La noche, también había hecho lo suyo para evitarnos seguir aferrándonos a aquel pequeño y lúgubre pueblo.

Tanto si era verdad como si no lo eran los relatos que circulaban alrededor de una posible incursión alemana, nuestra embarcación tenía el rumbo fijado, harían falta algunos días para dejar atrás costas Argentina y adentrarnos a uno de los mares de los que se sabe muy poco o prácticamente nada, aquellos que habían intentado conocer más sobre aquel lugar, habían pagado con su muerte; al menos es lo que les decían a los familiares de aquellos que habían desaparecido en medio del gélido océano.

A pesar de los malos augurios, nadie podía quitarnos la felicidad de casi ganar la guerra, la segunda gran guerra, por ello si encontrábamos algún escondite en aquel sitio estaríamos más que complacidos que tirarlo abajo y evitar que sirviera para algún contra ataque alemán.

Cinco días han pasado desde que dejamos atrás la última porción de tierra reconocible, ahora habíamos empezado a observar aquellas imágenes representativas de la región, las montañas gélidas estaban saludando a nuestro navío, la hora de hacer la búsqueda utilizando recursos humanos iba poco a poco acercándose hasta que en un momento nos encontrábamos en las costas de hielo inmaculado, aquel hielo tan ajeno a nuestro mundo; aquel hielo era imperturbable ante nuestra guerra.

La hora marcada por el contra maestre del navío indicaban que eran las 2100 horas aproximadamente, una afirmación un tanto extraña cuando tienes al sol aún muy alto en el horizonte, esto causaba un descontrol en los hombres de armas que representaban la mayoría a bordo de aquel barco; la única opción factible ante los ojos de los

oficiales era dar la explicación de aquellos fenómenos que no eran más que una de las características de los polos terrestres donde existen días muy largos y noches eternas.

Mis compañeros no podrían haber estado más agradecidos al ser enviados a este lugar tan lejano e inhóspito durante los días del año que el sol iluminaba más tiempo aquel sitio, al menos en compañía del sol, nada podría salir mal; si bien existían tormentas que de vez en vez azotaban al Queen of the Seas, esta máquina poco resentía sus embates, aunque algunos sospechábamos que era la habilidad del timonero y no de otra razón.

Pasando el primer día de arribo a las costas de blanco congelado, nos encontrábamos listos para poder llevar a cabo la encomienda del ejercito de los Estados Unidos de América, trasladaríamos la búsqueda de cualquier indicio alemán al interior del continente; todo esto apoyado por una cantidad nada despreciable de vehículos que nos apoyarían en las labores.

Entre nuestros vehículos, gozábamos de una modificación hecha por la compañía Jeep para un vehículo todo terreno modificado para su desplazamiento en la nieve, teníamos también un enorme remolque que asemejaba un trineo especial para desplazar cualquier trofeo de guerra que pudiéramos obtener.

Nos adentramos poco a poco en el hielo, no todos los oficiales acudieron en compañía de la tropa, tan solo llevábamos al oficial Cooper que claramente debía mucho de sus promociones a tareas de administración y papelería; esta sería la primera vez que estaría en el campo por así decirlo, aunque su entusiasmo era grande dirigiendo a aquellos hombres, aun se notaba ligera debilidad en su voz.

A pesar del frio intenso que experimentábamos, un frio que congeló nuestros termómetros, pudimos avanzar más de cuarenta kilómetros lejos de las costas congeladas donde reposaba el Queen of the Seas, aunque solo somos arte de la tropa y en ocasiones no se nos permite cuestionar la manera de actuar de nuestros oficiales, hoy si pude mostrar varios puntos respecto a la misión que no me quedaban

claros; no solamente yo lo hice sino que mi compañero Anderson igual lo puso en manifiesto, pero él a diferencia mía expreso de manera más enérgica contra las ordenes de nuestro oficial al mando; la razón no era otra más que aquella que buscaba ser explicada en cuanto a la única duda que todos teníamos, ¿Hasta dónde llegaríamos en aquel bloque de hielo inmenso?

Cuarenta y ocho horas habían pasado desde que mi compañero Anderson había sido retornado hasta el sitio de desembarque junto con otros cinco hombres que sufrían lesiones relacionados con el intenso frio y su manifestación para nada grata en los miembros pélvicos de los que sufren sus estragos, todos viajaban en uno de los vehículos modificados para el frio.

Por nuestra parte, el avance no se detuvo, cuando por fin llegamos a una vasta área despejada de alteraciones geográficas que fue donde con celeridad fue instalado el campamento, cinco horas fueron necesarias tener listas las tiendas; el descanso pudo sobrevenir al tener listas todas las tareas, pronto la noche de tan solo horas se posó sobre nosotros.

Una de las cosas que más se recuerdan mientras uno sirve como parte de los cuerpos militares, ya sea en momentos de paz o de guerra, son aquellos en los cuales la convivencia entre los hombres se vuelve más estrecha, en nuestro caso el intenso frio no era impedimento para disfrutar buenas charlas alrededor de fogatas que adornaban nuestras bebidas calientes; los temas eran tan variados como lo es la vida y era matizado por cada uno de nosotros ya que en general ninguno pertenecía al sitio de donde pertenecía el otro.

Historias en demasía era lo que nos ayudaba a olvidar el frio, las había provenientes de cada rincón del país; tanto de aquellos que hablaban de granjas y sembradíos, como aquellos que dejaron alguna brillante carrera en alguna de esas grandes universidades llenas de petulantes chicos de dinero.

Por mi parte, la historia que tenía para compartir no era nada extraordinaria; una vida rodeada de bombas de gasolina y servicios

automotrices era aquello que tenía para intentar sacar a mis compañeros de su desmoralizante permanencia en el hielo, obviamente no lo conseguí.

Quien se llevaba las palmas era Johnson quien era un joven proveniente de las planicies centrales del país y que captaba toda la atención por haber estado enclavado junto con la séptima división acorazada de los Estados Unidos, la historia que contaba era sobre como defendieron Saint-Vith durante tres días y después retrocedieron por la intensa presión alemana que avanzaba incesantemente; hasta que por fin la división acorazada pudo escapar cubierta de la 82ª división aerotransportada., sin duda los horrores que contaba alimentaban el morbo de los escuchas quienes hacían una cantidad descomunal de preguntas sobre el destino de algunos soldados y de cómo las armas alemanas habían destrozado miles de sueños.

El momento de las historias termino cuando el sueño y el cansancio pasaron factura a los cansados hombres quienes dejaron tan solo a dos vigías alrededor del fuego, al alejarnos a las respectivas tiendas donde nuestros demás compañeros ya descansaban desde varias horas antes fue cuando uno de los soldados hizo el comentario que me hizo pensar toda la noche; aquel hombre le pregunto a su joven compañero sobre cuál sería la razón estratégica de los Alemanes en colocar algún tipo de base de operaciones en aquel lugar, sin duda no era el lugar con mejores posibilidades para desarrollar cualquier tipo de actividad, nadie quiso dar una respuesta a aquello; el sueño y cansancio eran devastadores.

En la mañana siguiente, que había comenzado con anticipación por la singularidad de los polos, Cooper tuvo un detalle que se agradeció por toda la tropa, se nos permitió dormir dos horas más, aunque a pesar que los calefactores trabajaron todo ese tiempo, la temperatura jamás tuvo un despunte en su medición, siempre permanecíamos bajo cero; solo podíamos pedir más de nuestros uniformes y cobertores.

El alboroto el campamento era el mismo que el visto en cualquier otro emplazamiento militar, las mañanas estaban cargadas de actividades,

aquellos que se hacían cargo de nuestra alimentación, los que vigilaban las municiones y armas, los hombres que estaban entrenados en leer mapas y establecer rutas y obviamente los oficiales que mantenían comunicaciones con la Queen of the Seas.

La noticia no fue dada como publica, pero en un destacamento de noventa hombres fue tan fácil que la información corriera como pólvora encendida; uno de los oficiales de comunicaciones había reportado al oficial al mando un hecho que no debía ser tomado a la ligera, lo que ocurría era una falta de comunicación con el navío ; si bien se recibían las transmisiones con cierta dificultad, las emisiones por parte de los oficiales no podían ser captadas por la embarcación; el hecho fue atribuido al daño intrínseco de los aparatos por el intenso frio, pronto aquello fue minimizado.

El campamento se levantó con celeridad para emprender los últimos kilómetros de desplazamiento hacia donde fuese que nos desplazábamos, las cosas eran como todos los días anteriores sin embargo en esta ocasión el clima parecía que era aquella razón que no nos permitiría realizar las labores de una manera sencilla; los vientos comenzaban a soplar aún más fuerte, nadie sabía si realmente aquello se comportaría como el nuestro hogar donde nubarrones predicen lluvias.

A diferencia de lo que todos creíamos, las afecciones climáticas no se irían, de hecho, no se modificaban en cuanto a su intensidad y para ser un poco más exactos con lo que nuestros ojos observaban, aquel panorama poco a poco iba tornándose obscuro; al parecer aquellos días perpetuos que nos rodearían constantemente ahora no se encontraban de nuestro lado.

Los hombres comenzaron a ceder ante el frio y el cansancio hasta que Cooper no tuvo mayor opción que permitir el descanso que tanto necesitaba su tropa, se informó por parte de los allegados al oficial que faltaban al menos dos kilómetros para llegar a un peñasco natural en la Antártida donde se presumía estarían enclavados aquellos que intentaban esconderse del destino de los que se encontraban

combatiendo en otros continentes. Todavía no entiendo cómo es posible que hayan encontrado si quiera una pista de esos malditos alemanes.

Fueron necesarias dos horas para que nuestros adoloridos pies fueran cada vez más difíciles de calentar, ahora el fuego ya no podía calentarnos de la misma manera, el frio era tal que teníamos que acercar los pies cada vez más cerca de las fogatas ocasionando que nuestras plantas se quemaran con el ondulante fuego; muchos ni advirtieron que era su propia carne la que ardía, el frio ya había congelado sus nervios.

Antes de perder a todos los hombres por lesiones térmicas y otras causas; Cooper ordenó que todos debían seguir el camino, los vehículos fueron los primeros en poner resistencia ya que el viento incesante y el frio habían terminado por afectar los motores; solo tuvimos suerte en encender un par de ellos, estos se reservaron para los oficiales, los demás, tuvimos que caminar.

En medio de una cortina inmensa de color blanco ocasionada por la nieve que era arrojada al aire por el agresivo viento, detrás de aquella visión es donde se encontraba el peñasco que habíamos venido buscando; Una enorme edificación natural en donde no se encontraba ni una sola alma, no habían señales de ningún asentamiento humano; ni los alemanes habrían podido sobrevivir a aquellas condiciones, todo había sido en vano.

Las circunstancias habían hecho de aquel un momento sumamente decepcionante, la cuenta se había perdido desde que habíamos abandonado las costas del Mar de Wedell, seguramente los demás miembros de la tripulación habían perdido la fe en nosotros; incluso nadie estaba seguro que el grupo de hombres que volvió a la embarcación hubiera llegado a salvo.

Nosotros nos encontrábamos tan desanimados, con las armas y brazos congelados por igual que lo que menos imaginamos que podía suceder era el reiniciar otra caminata, esta vez Cooper se encargó de hacer el llamado y en un burdo intento por regresarnos nuestros

ánimos, se nos ordenó tomar todo el equipo, dejar los vehículos restantes y de esa manera aligerar el paso para rodear la meseta; se nos había informado que debíamos estar preparados para entrar en combate en cualquier momento.

Caminábamos bajo el incesante chillido del viento en nuestros oídos, las orejas no sentían más el frio, en su lugar muchos creíamos que se habían caído cual cubos de hielo en algún sitio durante nuestra caminata.

En uno de los sitios de aquella formación natural se escondía una estructura que no podía ser divisada desde ninguna otra posición ya que se tenía que observar de cerca, dos paredes gélidas enormes, no solo dificultaban la visión de la misma, sino que la hacían casi invisible a cualquier ojo humano.

Cuando todos advertimos aquello, rápidamente entro en nosotros el sentimiento guerrero del que gozábamos todos, ya que un lugar como aquel flanqueado por dos enormes muros naturales y probablemente alguna excavación natural, brindaban un escondite natural para cualquier persona que quisiera esconderse por cualquier motivo. Todos juntamos la fuerza ya casi inexistente en nosotros para poder colocarnos en posición, muchos tuvieron una dificultad terrible para arrodillarse ya que la sensación de partirse las piernas mientras lo hacían era el sentimiento que predominaba.

Cooper, junto con dos cabos fueron los que se adelantaron a investigar lo que yacía detrás de las dos paredes, paredes que bien pudieron ser edificios pequeños, por un momento desaparecieron escondidos por aquellas estructuras, pasaron algunos minutos hasta que el hielo devolvió a los tres soldados que iban de avanzada. Por mi parte, yo no solo podía dedicarme a tomar nota sobre todos los sucesos que estaban ocurriendo.

No parecía haber señales de lucha o forcejeo en el rostro de aquellos soldados, en su lugar había caras inexpresivas, quizás el frio también había paralizado las expresiones de Cooper y sus hombres.

Un grito rompió el sonido de la ventisca, voz del oficial nos ordenaba avanzar, pronto nos encontramos en medio de aquellas columnas de blancas superficies; muchos tomamos con mayor fuerza nuestras armas esperando algún contacto alemán, el avance era demasiado angustiante y algunos llegaron a pensar que aquel justo instante serían atravesados por alguna bala enemiga.

Llegamos por fin al final del corredor que se dibujaba entre las paredes, allí no había alemanes, en su lugar se encontraba una caverna gélida que perdía su color blanquecino para dar lugar a una coloración semejante al azul turquesa o al celeste, varios matices de azules la decoraban al menos hasta donde nuestros ojos llegaban.

Al adentrarnos aún más en aquel sitio pudimos constatar que el refugio servía de manera efectiva para protegernos del frio ya que el viento no podía alcanzarnos allí dentro y quizás esa era la razón por la cual aullaba con mucha más vehemencia.

Pronto la desconfianza por aquel nuevo lugar se sembró entre los hombres ya que probablemente si nosotros habíamos logrado llegar hasta ella quizás los enemigos habrían podido utilizar su perfecta situación estratégica para esconder todos sus artilugios y preparar algún tipo de acción en contra de los aliados.

Esperamos un poco hasta que el frio fue menos intenso y rápidamente cargamos el pesado equipo de iluminación para explorar las profundidades, dos hileras de soldados se habían formado para intentar descifrar aquel lugar que se escondía delante de nosotros.

Nuestras armas se empuñaban con mucha facilidad y la sensación de estar congeladas había desaparecido al entrar en el calor de aquel lugar, aunque no era un verdadero calor, al menos eso se encontraba mucho mejor que la temperatura que se encontraba manifiesta en los lugares del exterior.

Avanzamos un aproximado de dos cientos metros hasta que la luz natural, la escasa luz, dejo de servirnos como faro guía, ahora la obscuridad se erguía sobre nosotros mostrando un camino casi en su

totalidad plano con escasas irregularidades, seguramente aquel lugar había sido trabajado por hombres quienes tenían que poner en condiciones el sitio para poder introducir vehículos los cuales seguramente yacían escondidos dentro.

La respuesta a nuestra intrigas no llego pronto, de hecho habíamos recorrido quizás unos quinientos metros dentro de aquella caverna natural, observando los diferentes juegos de colores que se orquestaban entre nuestras luces y el hielo casi inmutable que se encontraba en su interior; pasábamos minutos enteros sin poder avistar ni el final de aquel sitio y obviamente ninguna señal de actividades humanas, señales que esperábamos encontrar ya que si aquella era una estación; no estaba exenta de los requerimientos básicos para una instalación humana tales como electricidad, agua y tuberías necesarias para alimentar a las maquinas que probablemente se encontraban sedientas en el fondo de aquel lugar, en vez de todo aquello el recorrido era adornado por hielo y más hielo.

Cercanos a los mil metros de distancia de la entrada de aquel sitio, medición que era realizada por cuerdas de referencia, pudimos avistar la primera señal de actividad; aunque esta actividad no era precisamente la que esperábamos encontrar, un resplandor azul se podía avistar hasta un extremo de aquel gélido camino. Nos dispusimos a avanzar cada vez más y más cerca hasta que el resplandor revelaba una curvatura natural en el pasaje, todos los soldados preparamos las armas y avanzamos listos para disparar, algunos avanzaban con los ojos cerrados ante el temor de ver directamente a los ojos al enemigo que probablemente pondría una bala entre sus cejas.

Casi al unísono los primero cinco hombres de ambas filas establecieron contacto con lo que había rodeado la esquina de hielo, lo que muchos esperaban de aquel primer contacto eran los disparos aliados contra otros disparos Alemanes sin embargo el silencio una vez más nos mostró su expresión; pronto todos habíamos llegado al mismo sitio que los demás hombres y lo que todos pudimos observar fue una enorme puerta metálica con una gigantesca cruz obscura que

adornaba una puerta que lucía sumamente pesada y resistente con sus más de dos metros de altura y justo en la base se encontraban varios uniformes enemigos que aún tenían las armas sujetas a los ropajes; aunque no había señales de ninguno de los portadores, tan solo estaba allí abandonados, aquel hallazgo solo logró poner en una máxima tensión a los hombres de Cooper.

Aquella pieza metálica no estaba cerrada en su totalidad ya que dejaba escapar el resplandor azul que nos había guiado hasta ella, lo que lo producía quizás se encontraba al otro lado de la misma; por un momento hubo dudas sobre qué hacer, pero un oficial no tiene permitido dudar ante sus subordinados, por lo que dio una orden a los hombres que van hasta el frente; la orden fue silenciosa y realizada con acciones del brazo de Cooper, la intención era clara, abrir la puerta.

Dos hombres se acercaron rápidamente a la puerta y con muchas dificultades l intentaron mover sin tener éxito alguno y fue necesario que un tercero se uniera a ellos para poder mover algunos centímetros aquella estela metálica, Cooper en un arrebato se unió a ellos para movilizarla; los hombres que los observaban ya tenían los dedos listos para disparar a lo que hubiera detrás de ellos.

La puerta cedió rompiendo fragmentos de hielo a su paso y dejando caer la escarcha sobre aquellos que la hicieron ceder en su afán de proteger su interior.

La cara de los hombres fue iluminada por el intenso azul que ahora emanaba del interior, aquellos que habían cerrado los ojos no pudieron mantenerlos así más tiempo y al abrirlos lo que notaron fue un cuarto inmenso excavado totalmente en el hielo con una fuente de luz que emanaba de una piedra que se encontraba tirada en el medio de aquel lugar, quizás eso no era lo que esperábamos encontrar pero lo que definitivamente no había cruzado ni por un pequeño instante por nuestra imaginación había sido el hecho que aquella piedra de escasos veinte centímetros de cortes groseros y partes cristalinas desnudas; se encontrara rodeada por seis cuerpos que formaban un

círculo alrededor de la piedra.

Los cuerpos se encontraban en un estado de putrefacción detenida por la acción del frio o por alguna situación que había logrado conservar algunos de sus rasgos físicos, pero sin darles la apariencia de una persona viva, de hecho, quizás lo que más asusto a los hombres de armas que las pudieron observar era que tenían una cabellera que excedía su propia altura, ahora por las vestimentas en forma de túnicas y las largas cabelleras comenzábamos a creer que eran mujeres.

Después de la primera impresión, todos recobraron la movilidad de su cuerpo que había sido paralizado por la impresión, ahora Cooper y sus oficiales se adentraron en el salón con una sola idea en la mente tomar aquella piedra para reclamarla a nombre de los Estados Unidos.

Cooper fue el primero en poner las manos sobre la piedra, una mirada de asombro era lo único que opacaba a aquel brillo, su rostro era totalmente bañado en azul, incluso hasta había olvidado portar el casco que seguramente perdió en la movilización de la puerta.

Los ojos de los oficiales a los lados de Cooper habían sido presa de aquella joya como lo había sido la del primer hombre, después de sostenerla un rato, el dirigente de todos aquellos hombres se dio la vuelta mientras sostenía la piedra entre sus manos; una sonrisa se dibujaba en su rostro y por ello todos bajaron sus armas para relajarse, allí no existía ningún peligro.

La piedra fue envuelta en un bolso y escondió su gran resplandor azul, aunque no en su totalidad ya que aquel brillo no podía ser detenido por las costuras de la bolsa y en su lugar nos daba aun un poco más de luz para poder marchar de regreso a la entrada.

El camino fue más sencillo de regreso, ahora todo parecía haberse resuelto, ya que habíamos encontrado aquello que seguramente el Führer había escondido detrás de su inútil puertecita.

Las charlas sobre la función de aquella piedra no se hicieron esperar, todos teníamos nuestras explicaciones sobre el uso que se le había

dado a aquel material o la razón de por qué Alemania la tenía resguardada en un lugar tan inaccesible, pero con tan poca vigilancia, algo así no se ve todos los días, era el pensamiento de la mayoría de los que nos encontrábamos allí.

La razón y la utilidad de aquel instrumento ya no dependía de nosotros, nuestra tarea solo era reportar lo que habíamos encontrado y de los intentos vanos de los Nazis de mantenerlo oculto con un montón de trapos viejos y viejos cadáveres que a nadie habían estremecido.

La luz se avecinaba, pronto regresaríamos a la embarcación y terminaríamos esta gélida odisea, el caminar de los hombres era despreocupado.

Pronto, el más rezagado de la marcha soltó un grito que heló a todo mundo, su grito fue rápidamente ahogado en el momento en el que todos volteamos hacia aquel infortunado hombre; nadie esperaba ver lo que todos observamos.

Una larga franja de carne pútrida y huesos, había rodeado su cuello apretujándolo de tal manera que el aire ya había abandonado su ser, sin embargo en el baile de las luces de nuestras lámparas se pudo advertir que detrás de la cabeza de aquel soldado había algo más, un cráneo que nos miraba profundamente con ojos vacíos y un resplandor azul mortecino, un rostro cubierto por girones de piel y escondido tras larguísimos cabellos obscuros que caían hasta el suelo y se arrastraban sobre ellos mismos, era una de las mujeres; ahora estoy casi seguro, una de esas mujeres que tanto apreciaban a Adolf y que ahora quizás estaba en ese lugar protegiendo algo, pero ¿Qué mujer, por más bruja que sea, podría vivir estando reducida a huesos casi putrefactos? No creo que esas personas estén dentro del reino de Dios.

El instinto no fue otro más que el de abrir fuego, Owens fue el primero en tomar su arma para acabar con aquel adefesio que tenía aprisionado a uno de sus compañeros pero justo en el momento en el que apretaría del gatillo, el arma del miembro de la 7ª división

acorazada fue alcanzado por otra mano que le tomó del brazo y se asió a su cuerpo con tal fuerza que le hizo perder el equilibrio consiguiendo que el arma regara el fuego en el techo de la caverna; el brillo dado por los disparos no hizo más que acelerar aún más el corazón de los que vimos aquel macabro espectáculo porque las demás mujeres que yacían en el salón, antes inertes y sin ningún rastro de vida, ahora reptaban sobre sus cuerpos pegados al hielo con dirección hacia nosotros.

Al ver aquello, todos tomaron sus armas y abrieron fuego en su contra. Las balas, embebidas en una hermosa ráfaga de colores rojos y dorados, atravesaban la piel macilenta que colgaba de los deteriorados huesos, pero el efecto esperado de derribarlas jamás se consiguió, uno a uno fue siendo presa de los poderosos brazos sin carne de los cuerpos de ojos de color azul.

Yo logré escapar, cual cobarde abandona una batalla, solo quiero dejar descrito lo que ha ocurrido aquí y no es que tenga deseos de ser exonerado por el hecho de no haber peleado junto a mis compañeros, es solo que creo con una gran convicción que, esas mujeres son un gran peligro para todos los que vivimos en este planeta, ahora mismo sé que Adolf, realmente no vive en este mundo, no, él no proviene de por estos lugares, seguramente tiene su residencia justo en el más profundo de los agujeros del infierno. Ojalá los próximos encuentren mi diario y mis anotaciones antes de volver a abrir esa puerta, antes de volver a despertar su sueño.

APENDICES

ANTÁRTIDA

New Schwabenland
Queen Maud Land
Enderby Land
Ronne Ice Shelf
American Highland
ANTARCTICA
Marie Byrd Land
Wilkes Land
1000 Miles

SUBFUSIL THOMPSON

Wehrmacht

WAR IN PICTURES

ALIADOS EN GUERRA SOBRE LA NIEVE

TRAJES ALEMANES CONTRA EL FRIO

SNIPERS EN EL HIELO

Esta obra fue terminada con paciencia y dedicación.

Formato de edición Neo contemporánea.

Planet House Editorials®

Primera revisión en Abril de 2017

Julio Marino Sarmiento Farrera